ESTEFANIA YEPES SÁNCHEZ

Déjame SABER Quién eres

Un músico dispuesto
a darle una melodía especial
a todo cuanto le rodea...

Colección

Déjame SABER *Quién eres.*

Estefanía Yepes Sánchez

Colección CE

Primera edición: Diciembre de 2014

© Estefanía Yepes Sánchez, 2014

© de la presente edición: Estefanía Yepes Sánchez, 2014

Registro de la propiedad intelectual: B-3707-14

Portada:

Diseño : Alicia Vivancos – Diseño Gráfico

Derechos: © Estefanía Yepes Sánchez

Barcelona, Noviembre 2014

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización explícita de los titulares del copyright, bajo pena de las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A mi madre,

por ser parte de este sueño.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Fin.

Agradecimientos

Prólogo

Ahora mismo no estoy muy segura de cuándo dio comienzo mi relación con Estefanía. Cuando digo relación, me refiero a una relación de amistad, claro ja,ja,ja. El caso es que, lo que sí recuerdo es que es de aquellas personas que me trasmiten ternura, confianza y buen rollo.

Desde que leí su novela "*Quiero que conozcas a alguien*", consiguió cautivarme, enamorarme y querer seguir muy de cerca sus pasos; porque dejad que os diga que esta autora, llegará muy lejos. Al menos, bajo mi humilde opinión. El caso es que, de repente, un día habló de un personaje… un músico… Étienne (debo decir que es un nombre que siempre me ha llamado mucho la atención). No hace falta que os diga que enloquecí de alegría tan solo de pensar que sacaba una nueva novela, me tenía totalmente entusiasmada, deseosa de pillarla por banda e hincarle el diente.

Un buen día, andaba yo perdida por los mundos *facebookianos* (me acabo de inventar una palabra, lo sé). Bueno, como os contaba, estaba yo trasteando por ahí, cuando la autora en cuestión hizo acto de presencia diciéndome…: "Tengo una propuesta que hacerte" (para los que estéis pensando mal en estos momentos… ¡piensa mal y acertarás! ¡¡¡es broma!!!). Tras esas cinco palabras, mi atención se centró únicamente en lo que ella me estaba proponiendo. Como podéis ver, acepté… sino, ¿de qué iba a estar yo aquí dándoos la brasa? Algo que me encanta, por cierto, pues para mí, ha sido un gran honor y un privilegio. Me siento más que agradecida con Estefanía, por darme la oportunidad de ser yo la que realizara este prólogo. Es algo único e indescriptible el poder formar parte de su novela, el tener el privilegio de ser de las primeras personas en leerla… y creedme cuando os digo que os encantará y enamorará.

¿Queréis que hablemos un poco de ella? Pues bien, el principio… ¡madre mía, vaya comienzo! ¿Os cuento cómo empieza? ¿Sí? ¿Seguro? ¡Pues va a ser que no! Pero sí que os puedo asegurar que os quedaréis en plan... ¿Hola? ¿Perdona?

El caso es que este suceso o acontecimiento, es totalmente necesario para el desarrollo de la novela. Aparte de otras cosas, que me demostraron que Estefanía es muy romántica y original. Briana, que es nuestra preciosa protagonista, rubia, estilosa, dulce… Se creará una coraza por culpa de aquello. Una coraza que le hará ser una persona que no es realmente. Pero no será consciente de ello hasta que se encuentre con Étienne. Gracias a un pequeño error y a la ayuda de Emma (su hermana y mejor amiga) y de Henry (su mejor amigo), Briana reaccionará… y ya no os cuento más.

Ahora os voy a hablar de Étienne. ¡Oh, por Dios! ¡Qué hombre! ¿Sabéis lo que es un hombre simpático, cariñoso y atento? Pues él es todo eso, y más. Es un hombre que cala hondo… pero muy hondo. Tanto, que te hace sentir la mujer más importante del mundo. Sientes su sonrisa de tal manera que parece que la tengas delante de ti, brindándotela única y exclusivamente a ti. La tranquilidad, la harmonía y el amor que transmite este personaje, hace que caigas inmediatamente rendida a sus pies.

Solo puedo deciros que vais a pasar las páginas una a una y cuando os deis cuenta… ¡se acabó! Y diréis… ¿ya? Pues sí, ya. Creedme que querréis más, querréis ponerle cara a Étienne y cuando lo hagáis… no podréis quitároslo de la cabeza. Al menos, eso es lo que me ha pasado a mí.

Para acabar y no molestaros más, quiero agradecer de corazón a Estefanía el darme esta oportunidad, por crear a un personaje como Étienne y lograr que me enamorase de él. Por mostrar tan bien los sentimientos de los personajes, hacer que los sientas como tuyos. Y gracias por seguir emocionándonos con tus palabras, Estefanía. Sigue así, no cambies, queremos seguir disfrutando con tus novelas.

Y ahora querido lector/a… Pasa a la siguiente página y déjate llevar…

Marta de Diego.

1

Gavà, Barcelona. Junio de 2010.

—No puedo creer que por fin haya llegado este día…

—Hija mía —añadió su madre sonriente—, ¡estás preciosa!

—Ay, mamá. No lo repitas más veces o empezaré a llorar de nuevo… —dijo abrazándola con fuerza.

Acababa de regresar de la peluquería y se sentía más feliz que nunca. El peinado le había quedado fantástico y lucía radiante en todos los espejos en los que se detenía para contemplarlo. Consistía en una trenza que recogía su melena a la altura de la nuca, toda ella ataviada con diminutas flores blancas y diferentes perlas, que le conferían un brillo y una pureza únicos. El maquillaje era sencillo, muy disimulado y realzaba sus facciones, haciéndolas parecer mucho más dulces y femeninas.

Emma se situó tras ella y con gran delicadeza, subió la cremallera que recorría toda su espalda, sin poder controlar las lágrimas de alegría que resbalaban por sus mejillas.

—Cielo, estás preciosa… —comentó mientras le pasaba la mano por los hombros y miraba su reflejo a través del espejo que tenían enfrente.

Sus miradas se cruzaron y Briana no pudo evitar el llanto, tal y como había hecho hasta ahora. Su hermana mayor era la persona a la que más quería en este mundo. Sus padres también eran importantes para ella, por supuesto, pero el vínculo que desde pequeñas las había unido, no era comparable al que pudieran sentir con nadie más.

—Te he traído una cosa.

Briana asintió con la cabeza mientras que, con cuidado, pasaba el dedo índice bajo su párpado, tratando de evitar que las lágrimas estropearan el suave maquillaje.

—Toma —añadió Emma justo antes de entregarle una cajita con unos pendientes que su hermana reconoció al instante—. Quiero que los lleves tú.

—Oh, Emma… —dijo con una sonrisa incrédula en el rostro—. ¡Son los que llevaste el día de tu boda!

—Sí. Me gustaría mucho que hoy los llevaras tú… Sería todo un honor para mí.

Briana se acercó sigilosa al espejo y, con cuidado, se quitó los pendientes que llevaba puestos para, acto seguido, substituirlos por los que acababa de regalarle su hermana mayor.

—Son preciosos… —dijo sin dejar de contemplar su reflejo ni un segundo.

—Ahora ya llevas algo prestado —añadió Emma sonriente.

—Chicas —dijo de pronto el fotógrafo dirigiéndose a ellas—, tenemos que hacer unas últimas fotos o, de lo contrario, llegaremos tarde.

—Sí, sí. ¡Claro!

Siguieron las indicaciones del joven, que era uno de los amigos de Pablo —su prometido—, y en poco más de media hora terminaron de hacer las fotos que faltaban. Luís, el padrino, le había regalado un ramo precioso, lleno de color y de vida, junto con el discurso más emotivo que jamás le hubieran dedicado.

Se encontraban ya en el lugar que ambos habían escogido para la ocasión. Era un restaurante en las afueras de la ciudad, en un pueblecito situado cerca del mar y cuyos jardines, habían sido habilitados para realizar en ellos distintas ceremonias civiles. Briana se sentía nerviosa mientras esperaba de pie junto a su padre a que les dieran por fin la orden de entrada. Temblaba de los pies a la cabeza y creía que, de seguir así, seguramente terminaría vomitando a causa de los nervios.

Se habían conocido doce años atrás, en el instituto. Estudiaron juntos el bachillerato y su amor fue de aquellos que responden habitualmente a la etiqueta de "flechazo": rápido, directo e inevitable. Pablo era un chico muy normal. Aunque no destacaba lo más mínimo por encima de sus compañeros, en lo que al físico se refería, tenía un atractivo propio que a Briana se le antojó irresistible desde el momento en que le vio por primera vez. Pablo también se fijó en ella tal y como la vio entrar por la puerta de su clase y desde ese momento, ya no volvieron a separarse jamás. A los veintidós años —después de seis de noviazgo—, se mudaron por fin a un diminuto estudio situado en el centro de su pueblo natal, el mismo en el que habían decidido celebrar la ceremonia y el banquete. Él trabajaba como guardia de seguridad en un centro comercial mientras que ella estaba haciendo las prácticas de económicas en un pequeño despacho situado en el centro de Barcelona.

Vivieron juntos durante dos maravillosos años más, antes de que Pablo decidiera pedirle matrimonio. El día en que lo hizo, Briana sintió que aquel era, sin duda alguna, el más feliz de su vida. Al fin, después de unos meses de larga espera y tediosos preparativos, el día de la boda había llegado y ella se sentía la mujer más afortunada del mundo.

La música empezó a sonar en ese mismo momento, sacándola de forma abrupta de sus pensamientos.

—¿Estás preparada, cariño? —preguntó su padre en un tono de voz que le era desconocido y que denotaba el mismo estado de nervios que ella también padecía.

—Creo que sí… —dijo temblando de forma considerable.

—Te quiero, mi niña —añadió su padre justo antes de sellar aquellas palabras con un dulce beso en la frente.

—Y yo a ti, papá.

Empezaron a caminar acompasados por la alfombra roja, siguiendo el ritmo de la melodía que sonaba a su alrededor. Su sobrina Paula iba unos pasos por delante de ellos llevando los anillos, con una sonrisa radiante en el rostro, mientras buscaba con la mirada todas las cámaras que encontraba a su paso. Todos los asistentes se pusieron en pie al ver a la novia y Briana sonrió sin poder evitarlo, hasta que de repente, le vio. Pablo estaba allí, solo, girado hacia ella y con una expresión indescifrable en el rostro.

Briana continuó sonriendo mientras se acercaba hacia él y hasta llegar a su lado donde su padre, después de volver a besarla en la mejilla, la dejó junto a su entonces ya casi marido. Sin embargo, Pablo no se detuvo mucho a mirarla sino que, de lo contrario, le dedicó una fugaz sonrisa y giró el rostro de forma precipitada hacia el juez de paz que pronunciaría el discurso que les uniría para siempre.

Después de unos minutos de emotivas palabras, llegaron a la parte más esperada de todas las bodas y Briana empezó a sentir que su estómago se contraía y se agitaba con fuerza, oprimiéndola y dejándola casi sin aliento. Intentó por segunda vez cruzar su mirada con la de Pablo, sin borrar en ningún momento la sonrisa de su rostro, pero no obtuvo la misma reacción por parte del otro sino que, por el contrario, este parecía incapaz de dirigir la vista hacia su prometida.

—Así pues, reunidos aquí todos los presentes, quiero que esta unión conste desde hoy de la siguiente manera: Tú, Pablo. Aceptas a Briana Leal como legítima esposa, y prometes amarla para siempre, ¿hasta que la muerte os separe?

Briana giró la cabeza en dirección a Pablo, esperando a recibir por su parte la complicidad que siempre les había caracterizado. Sin embargo, el muchacho, lejos de responder de ese modo, bajó los ojos hacia el suelo y se sumió en un silencio que logró paralizar a todos los presentes.

—¿Pablo? ¿Estás bien? —preguntó Briana en un susurro, deseando hacer desaparecer el nudo de su estómago que amenazaba con ahogarla por momentos.

Sin embargo, el joven no respondió. Apretó los labios con fuerza y se pasó una mano por el pelo en un gesto nervioso y alterado. Al fin, después de unos interminables segundos de dolorosa espera, Pablo levantó de nuevo la vista hacia ella y la miró directamente a los ojos por primera vez en lo que llevaban de ceremonia.

—Lo siento, Briana. No puedo hacerlo.

Y sin que nadie de los que allí se habían reunido pudiera imaginar que ese día terminaría así, Pablo salió corriendo por la alfombra que un rato antes le había llevado hasta el altar, dejando a todos los invitados sorprendidos y provocando que Briana se sumiera en la tristeza más profunda que había sentido jamás.

2

El Prat, Barcelona. Octubre de 2013

«El avión acaba de aterrizar. En pocos minutos estaré fuera. ¿Estás por aquí? 9:05 a.m».

Briana acababa de encender su teléfono móvil después de que el capitán levantara la prohibición de tenerlos conectados durante el vuelo. La respuesta de su hermana no tardó en llegar.

«Estoy esperándote fuera, no tardes mucho. Hace un frío que pela y quiero darte un enorme achuchón. 9:07 a.m».

Después de unos largos minutos de espera, las azafatas indicaron a los pasajeros que ya podían levantarse e ir saliendo de forma ordenada. Briana, que se había adelantado a ello, salió disparada por el pasillo central y cruzó la puerta veloz como un rayo. A continuación, se dirigió hacia las cintas que le habían indicado y esperó impaciente a encontrar su maleta, lo cual no tardó demasiado, puesto que el color rosa fucsia de la misma hacía que esta fuera visible incluso a unos cuantos metros de distancia.

Una vez la tuvo junto a ella, Briana caminó hasta la puerta que indicaba la salida. Cuando llegó a la calle, se pasó la bufanda alrededor del cuello, tapándose a su vez gran parte de la cara también, ya que hacía muchísimo más frío del que esperaba. Vestía un abrigo de paño granate y llevaba un gorro de lana beige que combinaba a la perfección con su bolso y las botas. Permaneció quieta durante unos instantes hasta que, después de girar varias veces la cabeza en todas direcciones, distinguió el coche de su hermana a lo lejos. Caminó hacia ella con paso firme y decisión, y llegó hasta allí en poco más de un minuto. Como estaba segura de que no la habían visto, se acercó con sigilo por detrás y se asomó de repente a la ventana del copiloto —en la que estaba sentada Emma—, dándoles así un susto de muerte.

—¡Briana! —chilló la otra desde el interior.

Con cuidado de no darle ningún golpe con la puerta, la abrió y salió del interior del vehículo antes de lanzarse al cuello de su hermana y abrazarla con fuerza, lo que provocó que ambas perdieran el equilibrio y casi cayeran de bruces contra el suelo.

—¡Eh! Cuidado… ¡Acabo de llegar y ya pretendes acabar conmigo! Dame tiempo por lo menos para que me sitúe…

Emma continuó estrechándola entre sus brazos, haciendo caso omiso de lo que decía su hermana y sin soltarla ni un solo segundo. Briana, que la dejó hacer, encantada de sentirse otra vez refugiada entre los brazos de Emma, vio salir del coche a Juanjo —su cuñado—, acompañado de una cabeza rubia y de larga melena que apareció también por detrás a gran velocidad.

—¡Canija! —exclamó Briana de repente, soltándose de los brazos de su hermana para abrazar a su sobrina—. ¿Cómo puedes haber crecido tanto?

Le llenó la cabeza de besos y la sostuvo en brazos durante un buen rato, mientras la niña se sentía encantada de volver a encontrarse con su tía favorita.

—¡Hola, Jota! —dijo, esta vez abrazando a su cuñado—. A ti también te he echado de menos.

—¡Hola, rubia! ¿Cómo te ha ido por Londres?

—¡Bien! La verdad es que, a parte del tiempo, que siempre es inestable, he estado muy bien por allí.

—Bueno, espero que nos pongas al día pronto, pues —contestó el otro con una sonrisa sincera en los labios—. Ahora deberíais entrar las tres en el coche si no queréis acabar en urgencias con una pulmonía.

Las chicas obedecieron al instante y entraron en el vehículo casi a la vez. Paula se sentó en su sillita y Briana la ayudó a atarse el cinturón de seguridad. Juanjo arrancó el coche y empezó a conducir, dejando atrás el enorme aeropuerto, los inmensos aviones, las miles de personas que a diario pasaban por allí y todos los recuerdos que Briana había querido olvidar para siempre.

Se encontraban ya en la *Ronda de Dalt* a la altura de Cornellá, cuando entre los tres habían logrado ponerla más o menos al día de las novedades de la familia. Briana sabía que su hermana y su cuñado esperaban un nuevo bebé, ya que Emma se lo había contado por *Skype* en alguna de sus habituales conversaciones, pero no quiso sacar el tema delante de Paula, por si aún no estaba al corriente de la noticia.

—Por cierto —dijo de repente llamando la atención de los otros—, ¿habéis encontrado algún piso en el que poder instalarme?

—En un momento sabrás la respuesta a tu pregunta… —contestó Juanjo con una mueca maliciosa en el rostro.

Llegaron en pocos minutos al centro de la ciudad de Barcelona. Hacía años que Briana no pisaba aquel lugar. Ella siempre había vivido en Gavà, un pueblo situado a las afueras de la capital. Por su parte, Emma se había mudado al centro unos años atrás por cuestiones de trabajo, puesto que tanto ella como Juanjo trabajaban allí, y la comodidad hizo que contemplaran aquella opción como algo totalmente necesario.

Cuando Briana habló del tema con su hermana, le pidió que le buscara algún apartamento cerca del de ella, puesto que no se veía capaz de regresar a su pueblo natal por miedo a no poder afrontar todo lo vivido en el pasado y aquello por lo que llevaba tiempo luchando para olvidar.

—Ya hemos llegado. Es aquí —dijo de repente Juanjo, deteniendo el vehículo en un lateral de la calzada—. Bajad vosotras mientras voy a dar un par de vueltas con el coche. A ver si encuentro aparcamiento, que aquí no puedo dejarlo.

Las chicas obedecieron y bajaron del vehículo sin hacerle esperar demasiado. Entre las dos, sacaron el equipaje del maletero y cerraron de nuevo el portón para que Juanjo pudiera salir de allí cuanto antes. De repente, Emma señaló hacia un edificio que hacía esquina y que a Briana le pareció increíble. Estaba situado entre la calle de Pau Clarís y la Avenida Diagonal. Toda la esquina eran ventanales y Briana se imaginó el interior de aquel edificio como un lugar perfecto en el que empezar su nueva vida.

Anduvieron juntas hasta el portal, lugar en el que Emma se detuvo de golpe. Hurgó en su bolso durante unos segundos y al fin, sacó un juego de llaves que depositó con cariño en las manos de su hermana.

—¿Quieres abrir las puertas de tu nuevo hogar?

Briana sonrió y cogió las llaves que ella le tendía. Con cuidado, cogió la más grande de las dos y abrió la pesada puerta metálica con una sensación de alegría que hacía tiempo que no experimentaba.

Se dirigieron hasta el ascensor y entraron en su interior junto con el equipaje, que acabó de aprisionarlas contra las paredes.

—¿Qué piso es? —preguntó Briana mirando todos los botones con indecisión.

—Adivina…

Briana pensó durante algunos segundos y como por arte de magia, su cara fue pasando por varios estados, desde el pensativo, hasta el de la más absoluta y radiante felicidad.

—¡¿Me has conseguido un ático?! —dijo juntando las manos como una niña pequeña que pide algo a sus padres.

Emma, feliz al ver a su hermana tan contenta, sonrió también contagiándose de su alegría y asintió con la cabeza un par de veces.

—Siempre has querido uno, ¿verdad?

Briana pulsó la tecla correspondiente y esperó ansiosa a que el ascensor se detuviera de nuevo. Cuando llegaron, tan solo encontraron dos puertas en el rellano. Briana miró de nuevo a su hermana para descubrir cuál sería la suya y cuando aquella le indicó que era la de la izquierda, caminó los dos pasos que la separaban de ella para abrirla cuanto antes y descubrir por sí misma cómo era su nuevo hogar.

Cuando fue a poner la llave en la cerradura, sin embargo, un sobre blanco llamó su atención. Lo vio bajo sus pies, medio metido en el interior del inmueble, como si alguien hubiera querido deslizarlo por debajo de la puerta. Briana tiró de él y lo sacó con cuidado.

—Me dejaste una carta de bienvenida, ¿aún sabiendo que venías a buscarme? —preguntó sorprendida a su hermana.

—Yo no te he escrito ninguna carta… —contestó Emma, también extrañada.

—¿Sabe alguien de mi regreso? —añadió entonces, empezando a temer lo peor.

—A parte de a papá y mamá, no se lo he dicho a nadie más.

Briana tuvo en ese momento un mal presentimiento. Desde luego que algo no iba bien y aquella carta sin sello, ni remitente, ni nada que indicara su origen, no podía significar nada bueno.

—¿Por qué no la abres? —quiso saber Emma intrigada por lo extraño de la situación.

—¿Y si es mejor no hacerlo?

—Si no la abres nunca lo sabremos…

Briana sintió que su hermana tenía razón y después de meditarlo un poco más, abrió el sobre para descubrir cuál era su contenido. Sacó un único folio de su interior, que estaba doblado en dos pliegues sobre él mismo. Lo abrió con cuidado y su cara cambió por momentos cuando leyó lo que en él había escrito. Eran tan solo dos únicas palabras, pero bastaron para acabar con todas las buenas vibraciones que había sentido hasta ese momento.

—¿Qué pone? —preguntó su hermana ante la cara de circunstancia que se le había quedado.

Briana le pasó el folio y Emma lo cogió con viveza. Esperando encontrarse con algo muy distinto, leyó esas únicas palabras para, acto seguido, quedarse con la misma expresión que se le había quedado a la otra.

—«¿"*Lo siento*"?» —repitió sin entender a qué podía deberse aquello.

Briana apretó los labios con fuerza y evitó pensar en la única cosa, o más bien en la única persona, que le venía a la cabeza en aquellos momentos.

3

Habían pasado ya un par de semanas desde su regreso. Con la ayuda de sus padres, de su hermana y de Juanjo, habían logrado terminar con la mudanza a su nuevo apartamento. El día en que dejó el piso que había compartido con Pablo, guardó todas sus pertenencias en el garaje de la finca de sus abuelos. Vivían en el campo y tenían espacio de sobras con lo que, de esa forma, pudo ahorrarse el dinero que habría tenido que gastar en un guardamuebles.

El piso había quedado precioso. Era todo blanco, tanto el suelo como las paredes, lo que le confería una luminosidad especial que le encantaba. Los muebles, muchos de ellos también de ese mismo color, combinaban a la perfección con la decoración del hogar. Los elementos que más resaltaban —cuadros, alfombras y sofá—, estaban situados de forma estratégica para dar un toque minimalista y moderno, a la par que juvenil, a ese lugar en el que tenía intención de pasar mucho tiempo.

Mientras vivía en Londres, estuvo trabajando en un banco en el que la habían tratado muy bien, ya que sus resultados eran excelentes. Por ello, cuando la empresa decidió abrir una sucursal en Barcelona, Briana fue la primera candidata a la que tuvieron en cuenta para ofrecerle el puesto de dirección de la misma. Tardó unos días en pensárselo y decidir la respuesta. Se había acostumbrado a aquel lugar, pues tres años no eran precisamente poco tiempo. Se mudó justo cuando Pablo la plantó el día de su boda. Tan solo habían pasado unas semanas de eso, cuando tomó la decisión de dar ese gran giro a su vida. Desde aquel momento, había decidido que un cambio drástico sería lo único que podría curar aquella herida que se había abierto en su corazón, y que amenazaba con perdurar durante mucho tiempo. Sin embargo, cuando tres años más tarde se le planteó la posibilidad de regresar a casa, Briana tuvo que pensarlo con detenimiento. El cambio, además, conllevaba un ascenso y un notable aumento en su sueldo al que, mirara por donde mirase, era incapaz de encontrar ningún contra. Finalmente, el cúmulo de cosas positivas superó a la única negativa que tenía —la posibilidad de volver a cruzarse con Pablo—, y decidió aceptar el puesto de directora ejecutiva.

Se había incorporado en la nueva oficina tan solo tres días después de su regreso, lo que le había ayudado mucho a nivel emocional, ya que no tenía casi tiempo de pensar en nada más que no fuera su trabajo.

Era sábado y se encontraba atareada poniendo en orden la ropa que había seguido trayendo de casa de sus padres. Sin embargo, cada vez había más y, a pesar de que el apartamento era realmente grande, tomó la decisión de instalarse un vestidor, pues el armario empotrado de su habitación se le quedaba corto.

Vestida con un chándal y unas zapatillas de estar por casa, altas hasta media pierna, se paseó con las perchas por toda la casa en busca del lugar más idóneo en el que dejarlas. El apartamento contaba con cuatro habitaciones. La suya —que era la más grande—, dos de tamaño medio, que convirtió en despacho y en habitación de invitados respectivamente, y por último, contaba con una habitación más pequeña, en la que decidió instalar su próxima reliquia: el vestidor. Entró en ella y se dio cuenta de que estaba bastante más llena de polvo que las demás, pues aquel era uno de los lugares de la casa que apenas había pisado. Cuando entró a vivir allí, había encargado a una empresa que llevaran a cabo una limpieza a fondo del apartamento, pero después de estar trayendo cajas y muebles a diario, unas cuantas visitas a Ikea y algunos cambios dentro del piso, este volvía a acumular una capa de polvo que tendría que volver a limpiar con urgencia

Se detuvo en el centro de la estancia y permaneció inmóvil observando las cuatro paredes, una por una, con la intención de hacerse una idea mental de cómo sería el vestidor que montaría. Cuando llegó a la última pared, reparó en que allí también había un armario empotrado, al igual que en el resto de habitaciones. Sorprendida por no haber pensado en él en ningún momento, se dirigió hacia allí con la intención de abrirlo y poder comprobar así su tamaño real. Sin embargo, cuando fue a abrir la puerta, se dio cuenta de que esta estaba cerrada con llave. Sorprendida ante tal hecho, cogió el teléfono móvil que había dejado sobre una estantería y le escribió un mensaje de texto a su hermana.

«¿Estás segura de que me entregaste todas las llaves del apartamento? 13:38».

Como solía pasar por norma general, la respuesta de su hermana no tardó en llegar.

«Sí, claro. ¿Por qué iba a quedarme yo con alguna llave? 13:40».

«He encontrado un armario empotrado pero está cerrado con llave. Únicamente tengo la del portal y la de mi casa, pero ni rastro de esa. 13:43».

«Pues ni idea. La casera solo me hizo entrega de las dos llaves que te di. Busca por dentro de la casa, quizás esté en otro armario o metida en un cajón. Tengo que dejarte, debo llevar a Paula a un cumpleaños. Un beso, rubia 13:45».

Briana pensó que su hermana quizá tuviera razón y se lanzó a la búsqueda de la llave perdida por toda la casa. El primer lugar en el que miró fue en los cajones que encontró en esa misma habitación, aunque continuó sin dar con ella. Salió de allí y se dirigió al resto de habitaciones, en las cuales, después de media hora de infructuosa búsqueda, tampoco encontró nada. Cansada de removerlo todo, se dirigió a la cocina con la intención de tomarse un café bien cargado antes de meterse en la ducha. Mientras este se calentaba en el microondas, no obstante, tuvo de repente un flash, una imagen fugaz de aquellas que pasan por la mente y te sacan de cualquier apuro.

—¡La galería! —exclamó como si hubiera descubierto el paradero del Santo Grial.

Se dirigió veloz hacia allí y buscó entre las estanterías del armario que utilizaba como despensa. Recordó haber visto en algún rincón del mismo un diminuto llavero con un par de llaves colgadas en él. Sin embargo, tuvo que mover algunas botellas de leche y algún que otro bote de tomate antes de dar con ellas.

—¡Aquí estáis! —volvió a exclamar mientras sostenía el juego de llaves frente a sus ojos.

Como si se tratara de un juego en el que el más rápido gana, caminó a gran velocidad hasta la pequeña habitación. Probó primero con una de las llaves y al ver que esta no conseguía abrir el armario, metió la segunda. Oyó un ruido que indicó que el cerrojo había cedido y como si de la noche de reyes se tratara, abrió la puerta con suma delicadeza, sin dejar de imaginar qué podía contener aquel armario para que hubiera sido cerrado con llave.

Cuando el rayo de luz que entraba por la ventana se coló en el interior del espacio, la cara de Briana pasó a reflejar una total desilusión al descubrir que no había nada allí dentro. Se apoyó un momento con una mano en la puerta y le dedicó a la misma una mueca de burla, como si aquella pudiera sentirse ofendida de alguna forma posible. Sin embargo, la curiosidad la seguía poseyendo y acabó por meter la cabeza en el interior del armario. Miró primero a la derecha, donde solo pudo observar la pared que había en el fondo y a continuación, hizo lo mismo en la otra dirección. Fue en ese momento cuando su rostro volvió a iluminarse. Al final de todo, tocando la pared del ropero, había algo colgado en una percha. Abrió todo lo que la puerta dio de sí y metió la mano en el interior hasta alcanzarlo. Al fin, logró hacerse con aquello y, con mucho cuidado, lo sacó fuera. Estaba envuelto como si se tratara de un traje, con la correspondiente funda y una elegante percha. No había ningún logotipo que indicara su origen y la curiosidad la hizo sentirse aún más atraída por aquella sorpresa.

Se lo llevó con cuidado al salón y lo tendió sobre el sofá. Antes de abrirlo, sin embargo, cogió su teléfono móvil y con la cámara del mismo, hizo un par de fotos a su hallazgo con la intención de enseñárselas más tarde a su hermana. Después de observarlo dubitativa durante algunos segundos, ya no pudo soportarlo más y deslizó la cremallera hacia abajo hasta descubrir su interior.

Fue en ese momento cuando su cara se tornó pálida, su vello se erizó y un escalofrío la recorrió entera. Briana terminó de abrirlo del todo y sacó la funda en su totalidad, dejándola a un lado recostada con cuidado sobre el sofá. Poco a poco, se llevó las manos a la boca hasta cubrir la mueca de sorpresa que mostraba su rostro y caminó un par de pasos marcha atrás, hasta que sus talones toparon con la mesilla que había situada entre el televisor y el sofá. Se sentó sobre la misma y permaneció allí durante unos minutos paralizada, incrédula y sin entender qué hacía aquello ahí metido.

—¿Por qué tenías que estar aquí? —dijo en un susurro casi inaudible.

4

—Que te digo que había un maldito vestido de novia, Emma. ¿Por qué narices iba a inventármelo?

—No lo sé, Briana. Reconoce que todo esto que me estás contando resulta un poco extraño… ¿No crees?

Emma dio un sorbo a su taza de té rojo mientras miraba con una expresión extraña a su hermana. La cafetería en la que se encontraban en ese momento estaba situada en la misma calle donde vivía Briana y, a pesar de que por fuera pudiera parecer lo contrario, se trataba de un lugar amplio y maravilloso donde tomar algo. Estaba decorada con motivos de fantasía por lo que, al entrar en ella, uno creía perderse en el país de las maravillas. Sin necesidad de debatir nada al respecto, habían escogido ese lugar como sitio de reunión diaria para las dos. Ambas solían terminar su turno de trabajo sobre la misma hora y mientras que Paula estaba en clase de danza, se reunían las dos para ponerse un poco al día y poder así distraerse de sus habituales quehaceres.

A esas horas solía haber muy pocos clientes. Habían tomado como costumbre el sentarse en una mesa situada en el fondo de la primera planta, o por lo menos así había sido las dos semanas que llevaban visitando el local a diario. Todas las mesas eran de madera y las distintas sillas y sillones no coincidían casi en ninguno de los casos, pero combinaban a la perfección, creando un efecto mucho más acogedor aún.

Al igual que sucedía con ellas, las personas que solían sentarse a su alrededor acostumbraban también a ser las mismas. A un lado tenían una parejita joven que se encontraba ahí cada tarde. Tendrían unos dieciséis o diecisiete años aproximadamente, y ambas hermanas se reían al imaginar de qué podían estar hablando con esa mirada bobalicona en el rostro. Por otro lado, había una señora de mediana edad encerrada por completo en su mundo, metida en la pantalla de su *Macbook Air* y con unos cascos puestos que la aislaban del resto de los clientes. Por último, sentado cerca de ellas había otro chico que solía ponerse justo en la mesa de atrás. Creían que tal vez pudiera tratarse de un profesor de música, pues el joven solía hallarse absorto entre un montón de partituras que tenía esparcidas sobre la mesa y en muy pocas ocasiones levantaba la cabeza.

—Mira, Emma, yo solo sé lo que vi. Aquí tienes la prueba —dijo tendiéndole su teléfono móvil con las fotos del vestido en la pantalla.

—Vale. Pero entonces, ¿qué pretendes hacer con él?

—No lo sé, pero yo no me quedo con eso en casa —sentenció con gran rotundidad.

—¡Ni se te ocurra tirarlo a la basura! —exclamó Emma de repente.

—Y entonces, ¿qué pretendes que haga?

—No lo sé, pero los vestidos de novia valen una fortuna, y más si son tan nuevos como este —comentó señalando la pantalla con el dedo.

—Vale, pretendes que lo venda entonces, ¿no es así?

—Hombre, pues no estaría mal. Podríamos pagarnos un fin de semana de spa y masajes con lo que sacaras por él… ¿Qué opinas?

—Yo alucino contigo. No me extraña que seas tan buena comercial, sacas provecho de todo.

Briana cogió con su tenedor un trocito de la porción de tarta que habían pedido para compartir. Cuando se lo llevó a la boca, una mueca de placer apareció en su rostro y Emma dejó que se deleitara con el sabor de aquel dulce, mientras terminaba de masticar esa pequeña parte de cielo que cada tarde pedían para merendar.

—¿Y de quién crees que puede ser? —preguntó Briana pasados un par de minutos.

—De alguna novia despechada, seguro. Nadie en su sano juicio dejaría un vestido así en un armario por otro motivo que no fuera el odio. ¿No crees?

—Quizá lo olvidó al hacer la mudanza. El armario estaba cerrado con llave y me llevó un buen rato encontrarla…

—¡Nadie puede olvidar su vestido de novia en un armario! —exclamó Emma en un tono más fuerte.

El chico de las partituras levantó la cabeza extrañado, y miró en su dirección de forma fugaz. Emma cruzó la mirada con él y al momento, levantó de forma leve los hombros y mostró una tierna sonrisa en los labios.

—Perdón… —dijo sonriente en dirección al joven.

El chico asintió con la cabeza —también con una sonrisa— y volvió rápidamente a sus folios, sus notas y sus lápices.

—Pues vaya con el músico… ¡Menuda sonrisa tiene! —exclamó en un susurro para que solo la escuchara su hermana.

Briana lo miró con disimulo, pero el joven se encontraba de espaldas a ella y no pudo verle el rostro.

—Deja de pensar en bobadas. Estás casada con Jota y ya no hay vuelta atrás —comentó Briana señalándola con un dedo acusador.

Ambas rieron por el gesto y a continuación, volvieron a sumirse en un silencio que las mantuvo a cada una en su mundo durante un par de minutos, antes de que la menor de ellas volviera a la carga con el mismo tema.

—Quizás alguien lo guardara en el armario y su dueña no supo encontrarlo. Tal vez aún esté buscando su vestido…

—Sí, claro. Una no pierde su vestido de novia así como así. Eso es un hecho.

—¿Y si quiere volver a recuperarlo?

—¿Y si no quiere? —respondió Emma lacónica.

—¿Por qué no iba a querer?

—Briana, ¿querrías tú recuperar el vestido de tu boda?

En ese momento, Briana sintió esa pregunta como si se tratara de un puñal clavándose en su corazón. Era del todo consciente de que Emma no lo había hecho con ningún tipo de maldad, pero recordar aquel momento, aquel día que tanto se había empeñado en borrar de su vida, le dolió como si hubiera sucedido tan solo unas horas atrás.

—Oh, cielo… Lo siento mucho —añadió Emma rápidamente al ver el rostro desencajado de su hermana.

—No… No pasa nada, tranquila. Estoy bien —comentó entonces, justo antes de darle un sorbo a su taza de té.

—¿Prefieres que dejemos de lado el tema del vestido?

—No, no. Ha sido una tontería. Estoy bien, de verdad.

—Pues entonces, ahí va otra teoría —añadió de nuevo sonriente, buscando traspasar la alegría una vez más al rostro de su hermana—. Quizá se trataba de un matrimonio de esos de conveniencia, aquellos en los que los novios aún no se conocen. El día de la boda, cuando la novia llegó al altar y vio semejante espécimen a su lado, salió corriendo y huyó despavorida con los brazos al aire y gritando como si no hubiera un mañana. El vídeo ese tan famoso que vimos, ese del "contigo no, bicho" —comentó consiguiendo que ahora su hermana se desternillara de risa al recordar el vídeo que habían visto en *Youtube* y con el que tanto se habían reído—. Pues ese, se queda corto en comparación con la cara que se le quedó a nuestro novio fantasma.

—Jo, Emma. ¡Ahí has dado en el clavo!

Ambas chicas rieron con tranquilidad, recuperando así el buen humor que tenían desde que habían llegado, y dejaron atrás ese leve recuerdo que amenazó por un instante con arruinarles el resto de la tarde.

Esa misma noche, mientras cenaba viendo la televisión, Briana lanzaba fugaces y nada disimuladas miradas al vestido. Hacía dos o tres días que lo tenía en el salón y aún no sabía muy bien qué hacer con él. Cada vez que lo miraba, le invadía una extraña sensación que no sabía interpretar. Esa noche, además, se sentía un poco desanimada. Había intentado dejar atrás el recuerdo de su boda delante de su hermana, pero todavía no había conseguido sacarlo por completo de su cabeza.

Durante esos tres años que pasó en Londres, Briana se sintió de muchas formas diferentes. Al principio, el pesar y la tristeza por el inesperado y repentino abandono de Pablo, se habían apoderado de ella hasta dejarla totalmente hundida. Con el paso de los días, sin embargo, las lágrimas se agotaron. Ya no podía llorar más. En ese momento empezó una fase de negación, en la que únicamente quería pensar que nada de aquello había sucedido, que todo era producto de su imaginación y que, al regresar a España, Pablo la estaría esperando con los brazos abiertos y todo volvería a ser como antes.

Unas semanas más tarde, empezó a aceptar que Pablo no volvería a acercarse a ella. No había recibido ninguna llamada ni tampoco mensaje alguno por parte de él. Ella, sin embargo, le había escrito en repetidas ocasiones. Primero empezó haciéndolo con rabia e insultos. Poco a poco, no obstante, los mensajes empezaron a suavizarse y en ellos tan solo le pedía una única explicación:

«*¿Por qué?*».

Al final, con la ayuda de Henry —un compañero de su despacho con el que entabló una relación de amistad muy especial desde el principio— empezó a aceptar lo sucedido y a hacerse a la idea de que Pablo no regresaría a su lado. Fue el propio Henry quien la ayudó a enviar el que sería su último mensaje y que fue breve, claro y conciso:

«Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo nunca más. Adiós. B.L».

Briana despertó entonces de ese instante en el que se había perdido entre sus recuerdos.

—¡Henry! —exclamó de golpe como si hubiera olvidado lo más importante del mundo.

Cogió a gran velocidad su teléfono móvil y le escribió un correo electrónico al que se había convertido en su amigo y confidente.

Para: Henrybrooks@gmail.com

De: Brianaleal@gmail.com

Asunto: ¿Pensabas que me había olvidado de ti?

Bueno, quizá sí que me había olvidado un poquito, pero te prometo que ha sido sin querer. Por cierto, ¡Hola!

Llegué a Barcelona sana y salva hace ya algunas semanas. Mi hermana y Jota han estado muy pendientes de mí y me han ayudado muchísimo. Mis padres se alegran de tenerme de nuevo por aquí, pero creo que aún tienen miedo de que algo del pasado pueda hacerme daño. Han quitado de casa todas las fotos en las que salía con Pablo. No les dije nada al respecto, pero entiendo su gesto y la verdad es que lo agradecí mucho.

¿Sabes qué? Me he mudado a un piso realmente increíble. Es precioso, como de película. ¿Te acuerdas de cuando veíamos (o mejor dicho: te obligaba a ver) Sexo en Nueva York? Pues me recuerda ligeramente al piso de Charlotte, ¡y me encanta!

Cerca de casa tengo una cafetería impresionante, parece sacada de un cuento. Se llama Pudding y en ella todo es realmente dulce y apetecible. Me reúno allí cada tarde con Emma (¡estoy deseando que la conozcas! A Emma digo, bueno, la cafetería también te gustaría) y aprovechamos para distraernos y cotillear un rato.

¿Sabes qué me ha pasado? Agárrate, que esto sí que es fuerte. ¡Encontré un vestido de novia metido en un armario! Espeluznante, ¿verdad? Seguro que esto te da para escribir alguna de tus historias. Emma y yo estamos todavía debatiendo qué hacer con él. Yo empiezo a pensar que devolvérselo a su dueña sería la mejor de las opciones, pero Emma quiere venderlo y con lo que ganemos, regalarnos un fin de semana de masajes y spa. Es más lista que el hambre.

Bueno, no tengo mucho más que contarte por ahora. ¿Cómo te va a ti? ¿Michelle sigue dándote largas? No sabe lo que se pierde contigo, siempre te lo digo.

Pues nada, tengo infinitas ganas de volver a verte, ¡espero que sea muy prontito!

Un besito enorme de cacahuete untado en nocilla, o nutella,

como prefieras.

Echándote mucho de menos,

Briana.

5

—¿Has decidido ya qué vas hacer con el vestido? —preguntó Emma dándole un sorbo a su té verde.

—Quiero devolvérselo a su dueña.

—¿En serio? —preguntó de nuevo incrédula.

—¿Por qué no? Es su vestido, tiene derecho a decidir qué quiere hacer con él.

—¿Y si lo dejó allí por algo? ¿Y si no lo quiere ni ver?

—Vamos Emma, no seas así —contestó ella tratando de darle la vuelta al asunto—. Si quieres que nos vayamos de fin de semana, solo tienes que decírmelo. Invito yo.

—No es que quiera irme de fin de semana… Es que no lo veo claro.

—¿Qué es lo que no ves claro?

—Pues el hecho de devolver el vestido. Creo, de verdad, que uno no olvida algo tan importante como un vestido de novia en un armario. Es algo que a ninguna mujer le pasaría, ¿no crees?

La cafetería estaba igual de llena que de costumbre. A su alrededor estaban la parejita y el músico, pero ese día faltó la señora del portátil. Briana le dio el último bocado a la porción de tarta que habían pedido ese día y miró de nuevo a su hermana, sin saber qué iba a responderle con respecto a su siguiente petición.

—Tienes que darme su dirección.

—¿Pero tú te has vuelto loca, o qué? Sabes que no puedo hacerlo, es información personal.

—Y yo soy tu hermana pequeña y necesito acabar con todo este asunto del vestido para dar portazo a todos mis demonios.

—No, no y no. Eso sí que no. No me vengas con chantajes hermanita, que nos conocemos.

El músico, que de nuevo estaba sentado en la mesa situada detrás de la que ellas ocupaban, se incorporó un poco y movió ligeramente las manos, como si sujetara un violín. A ambas les llamó la atención el gesto y se lo quedaron mirando, pero el joven recuperó rápidamente su postura anterior, volviendo a parecer centrado en sus partituras y folios.

—Vamos a ver, Emma. Si yo me hubiera dejado el vestido de novia en algún armario, me gustaría que me lo devolvieran… —insistió una vez más, ahora

dedicándole unos graciosos pucheros.

—No puedo darte información personal, y lo sabes.

—No le diré que me la has dado.

—¿Y si lo descubre?

—¿Cómo va a descubrirlo?

—Mirando los apellidos…

—Pues me invento uno distinto —contestó la pequeña acompañando las palabras de un cómico gesto con las manos.

—Vuestros nombres figuran en el contrato. Lo único que no consta allí es su nueva dirección.

—Pues ya está. Puedo decirle que pregunté a los vecinos y que fueron ellos quienes me dirigieron hasta ella. Vamos Emma, ayúdame a devolvérselo…

Emma miró a su hermana durante unos instantes y como siempre, acabó cediendo a sus súplicas. No tenía remedio, Briana siempre había sido su punto débil.

—Está bien. Pero —dijo levantando un dedo en tono amenazante—, nunca deberá saber que he sido yo. Como administradora, tengo totalmente prohibido facilitar esos datos a nadie.

—¡Gracias! —exclamó la pequeña dando un pequeño bote en la silla y aplaudiendo feliz por haberlo conseguido.

Quedaron en que esa misma noche le enviaría los datos por correo electrónico en cuanto encontrara el documento donde constaba la dirección de la chica en cuestión. Continuaron merendando y charlando con calma durante un rato más hasta que, de pronto, Emma reparó en algo en lo que hacía días que ninguna de las dos había caído.

—Oye, ¿has vuelto a recibir alguna otra carta como la que encontramos el primer día?

—No… Esa fue la única.

—Crees que…—empezó a decir pensativa— ¿Crees que era de Pablo?

Briana permaneció dubitativa durante algunos instantes antes de contestar.

—No. Creo que habría reconocido su letra, y esa no me pareció la de siempre. Puede que quizás intentara que no se pareciera a la suya o tal vez, esa carta no fuera para mí. Seguramente se equivocaron. Me he fijado que en el piso de enfrente también vive una chica joven y a veces, recibe visitas nocturnas de diferentes chicos. Tal vez uno de ellos se haya enamorado de ella. Algún día lo descubriremos.

—Jo…

—¿Qué pasa? —preguntó Briana extrañada.

—Que la historia ha dejado de tener gracia de golpe… —comentó Emma con pesar—. Era más divertido pensar que la carta no era para la vecina.

—¿Quién iba a querer enviarme esa carta a mí, si mantenemos a Pablo al margen? Hace años que no tengo relación con la gente de aquí. Nadie pudo saber que iba a mudarme a ese piso, a no ser que se lo hubieras contado tú misma.

—¿Y si no era para ti? —preguntó Emma de repente.

—¿Qué estás insinuando? —quiso saber, pues no comprendía del todo aquella pregunta.

—Y si esa carta, de algún modo… ¿tiene relación con el vestido? —preguntó dejando perpleja a su hermana que, después de pensárselo durante algunos segundos, empezó a reír por la ocurrencia.

—Estás fatal, de verdad. Necesitas hacer algo serio con tu vida y dejar de montarte películas. Además, si así fuera, eso me daría aún más motivos para querer devolverle el vestido.

—Tú di lo que quieras, pero lo que te he contado tiene mucho más sentido del que le estás dando…

Emma comenzó a recoger las cosas que tenían sobre la mesa. Faltaban pocos minutos para que Paula saliera de su clase de danza y nunca llegaba tarde a recogerla a la academia. Abandonaron el local después de pagar sus respectivas consumiciones y después de abrazarse con cariño, se dirigieron cada una en una dirección de la calle.

En pocos minutos Briana llegó a su casa. Después de darse una ducha y ponerse algo de ropa cómoda, se preparó un té con leche y cogió su *iPad,* dispuesta a cotillear un rato en diferentes páginas del corazón. Miró antes que nada su correo electrónico y encontró un nuevo mensaje de Henry. Con una sonrisa en los labios, lo abrió sin más demora dispuesta a saber un poco de su amigo, al que había tenido abandonado durante los últimos días.

Para: Brianaleal@gmail.com

De: Henrybrooks@gmail.com

Asunto: RE: ¿Pensabas que me había olvidado de ti?

Hola abandonadora compulsiva. Está claro que te habías olvidado de mí, pero no te preocupes, soy un chico apuesto, simpático, guapo, fuerte, gracioso… Digo, soy un chico sensible y no me enfadaré por ello .

Me alegro mucho de saber que te estás adaptando bien y de que tu familia te cuida y te mima como te mereces. Me encantaría conocer a tu hermana y que me llevaras a esa fantástica cafetería. La verdad es que te echo mucho de menos y los días ahora son muy aburridos sin tus locuras y tus tonterías.

Michelle sigue resistiéndose. Eso de ser una modelo de talla mundial se ve que la trae de cabeza. Ella aún no me conoce en persona, pero sé que está profundamente enamorada de mí, algún día lo reconocerá en la tele y entonces me haré famoso. Pero no te preocupes, siempre habrá una habitación en mi mansión

para ti. De color rosa, que sé que te gusta.

Espero que podamos vernos pronto, esto es muy triste ahora que no estás. ¿Tú te crees? ¡Soy incapaz de encontrar un nuevo compañero de bares que aguante tu ritmo! En fin, si logro en algún momento que el jefe me dé unos cuantos días de vacaciones (seguidos, claro) intentaré coger un vuelo a Barcelona para poder abrazarte de nuevo.

Un beso enorme de sapo verde,

Echándote (también) mucho de menos,

Henry.

6

Pasó un par de días más enfrascada en su trabajo y en unos documentos que tenía que presentar antes de terminar la semana. Cuando por fin pudo entregarlos, se sintió totalmente liberada de cargas y deseó que llegara pronto la hora de salir del banco, poder ir al encuentro de su hermana y celebrar así que había llegado el tan esperado fin de semana.

—Acompáñame hasta su casa —le dijo mientras le daba un bocado a una porción de tarta que no habían probado nunca.

—Ni lo sueñes —contestó Emma negando repetidas veces con la cabeza.

—Vamos… Será algo diferente a lo que siempre hacemos, incluso puede llegar a resultar emocionante.

—No.

—*Vaaaaaa*, *porfiiii* —continuó insistiendo con la mejor de sus sonrisas.

Emma, tal y como siempre sucedía, sintió que la comisura de sus labios comenzaba a inclinarse hacia arriba, mostrando con ello una sonrisa a la que su hermana pequeña se acogería como si de oro se tratara.

—¡Lo ves! ¡Tú también quieres ir! —exclamó llena de júbilo.

—Que no me líes más, Briana. Estas cosas siempre terminan mal. Además, recuerda que no puede relacionarnos, o de lo contrario, sabrá que he sido yo quien te ha dado su dirección y me habrás metido en un buen lío.

—Bueno, también puedes esperarme en el coche. Así podrás verlo todo sin riesgo de que ella te descubra. Vamos, Emma… ¡Reconoce que te mueres por saber cómo reaccionará!

—Está bien… —terminó concediendo—. Pero no pienso moverme del coche.

—¡Sabía que terminarías acompañándome!

Briana, emocionada como estaba por el hecho de que su hermana hubiera accedido, se levantó de forma brusca del asiento ya que necesitaba ir al baño desde hacía un buen rato. Echó la silla para atrás y continuó hablando con su hermana mientras se daba la vuelta y empezaba a caminar en dirección a aquel.

—Verás como al final puede resultar diverti… —dijo dejando a medias la frase de forma repentina—. ¡Oh, no! ¡Lo siento muchísimo! —exclamó ahora en un tono que denotaba una total preocupación.

Briana, al girarse sin ni siquiera mirar, había golpeado sin querer el brazo del músico que, tal y como era habitual, estaba sentado tras ellas. Al hacerlo, había provocado que el joven derramara el café con leche sobre todos sus papeles, partituras y apuntes. El chico se levantó veloz, tratando de evitar que aquel estropicio llegara también a derramarse sobre su pantalón y lo manchara con la caliente bebida.

—Lo siento muchísimo, de verdad… —volvió a repetir afectada.

Briana cogió unas cuantas servilletas que tenía sobre su mesa y empezó a pasarlas con delicadeza sobre los papeles del chico. Una de las camareras, que se dio cuenta de lo sucedido, acudió a su encuentro con un trapo húmedo en la mano y con la intención de ayudarles a solucionar aquel caos.

El joven —que seguía en pie—, después de coger un par de partituras que habían quedado totalmente empapadas, echó una mirada fugaz hacia el resto de cosas para comprobar que, después de todo, la chica no había provocado tantos daños como había creído en un principio. Sin embargo, ella parecía muy afligida por lo que acababa de suceder y cualquier vestigio del buen humor que albergaba antes del incidente había desaparecido por completo de su rostro.

—No sabes cuánto lo siento… —dijo de nuevo mientras le entregaba un par de partituras que había conseguido secar con las servilletas.

—No te preocupes, está todo bien —contestó él por primera vez.

Briana levantó la mirada hacia el joven para comprobar que tenía ante sus ojos una de las mejores sonrisas que había tenido el placer de contemplar en toda su vida. «*Maldita Emma, ¡qué ojo tiene!*», pensó para sus adentros mientras recordaba el comentario que le había hecho unos días atrás. El joven entrecerró un poco los ojos, convirtiendo así su mirada en mucho más pícara y cautivadora, y disfrutó del asombro de la chica, que le observaba embelesada con todo el rostro teñido de un dulce y nada disimulado rubor.

—Disculpa… —dijo la voz grave y rota del joven—. ¿Estás bien?

Briana recuperó en ese momento el aplomo y volvió en sí, pues quería evitar parecer una marioneta a la que habían olvidado cerrar la boca.

—Sí, perdona… Por favor, deja que te invite a otro café, es lo mínimo que puedo hacer después de todo este estropicio…

—No es necesario, de verdad. Además, debo marcharme ya.

—Yo… —Briana pudo notar de nuevo el rubor en sus mejillas y se sintió estúpida por no ser capaz de controlar sus emociones—. Espero no haber estropeado ningún papel importante. De ser así, estaré dispuesta a pagar lo que sea para que puedas recuperarlos…

—No te preocupes, de verdad —contestó el joven con la misma sonrisa que antes y que no había desaparecido en ningún momento de su rostro—. Tan solo eran apuntes míos, nada importante que no tenga solución. Además, todas las canciones las tengo aquí —dijo señalando con la mano a un lado de su cabeza.

Briana sintió de nuevo sus mejillas arder. El gesto, a pesar de haber sido natural, le resultó realmente atractivo, quizá por la mezcla de la sensualidad que desprendía el joven en sí junto con aquella sonrisa que amenazaba con empezar a causar secuelas en su cabeza. Lo contempló otra vez con discreción mientras el chico comenzaba a recoger sus pertenencias y a guardarlas en su mochila. Era alto y robusto, de complexión fuerte, lo cual le resultó en cierto modo contradictorio con la imagen que solía tener preconcebida de los músicos, o de los profesores de música —cosa que aún no había descubierto—. Llevaba una media melena rubia recogida en una coleta baja, a medio girar, despeinada y con un par de mechones que le caían por el rostro. Sus manos eran varoniles y grandes, con unos dedos finos y largos que se movían con una elegancia tan solo propia de muy pocas personas. Vestía una camiseta negra con el logotipo de algún grupo de música que ella no supo identificar. Finalmente, el último toque que le llamó la atención —si seguía comparando a aquel chico con el resto de músicos que había conocido antes—, eran sus pantalones tejanos algo caídos y unas botas oscuras que llevaba medio abiertas y que le conferían un look moderno e informal muy a la orden del día.

—Briana, ¿verdad? —preguntó de nuevo el joven, tendiéndole una mano a modo de presentación.

—Sí… ¿Cómo lo has sabido? —añadió ella extrañada mientras se la estrechaba.

—En el fondo pasamos muchas horas juntos, ¿no crees? —dijo acompañando las palabras con su juguetona sonrisa—. A veces, solo es necesario fijarse un poco en los detalles.

Briana sintió que el calor se apoderaba ahora de todo su cuerpo, sin saber muy bien por qué le estaba sucediendo aquello. A diferencia de él, ella no sabía su nombre y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió vergonzosa ante un hombre de mirada penetrante.

—Étienne —dijo él de repente, como si le hubiera leído la mente.

—¿Cómo dices? —preguntó sin comprender.

—Me llamo Étienne. Así estamos en paces.

—Un placer, Étienne —añadió queriendo recuperar toda la dignidad y la entereza que fue capaz de encontrar.

El chico volvió a deleitarla con esa perfecta sonrisa y cogió la funda de un instrumento, se la colgó a la espalda con habilidad y a continuación, repitió el gesto con la mochila de tipo bandolera en la que había guardado todos los papeles y documentos.

—Nos vemos pronto, Briana. Que tengas un buen fin de semana —dijo al fin a modo de despedida.

Antes de girarse por completo y encaminarse hacia la puerta, le dedicó una última sonrisa también a Emma, que había presenciado toda la escena en silencio y se encontraba sentada con una mano en la boca y una expresión divertida y muy mal disimulada en el rostro.

—Adiós… —murmuró ella cuando cruzó su mirada con la del joven.

Ambas le vieron salir por la puerta a gran velocidad y permanecieron en silencio durante unos largos segundos, afectadas aún por el aura de energía positiva que envolvía al joven músico.

—No quiero oír ni una palabra sobre esto que acaba de pasar —dijo de pronto Briana cuando, por el rabillo del ojo, vio que su hermana quería decir algo relacionado seguramente con la escena que acababa de presenciar.

Emma cerró de nuevo la boca, pero no pudo evitar continuar sonriendo mientras observaba cómo Briana intentaba recomponerse emocionalmente de los efectos que el chico acababa de causar en ella.

7

El sábado por la mañana, Briana despertó con una sonrisa en el rostro, embriagada aún por los estragos que la mirada y la sonrisa del músico le habían causado la tarde anterior.

Encendió el reproductor de música y puso los altavoces a un volumen moderado, lo suficiente para que los vecinos no pudieran quejarse a causa del ruido. Se recogió la rubia melena en una cola de caballo y caminó descalza hasta la cocina, donde puso un par de rebanadas de pan en la tostadora y encendió su cafetera *Nespresso,* a la que tanto adoraba desde que se la había regalado su hermana las últimas navidades. Exprimió un par de naranjas para hacerse un zumo natural y sacó la mantequilla y la mermelada de fresa del frigorífico.

Cuando lo tuvo todo listo, lo puso sobre una bandeja y lo llevó con cuidado hasta el comedor, donde se instaló en la mesa que había situada bajo el gran ventanal que hacía esquina y desde el que se veía gran parte de la calle. Le encantaban los sábados por la mañana. Disfrutaba levantándose pronto y aprovechando el día entero. En las pocas semanas que llevaba instalada, tan solo había salido a correr por la ciudad en un par de ocasiones, habiendo llegado hasta el puerto marítimo de la misma para luego subir por las Ramblas, desafiando la manada de turistas y de gente que decidía pasear por allí cada día, fuera la hora que fuese.

Ese sábado no había querido salir a correr, pues le apetecía un despertar tranquilo y placentero y así había decidido hacerlo. Canturreó las canciones que iban sonando en la radio mientras desayunaba e incluso, imitó las guitarras y baterías de aquellos grupos, como si de un integrante más de los mismos se tratara. Se había despertado feliz, radiante y estaba dispuesta a comerse el día con su buena energía.

Más tarde se metió en la ducha y se dedicó a sí misma unos largos minutos de reconfortante y cálido placer bajo los chorros de agua. Al salir, se envolvió con el albornoz y se secó el pelo con una toalla. Cuando terminó de vestirse, se llenó las manos de espuma y la esparció con destreza por su rubia melena, dándole así más volumen y vida a la misma.

Cuando hubo terminado de arreglarse, se puso un par de gotas de su perfume favorito después de haberse puesto un largo jersey de lana beige, de cuello vuelto y mangas anchas. Acompañó el atuendo con unos tejanos ajustados y unos botines marrones, que combinaban a la perfección con el bolso que había escogido para la ocasión. A continuación, cogió su teléfono móvil y le envió un mensaje a su hermana para saber si ya estaba preparada también.

«Ya estoy lista. Cuando vengas a recogerme, avísame y bajo a la calle a esperarte. 10:02».

La respuesta, como siempre, tardó poco en llegar.

«Salgo en dos minutos de casa. Tardaré poco si no hay tráfico. Nos vemos ahora. ¡No te olvides el vestido! 10:05».

Briana se dirigió al baño, se perfiló los ojos de forma discreta y se aplicó un poco de colorete para darle algo más de color a su blanquecino rostro. Cuando le pareció que su reflejo era la correcta imagen de la felicidad que la poseía, se lanzó a sí misma un beso frente al espejo y con una sonrisa, se dirigió a la habitación donde seguía guardado el traje de novia. Lo cogió con finura y lo dobló sobre él mismo para que fuera más fácil de llevar. Echó un último vistazo a su apartamento y sonrió satisfecha con el resultado: estaba limpio y ordenado, tal y como a ella le gustaba tener las cosas.

Salió por la puerta y cerró la misma con doble vuelta de llave, manía que había adquirido desde pequeña por culpa de sus padres. Pulsó el botón del ascensor y esperó paciente a que el mismo llegara, ya que la lucecita indicaba que estaba parado en una de las plantas inferiores. Pasados unos interminables minutos, al fin llegó y pudo bajar hasta la calle. Una vez allí, miró a ver si su hermana estaba entre algunos de los miles de coches que llenaban la ciudad condal a todas horas del día. El centro de Barcelona era así, una ciudad que, al igual que muchas otras, nunca estaba quieta. Tras unos pocos minutos de espera, distinguió el coche de Emma acercándose por el final de la calle. Se acercó tanto como la acera le permitió y esperó allí a que ella la recogiera.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó Emma después de darle un par de besos.

—¿De qué tienes miedo? Es un simple vestido, no va a pasar nada —contestó Briana mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

—Ya, pero… Sigo pensando que estaba allí por algún motivo. Una no se olvida un vestido así, sin más…

—Emma, ya lo hemos hablado. Le voy a llevar el vestido a su dueña y así, todos podremos cerrar este ciclo y seguir nuestro camino.

—Creo que estás extrapolando tu caso al de quien quiera que sea la dueña del vestido.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Briana extrañada por lo que acababa de decir su hermana.

Emma continuó conduciendo por las calles de la ciudad. Tenía que centrarse en el asfalto, pues los semáforos cambiaban constantemente de color y cruzaba gente por en medio con muchas prisas y muy poco cuidado.

—Quiero decir que… —empezó sin saber cómo decirle aquello para no hacerle daño—. Pues que me da la sensación de que quieres deshacerte de ese vestido porque aún no eres capaz de asumir que lo tuyo con Pablo terminó hace mucho tiempo.

—¡Tú estás loca! Eso no tiene ningún sentido.

—Piénsalo, Briana, tiene todo el sentido del mundo. Primero el imbécil de Pablo te planta en el altar. Luego, cuando regresas después de muchísimos meses lejos de todos nosotros, resulta que llegas y te encuentras con una carta de disculpa de la que desconocemos por completo su procedencia y, para colmo, encuentras un vestido de novia en el armario de tu nueva casa. Reconócelo, ¡yo también me volvería loca!

—Mira, Emma —empezó a decir su hermana con una pasmosa tranquilidad—. En primer lugar, lo de Pablo fue un golpe muy duro que, por mucho que decidiera pasar el resto de mi vida devolviendo vestidos de novia a sus respectivas dueñas, jamás lograría olvidar. En segundo lugar, me importa tres pimientos el origen de esa carta, es más, prefiero no saberlo. Y por último, quiero devolver el vestido a esa chica porque creo que, pasara lo que pasase, una mujer nunca debería perder el vestido de su boda. Si existe la mínima posibilidad de que lo dejara olvidado, quiero descartarla por completo. ¿Entiendes?

Emma miró de reojo a su hermana y tras algunos segundos, asintió con la cabeza un par de veces sin pronunciar ninguna palabra más. Continuó conduciendo poco a poco, mientras se alejaba a buen ritmo del centro de la ciudad. Tardaron algunos minutos más antes de llegar al barrio de la Bonanova. Condujeron por el *Passeig de Sant Gervasi* mientras admiraban los palacetes que había a pie de calle, por allí pasada la Avenida Tibidabo. Es aquí, dijo girando en la siguiente calle a la izquierda. Era una calle pequeñita, de un solo sentido y con un único carril. Aparcó el coche en un vado, a pesar de que sabía que eso no le estaba permitido.

—Me quedaré aquí esperando. Es el tercero segunda de ese bloque de ahí enfrente. Se llama Claudia Montero —le dijo señalando al edificio que tenían a su derecha—. No tardes.

Briana le dedicó una última sonrisa antes de salir del coche. Caminó hasta el edificio en cuestión y respiró profundo un par de veces antes de llamar al timbre que Emma le había indicado. Cuando lo hizo, esperó nerviosa a que alguien le contestara. Pasados unos minutos volvió a intentarlo, ya que no había contestado nadie. Cuando ya creía que no iba a tener suerte, comenzó a darse la vuelta dispuesta a volver hacia el vehículo de nuevo, con toda su buena energía inicial por los suelos. Sin embargo, de repente escuchó que alguien descolgaba el telefonillo y una voz femenina contestó.

—¿Quién es? —preguntó la misma.

—¡Hola! —dijo acercándose veloz al interfono—. Me llamo Daniela Pérez. Estoy buscando a Claudia Montero.

—¿Para qué la busca? —quiso saber la voz.

—Creo que he encontrado algo que le pertenece y me gustaría poder devolvérselo.

La mujer permaneció en silencio durante unos segundos en pose dubitativa. A continuación, Briana escuchó como aquella hablaba con alguien en un tono más flojo, como si hubiera tapado adrede el telefonillo.

—Pase —dijo de pronto la voz mientras un sonido indicaba que la puerta ya podía abrirse—. Voy a avisar al portero, él le indicará por dónde tiene que subir.

Briana entró al interior del edificio y se asombró del lujo que este desprendía. Cuando llevaba apenas tres pasos, un señor mayor salió a su encuentro, indicándole el camino que debía seguir para llegar al piso de la señora Montero.

Subió en aquel ascensor de mármol blanco, al que envidió nada más poner el pie en su interior. Era elegante y minimalista, y combinaba a la perfección con la estética de la finca.

Llegó al tercer piso y al salir del ascensor buscó con la mirada alguna puerta con el número dos encima. Sin embargo, antes de eso vio entreabrirse una de las puertas del fondo del pasillo y a una señora —que tendría más o menos la edad de su madre— asomarse a través de la misma.

—Hola… ¿Es usted la señora Montero? —dijo Briana con timidez desde el rellano.

Pudo ver cómo aquella mujer la observaba de arriba abajo, calibrando qué tipo de persona tenía delante. Cuando al final consideró que no había peligro alguno, asintió con la cabeza y acabó de abrir la puerta del todo.

—Buenos días, señorita Pérez. ¿En qué puedo ayudarle?

Briana la miró extrañada durante unos breves instantes. Aquella no podía ser la dueña del vestido. A pesar de tener un cuerpo fantástico para su edad —entre los cincuenta y los sesenta calculó mentalmente al verla—, era imposible que aquella señora pudiera ponerse el vestido de novia que ella llevaba en sus manos.

—Buenos días… Esto, ¿es usted la señora Montero?

—Sí. Dígame, por favor, ¿qué la ha traído hasta aquí?

—Pues verá… —empezó a decir sintiéndose de repente estúpida por su gran ocurrencia—. La cuestión es que encontré este vestido en el apartamento en el que antes vivía y pensé que quizá lo habría dejado olvidado y que tal vez, le haría ilusión recuperar.

La señora parecía asombrada por lo que Briana le acababa de contar. Era como si aquello no fuera posible.

—¿Cómo ha sabido dónde vivía? —preguntó de nuevo, esta vez con una mayor seriedad en el rostro.

—Pues… —empezó a decir mientras buscaba con agilidad una repuesta creíble—. Pregunté a algunos vecinos del edificio.

La mujer entrecerró los ojos, tratando de descifrar si la joven que tenía delante estaba diciendo la verdad o si le mentía con descaro. De repente, sin dejar de mirarla directamente a los ojos, giró el rostro y levantó un poco más la voz.

—¡Claudia! ¡Ven un momento! Hay una chica que tiene algo que quizá te interese escuchar…

8

Tardó muy poco en aparecer frente a ella. La vio acercarse por el fondo del pasillo y se quedó asombrada por su belleza, su elegancia, y también por su juventud.

—Hola —saludó la joven desde dentro.

—Hola… Verás… Me dijeron que debía dirigirme aquí. Encontré este vestido de novia en el apartamento que estuve limpiando hace unas semanas… y pensé que quizá te gustaría recuperarlo —dijo intentando que no se notara que mentía de forma descarada.

Claudia observó el envoltorio de tela que mantenía el vestido resguardado y ni siquiera se inmutó. Briana, que la miraba con disimulo, se sorprendió de que la joven ni tan solo se moviera para cogerlo.

—Puedes hacer lo que quieras con él. Como si quieres usarlo para hacer trapos de cocina.

Briana, que no salía de su asombro, tragó con dificultad y permaneció allí inmóvil, sin saber muy bien qué debía contestar al respecto. Intuyó que Claudia se dio cuenta de ello, pues la joven volvió a hablar, esta vez con más serenidad.

—Mira, no sé quién te ha dicho dónde podías encontrarme, y prefiero no saberlo. Pero por lo que a mí respecta, no quiero que nadie más lo sepa. No quiero que el desgraciado de mi ex me encuentre y mucho menos, tener ese vestido que llevas en las manos de nuevo en mi vida. Me niego. Así que, de verdad, haz lo que quieras con él. Y si no tienes nada más que decirme, tengo muchas cosas que hacer. Gracias por el detalle, Daniela.

Briana asintió con la cabeza y se despidió con un gesto de la mano, pues aún era incapaz de abrir la boca y decir nada al respecto. Se dio media vuelta y volvió por el mismo camino por el que había venido, mientras escuchaba cómo las otras dos cerraban la puerta a sus espaldas.

Cuando llegó a la calle, inspiró el aire gélido que corría y buscó con la mirada el coche de su hermana. Se metió en su interior con el vestido entre sus brazos y se quedó callada mientras esperaba a ser interrogada por lo que había sucedido arriba.

—¿Por qué sigues llevando el vestido contigo? —preguntó Emma extrañada.

—No había nadie en casa —mintió ella en tono tajante.

Emma, que no terminó de creer lo que su hermana acababa de responderle, observó la expresión de su cara y prefirió no continuar preguntando cuando era evidente que ella no quería hablar del tema.

—¿Quieres comer en casa con nosotros? Tenemos macarrones a la carbonara y Paula estará encantada de poder estar un rato contigo —le preguntó mientras conducía por las transitadas calles de la ciudad.

—No… La verdad es que tengo cosas que hacer esta tarde. Debería adelantar unos informes para la próxima semana y poner algunas lavadoras, me he quedado sin camisas…

Emma, que la conocía como nadie, con esa imprecisa respuesta supo a ciencia cierta que su hermana quería estar sola por algún que otro motivo, y fue por ello que no quiso insistirle más. La dejó en su portal unos minutos más tarde y, tras darle un beso en la mejilla, le sonrió de nuevo y se despidió de ella.

—Llámame si necesitas cualquier cosa. Lo que sea.

—No te preocupes, estoy bien. Dale un beso a Paula de mi parte y una colleja a Jota. ¡Adiós! —dijo de forma apresurada mientras se metía en el interior del portal de su edificio.

Briana observó a su hermana alejarse con el coche y permaneció allí pensativa durante unos instantes. No tenía nada que hacer en casa. Tenía muchas camisas limpias y planchadas en su armario y llevaba al día todos los informes de la próxima semana. Su tarde se presentaba entre la más absoluta soledad y toda la alegría que la había inundado esa mañana había desaparecido por completo, como si jamás hubiera estado ahí.

Al cabo de una hora seguía sentada en el sofá de su casa frente al dichoso vestido de novia, que había dejado con cuidado sobre el sillón que tenía justo delante. Estaba contemplando seriamente la opción de tirarlo a la basura o tal vez de donarlo a alguna organización o asociación que recogieran ropa para los más necesitados. Sin embargo, no podía desprenderse de él, había algo que se lo impedía.

Hacia las seis de la tarde, cansada de estar en casa encerrada, decidió que darse un capricho era la mejor de sus opciones. Volvió a calzarse sus peludos botines y enrolló la bufanda de lana a su cuello con gracia. A continuación, se puso un gorrito a juego —también de lana— con una bola colgando del mismo, que le confería un aire juvenil y divertido, a la par que moderno e informal. Por último, se puso el abrigo por encima y salió por la puerta en dirección a la cafetería, con la intención de tomarse una buena taza de té con leche o de chocolate caliente, según por donde le diera.

Llegó al local poco después. A pesar del poco rato que había tardado, su nariz ahora estaba roja a causa del frío y sentía las puntas de sus dedos totalmente congeladas.

Saludó a la camarera que había esa tarde —ya que a esas alturas empezaban a conocerse bastante— y sonrió a un par de clientes que reconoció también a su paso. A pesar de que no había ido con ninguna otra intención, le buscó por todo el local con la mirada. Fue caminando lentamente hacia la zona en la que siempre se sentaban juntas y se llevó un pequeño chasco cuando vio que la mesa que solía ocupar con Emma cada tarde no estaba libre. Sin embargo, justo en la de al lado había un montón de partituras esparcidas, lo que le llevó a pensar que el músico también estaba por allí, aunque de entrada no le hubiera visto.

—Puedes sentarte conmigo, si te apetece —dijo de pronto una voz ronca y suave junto a su oído, provocando así que su corazón se acelerase a una velocidad vertiginosa y el color rosado de su nariz se esparciera por todo su rostro. Giró un poco la cara hacia la derecha y se encontró con la sonrisa del joven músico muy cerca de ella.

—No pretendía asustarte, aunque reconozco que me ha sorprendido verte un sábado por aquí. Vuestra mesa está ocupada, pero puedes sentarte conmigo, será todo un placer.

Briana, nerviosa como si tuviera de nuevo quince años, asintió con la cabeza. El joven, al ver que ella no se movía, dio un paso al frente y caminó por delante de ella, invitándola así a seguirle hasta su mesa.

—Puedes dejar el abrigo junto al mío —dijo indicándole la tercera silla que había en su mesa y en la que aguardaban su abrigo y su inconfundible mochila bandolera.

Briana lo dejó allí y a continuación, hizo lo mismo con el gorro, la bufanda y los guantes.

—¿Qué querrás tomar? —preguntó él con la misma sonrisa de siempre.

—Un té negro con leche, por favor —contestó tímidamente con un hilo de voz.

«*Maldita sea Briana. ¡Ya eres mayorcita para estas tonterías!*», se recriminó a sí misma al sentir que le temblaban las manos y el estómago se le encogía a gran velocidad.

—Te lo he traído de vainilla. ¿Te parece bien? —dijo mientras le acercaba la humeante taza y la jarrita de leche.

—Sí. Es de mis favoritos… Gracias.

Ambos quedaron en silencio durante unos instantes. Étienne, mientras tanto, aprovechó para hacer un poco de hueco sobre la mesa para que así pudieran estar más cómodos.

—¿Eres profesor de música? —preguntó Briana mientras echaba un chorrito de leche en el interior de su taza.

—*Mmmm,* creo que no puedo considerarme como tal —contestó sin dejar de mirarla a los ojos.

Briana, que sentía sus mejillas encendidas, intentó aguantar el tipo y no sucumbir a los encantos de aquel chico de melena rubia y despeinada.

—¿Qué quiere decir eso? —volvió a preguntar queriendo mantener una conversación con él.

—Me gusta la música y vivo por, y para ella. Pero no doy clases en ninguna escuela o academia —contestó pasándose uno de sus finos mechones tras la oreja.

A Briana le hizo gracia el gesto y sintió un leve cosquilleo en la barriga.

—Entonces, ¿tocas en algún grupo? —volvió a preguntar antes de darle un sorbo a su humeante bebida.

—Hago lo que puedo —contestó ahora en un tono mucho más enigmático—, pero podría decirse que en cierto modo sí, toco en un grupo.

—Siempre vas cargado con ese violín, debes de quererlo mucho —comentó entonces señalando la funda del instrumento que estaba apoyada en la pared, justo al lado de Étienne.

—¿Ves? Siempre es importante fijarse en los detalles, incluso cuando crees no haber prestado atención a los mismos. Es como tu sonrisa, en cuanto cruzas esa puerta de ahí cada tarde—dijo señalando la puerta de entrada a la cafetería—, aparece como por arte de magia, como si estuvieras deseando que llegara ese momento. Es sincera y evocadora, y como única destinataria de la misma siempre está tu hermana, sin pararte ni siquiera a pensar que alguien más pudiera enamorarse de ella —comentó de repente y sin dejar de mirarla ni un solo segundo a los ojos. En ese momento, hizo una pausa significativa, dándose cuenta de que había conseguido volver a sonrojar a la chica con sus palabras y a continuación, siguió hablando con ella sin perder de vista la tímida mueca que no desaparecía del rostro de la chica—. Sí, es un violín y siempre me acompaña. Vaya donde vaya.

Briana entornó los ojos y sintió un vuelco en el estómago. Jamás se había fijado en ese detalle. No había caído en el hecho de que siempre que entraba allí se sentía feliz, aunque hubiera tenido un mal día. El rato que pasaba allí dentro junto a Emma era el más valioso de todos y lo único que deseaba era sentarse con una humeante taza de chocolate o de té, un trocito de tarta y hablar con ella sin que nada ni nadie pudieran estropear ese momento.

—¿Cómo sabes que es mi hermana? —preguntó Briana con la sorpresa reflejada en el rostro.

—Una complicidad tan grande solo puede existir entre dos personas con una relación muy íntima y especial. Os entendéis con solo una mirada, os reís al mismo compás y habláis tranquilamente, sin temor a ser juzgadas la una por la otra.

—¿En tu otra vida tuviste algo que ver con *Freud*? —soltó de repente, dejando a Étienne descolocado por la salida.

—Hombre, reconozco que hubiera sido divertido —contestó entonces con un gesto gracioso.

—¿Siempre eres tan observador? —volvió a preguntar la joven una vez habían recobrado parte de su seriedad.

—Supongo que siempre lo he sido. Es algo que no puedo evitar. Me gustan los detalles y la magia que desprenden. Sin ellos, la vida sería muy aburrida y predecible. Y te recuerdo que solo tenemos una, excepto los gatos. Ellos fueron más listos y pidieron tener siete.

Briana, que lo miraba entre admirada y sorprendida por sus palabras, no perdió de vista la sensatez y la profundidad con la que había dicho esto último y, tras unos segundos en los que procesó la información recibida, empezó a reír a carcajadas.

Étienne la observó con dulzura, atento a su rostro y a la tranquilidad que este emanaba. Había llegado algo afligida, de eso no cabía duda, pero ahora se encontraba allí sentada, ajena a cualquier otra cosa que no fuera su taza de té y las ocurrencias de aquel joven que había conseguido distraerla de todo cuanto la rodeaba.

—¿Por qué no has venido hoy acompañada? —preguntó de repente.

—Mi hermana tiene familia de la que ocuparse… y a mí me apetecía estar sola —respondió mientras desviaba la mirada hacia otro lado y evitaba cruzarse con los ojos del músico.

—Entonces, he estropeado tu momento de soledad. Te pido disculpas por ello… —dijo con voz suave y en un tono más bajo, sin dejar de mirarla a los ojos ni un solo segundo.

Briana sintió que se le erizaba el vello de todo su cuerpo al escuchar aquellas palabras. ¿Acaso no había ido allí con la intención —aunque fuera mínima— de encontrarse de nuevo con aquella sonrisa que días antes consiguió paralizarla? Apretó los labios con disimulo y trató de evitar sonrojarse por vigésima vez desde que había entrado en la cafetería.

—No importa, en el fondo me ha ido bien sentarme contigo. Necesitaba despejarme un poco.

Étienne volvió a sonreír y se llevó una mano al pecho, hacia la zona del corazón más o menos.

—Entonces, me ha encantado poder ofrecerte mi compañía. Y ahora, sintiéndolo con toda mi alma —dijo a continuación echando un vistazo rápido al reloj de su muñeca—, debería ir a trabajar. Ha sido todo un placer, Briana.

—Sí, yo también me marcho a casa —contestó de forma distraída para salir del paso, aunque alejarse de él fuera lo que menos le apeteciera en ese momento—. Antes de que oscurezca y haga más frío.

Ambos se levantaron casi a la vez y empezaron a recoger de la mesa todas sus pertenencias. Cuando iban a salir del establecimiento, Briana se acercó a la barra principal con la intención de pagar ambas consumiciones y saldar así la deuda del café con leche.

—Ya está pagado, cielo —dijo la misma camarera de siempre.

Briana se sorprendió y giró rápidamente la cabeza en dirección a la puerta, justo a tiempo para ver a Étienne haciéndole un gesto con la mano —como un soldado cuando saluda a un coronel—, y con la mayor de sus sonrisas, desaparecer en aquella oscura y fría noche.

9

Al igual que había sucedido la última vez en que habló con él, esa noche llegó a casa radiante de felicidad, sin tener ningún motivo aparente para estarlo. De nuevo, se encontraba con el mismo humor con el que había despertado y eso la animó de forma considerable. Una vez se había puesto su pijama de felpa y las zapatillas, se dirigió hacia la cocina y preparó un par de bikinis calientes. Uno de sobrasada y uno de pavo, para compensar.

Cuando los tuvo listos, los llevó al comedor en una bandeja, junto con una lata de Coca-Cola y una pieza de fruta. Había navegado por casi todos los canales de la televisión en busca de algún programa que valiera la pena, pero no obtuvo éxito alguno con tal hazaña. Al final, se decidió por uno de monólogos, pues como mínimo así tendría la posibilidad de reír mientras cenaba.

Terminó de lavar los platos y decidió tumbarse en el sofá, con el propósito de leer alguna de las novelas que tenía acumuladas desde hacía tiempo en su lector digital. Llevaría media hora enfrascada entre las páginas de una de ellas, cuando escuchó un extraño sonido que provenía de la puerta y que llamó su atención. En un primer momento, pensó que provenía del piso de su vecina, que a esas horas siempre contaba con la compañía de algún que otro joven que tuviera ganas de seducirla. Sin embargo, el silencio persistió y la curiosidad pudo con ella. Se acercó lentamente hasta la puerta y ya desde lo lejos pudo distinguir algo que llamó su atención. En el suelo había un sobre blanco que dejaba claro que alguien se había tomado la molestia de acercarse hasta allí para deslizarlo bajo la misma. Se detuvo un instante a pensarlo y calculó que, si el ruido lo había provocado la persona que había dejado el sobre, aún debía de estar por ahí cerca. Abrió la puerta a gran velocidad —sin preocuparse de la posibilidad de que aquello pudiera resultar peligroso— y se llevó un gran chasco al no encontrar a nadie allí fuera. Volvió a cerrarla y corrió hasta el ventanal que daba a la calle, tratando de distinguir algún rostro conocido entre la soledad de la noche. Sin embargo, tampoco hubo suerte.

Decepcionada por no haber podido encontrar a la persona que había traído el sobre, caminó de nuevo hacia la puerta y lo cogió. Lo llevó consigo hasta el salón y se sentó en el sofá, bajo la luz de la lámpara de pie que había situada en uno de los rincones. Antes de abrirlo, le dio un par de vueltas entre sus dedos para distinguir alguna marca que le permitiera reconocer al autor de la misma. Pero no había nada, el sobre era totalmente blanco y estaba limpio de cualquier marca o señal que pudiera hacerlo reconocible.

A continuación, lo abrió con cuidado, mientras apartaba de su mente la idea de que Pablo tuviera algo que ver con aquel folio.

¿Recuerdas el día en que contamos juntos las estrellas?

Fuimos incapaces de encontrar ninguna lo suficientemente grande como para depositar en ella nuestro amor eterno.

Briana tuvo que leer la carta dos veces más para asimilar el contenido de la misma, pues el amor y la dulzura que se desprendían de ella eran palpables en cada una de sus letras.

De pronto, empezó a recordar algunos de los momentos más románticos que había vivido junto a Pablo. Se acordó de la vez que fueron de acampada y se tumbaron a la luz de la luna para ver las estrellas. También le vino a la mente el día en que se había anunciado una lluvia de estrellas y ambos pasaron unas cuantas horas tumbados en la playa, con una botella de vino y tapados con una toalla. Contaron muchísimas de ellas; todas eran enormes y las cargaron, una por una, con miles de deseos y esperanzas. O al menos eso había hecho ella.

Briana sintió que una lágrima resbalaba por su mejilla. La secó casi al instante con la manga del pijama y no pudo evitar continuar pensando que Pablo tuviera algo que ver con todo aquello. Pero no quería darle más vueltas, pues tan solo la posibilidad de que así fuera ya conseguía asustarla.

No había vuelto a saber nada más de él desde aquel fatídico día. El joven no había contestado a ninguno de sus mensajes. Cuando ella había regresado a Barcelona, unas semanas atrás, en algún momento llegó a creer que Pablo se pondría en contacto con ella de nuevo, como mínimo para disculparse y así poder pasar

página. Pero eso no sucedió. Pablo ni siquiera dio muestras de estar vivo y eso aún le dolió más, aunque se negara a admitirlo ante su familia.

Tardó un rato más de la cuenta en reaccionar. Al fin, se levantó del sofá y apagó la única lámpara que había encendida. Caminó a oscuras hasta su habitación —situada tras una de las puertas que daba al salón— y guardó la carta en el primer cajón de su mesilla de noche, junto con la anterior. A pesar de que se sentía abatida, era consciente de que esa noche no lograría dormir sin desvelarse en distintas ocasiones. Ni siquiera le apetecía volver a enfrascarse en la novela que había estado leyendo un rato antes; tan solo cerró los ojos y esperó a que el sueño se apoderara de su cuerpo y de su mente, sobre todo de esta última.

Al día siguiente, al contrario de lo que siempre solía suceder, Briana despertó realmente tarde. Era casi la hora de comer cuando al fin, se decidió a recuperar el control de su cuerpo y lo liberó del atrayente poder de las sábanas. Encendió el calefactor que había en el baño y dejó que este se calentara mientras ella se preparaba una buena taza de café con leche.

Cuando hubo terminado de desayunar y de ducharse, se vistió con lo primero que pilló y decidió que aquel era un buen día para cocinar alguno de sus postres preferidos. Eso siempre lograba distraerla. Se acordó de los *cupcakes* de fresa que había aprendido a hacer en el último cursillo de repostería y decidió que eran la mejor de todas las opciones que tenía. Conectó el altavoz portátil a su teléfono móvil y casi al momento, la música comenzó a inundar todos los rincones de la cocina, provocándole aquella sensación de bienestar que había echado en falta durante toda la noche.

Tenía las manos llenas de crema de mantequilla y colorante rojo cuando las últimas notas de *Morena mía* —una de sus canciones favoritas de Miguel Bosé— se apagaron de golpe para dejar paso a una breve notificación que anunciaba la entrada de un nuevo correo electrónico. Briana pensó en Henry de forma automática y una sonrisa cruzó su rostro. Se lavó las manos hasta que no quedó ningún resto de dulce en ellas y a continuación, cogió el teléfono, que ya había vuelto a reanudar la canción por donde se había quedado.

Para: Brianaleal@gmail.com

De: Henrybrooks@gmail.com

Asunto: Mira que te resulta fácil olvidar a tus amigos…

Ya sabía yo que nuestra amistad iba a durar muy poco tiempo… No tenía que haberme hecho ilusiones contigo. Las mujeres no traéis nada bueno, ¿lo sabías? Nos llenáis la cabeza de sonrisas y de mentiras… "Sí, Henry, estoy deseando que vengas"; "Oh, Henry, cuántas ganas tengo de verte"; "Sí, Henry, sigue, sigue. Dame máaaaas…". Ah, no… estaúltima no me la dijiste tú

Supongo que el hecho de que no hayas vuelto a escribirme significa que las cosas marchan bien y que no tengo por qué preocuparme.

¿Devolviste el vestido a su dueña? ¿Pudiste hablar con ella? Reconozco que me fascina la idea del vestido fantasma. ¿Te has parado a pensar en que podría haberse tratado de un caso de asesinato? El marido despechado, muerto de celos por culpa de la infiel de su mujer, aprovechó la noche para llevar a cabo su cometido, llevándose con él la vida de su amada y también su cabeza… Soy todo un artista, ¿verdad? Creo que debería dedicarme al cine, seguramente tendría más futuro que en la oficina.

¿Cómo te va por la nueva sucursal? ¿Los llevas a todos tiesos? Mira que te pones sexy cuando estás seria y concentrada, mmmm… No creo que tus lacayos puedan resistirse a tu rubia melena y tu culito respingón. ¡Debes de estar volviéndolos locos!

Lo dicho, mi rubia. Un besito de gato pardo sin pelo,

Te sigue echando de menos,

Henry.

Briana sonrió ante las continuas ocurrencias de su amigo. Lo echaba muchísimo de menos y no veía el momento de que pudieran volver a pasar unos días juntos. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y esos días eran para pasarlos en familia. Sin embargo, sabía que a Henry eso le iba a resultar imposible, pues hacía muchos años que no sabía nada de los suyos y tampoco habían hecho ningún esfuerzo por saber cómo se encontraba su hijo. De repente, a Briana se le iluminó el rostro y supo que tenía la solución en sus manos, incluso se sorprendió de que no hubiera caído antes en ella.

Para: Henrybrooks@gmail.com

De: Brianaleal@gmail.com

Asunto: Feliz Navidad, ¿juntos?

Primero de todo, quisiera recordarte que estás un poco mal de la cabeza. Necesitas con urgencia compañía femenina, que te dé un buen repaso y borre de tu sucia y perversa mente cualquier recuerdo de mi culo. Que por cierto, ha engordado con tantas tartas y cupcakes.

Segundo, ¿tú estás loco? ¿Pretendes que duerma tranquila pensando en que tengo el vestido de un fantasma? Mira, de verdad, no te doy una colleja porque no te tengo cerca. Y sí, deberías dedicarte al cine, pero para hacer películas de estas tipo Sexo en Nueva York.

Por último, pero no por ello menos importante. Se acercan las navidades y es necesario pasarlas junto a las personas que más queremos… ¿Prefieres sábanas azules o amarillas? No admito un no por respuesta.

Tu princesita siempre de rosa, que tiene ganas de peinar a un gato pardo, aunque no tenga pelo.

Briana.

Cerró la aplicación de correo electrónico y llena de energías renovadas, continuó preparando sus deliciosos *cupcakes* mientras cantaba a voz de grito las canciones que, aleatoriamente, iban saliendo de su teléfono móvil.

10

El lunes lo pasó con calma en la oficina. Los clientes estaban más pendientes de las compras navideñas que de otras cosas y por suerte, ese día no le habían surgido grandes problemas. Cuando llegó la hora de cerrar la sucursal, se marchó a gran velocidad hacia la cafetería calculando que, si llegaba pronto, dispondría de un rato a solas con Étienne antes de que Emma llegara también.

Pasó un momento por el baño de la oficina y se retocó el colorete y el pintalabios, ambos en un tono muy natural que había seleccionado esa mañana antes de salir, pues intuía que al músico no le gustaban los rostros demasiado artificiales. Se pellizcó ligeramente las mejillas para darles un tono aún más rosado y cuando estuvo satisfecha con el resultado, se pasó un par de veces la mano por la espesa melena, dándole más volumen y por último, se puso un par de gotas de su perfume preferido.

Cuando salió por la puerta del baño se cruzó de frente con Pedro, uno de sus trabajadores, y al ver la reacción —nada disimulada— del chico, fue entonces cuando se sintió totalmente satisfecha con el resultado. Ahora, tan solo esperaba causar el mismo efecto en el músico.

Se despidió de sus compañeros en la puerta de la oficina y salió disparada en dirección a la cafetería. Hacía mucho frío aún y aunque estaba a muy poca distancia de la parada de metro, sintió el gélido aire colándose en sus pulmones a través de todas sus vías respiratorias. Bajó las escaleras que conducían al interior de la estación y validó el billete para que las puertas de acceso le permitieran el paso. El metro no tardó en llegar. Subió en el último vagón y una vez dentro, se quitó el abrigo y la bufanda, dejándose puesto tan solo el gorrito de lana que tanto le gustaba. Rebuscó en el interior de su bolso y sacó su teléfono móvil con la intención de enviarle un mensaje a su hermana.

«¿Cómo lo llevas hoy? ¿Crees que llegarás pronto? 15:17».

Esperó durante algunos minutos mientras cotilleaba un poco en sus redes sociales y actualizaba alguno de sus estados. Sin embargo, Emma no contestó en el tiempo que duró el trayecto, cosa que le pareció bastante extraña, aunque tampoco le dio la menor importancia.

Llegó a la estación de Paseo de Gracia en pocos minutos y, una vez allí, subió las escaleras que daban al exterior y volvió a ponerse el abrigo y la bufanda, sabiendo que de lo contrario, acabaría enferma en la cama esa misma noche. Cruzó las dos calles que la separaban de la cafetería con una sonrisa en los labios. Su cabeza era un hervidero de buenas sensaciones y lo único que deseaba era llegar lo suficientemente pronto como para disfrutar a solas de la compañía de Étienne durante algunos minutos.

Entró en la cafetería y Alberto —el camarero— la recibió con la misma sonrisa de siempre. Briana le saludó con la mano e inevitablemente, dirigió la mirada hacia la zona que solían ocupar siempre. Su sonrisa desapareció en ese mismo instante, cuando descubrió que ambas mesas estaban libres y restaban solitarias al fondo de la sala. Aminoró el paso y caminó hasta ellas con pesar, como si hubiera perdido la última partida de un juego y ya no le quedara ni una sola vida más. Dejó el bolso sobre la mesa y con lentitud, comenzó a sacarse el abrigo. Se encontraba de espaldas a la sala, distraída en sus pensamientos cuando una voz, aquella suave y ronca voz, la sorprendió de repente, causándole el mismo impacto que le había provocado el sábado anterior.

—¿Hoy también te han dejado sola? —preguntó el joven mientras dejaba sus pertenencias sobre la mesa que había justo al lado.

—Hola… —contestó con timidez sintiendo el mismo cosquilleo que no había dejado de sentir durante todo el fin de semana—. No, mi hermana debe de estar a punto de llegar.

—Lástima, me hubiera gustado volver a compartir mesa contigo. En ese caso, ya he hecho bien al escoger esta de aquí. Además, es agradable estudiar con el embriagador aroma de tu perfume de fondo… ¿*Chanel*?

Briana sintió que le ardía el cuerpo entero y le resultó imposible controlar la sensación que la invadió. Trató de respirar de forma pausada y sonrió con picardía, juguetona y sugerente, para intentar devolvérsela al músico y que fuera él quien se pusiera nervioso. Sin embargo, tal y como había sucedido en las otras ocasiones, Étienne le sostuvo la mirada sin dejar de sonreír en ningún momento. La tentó con sus ojos y jugó con su lengua, pasándola con sensualidad por su blanca dentadura, siendo consciente de lo que estaba provocando en la joven. Briana, que no pudo soportarlo más, desvió al fin la mirada, justo a tiempo para ver a Emma entrando por la puerta. Miró por última vez al joven, como si estuviera explicándole algo sin necesidad de mover los labios y Étienne reaccionó casi al instante, como si la hubiera

entendido a la perfección. Miró con disimulo hacia la puerta, por donde la otra melena rubia y despeinada se acercaba, y volvió a girar el rostro hacia Briana. Le dedicó una última sonrisa y le guiñó un ojo cómplice y tentador. A continuación, movió los labios con delicadeza, en un gesto que solo ella pudo apreciar y le habló en un susurro casi inaudible.

—Lo adivinaré.

Briana sintió un tremendo vuelco en el estómago y levantó la cabeza cuando su hermana dejó el bolso sobre la mesa y la saludó con un gesto que no supo descifrar.

—¿Te puedes creer que la niña va y ahora me dice que no quiere seguir con las clases de danza? Yo la mato… ¡La mato! —soltó Emma antes de darle ni siquiera un abrazo a su hermana.

De repente, en la mesa de al lado se escuchó un ruido que pareció una carcajada pero que, en cuestión de segundos, se convirtió en una tos disimulada. Briana aprovechó ese instante en que Emma se dirigía a la barra dispuesta a seleccionar la tarta de la tarde y vio que Étienne sonreía con descaro, aunque en ningún momento levantó la cabeza de sus apuntes. Apretaba los labios con fuerza tratando de aguantar la risa y Briana terminó contagiándose del arrebato del joven, aunque se vio obligada a parar cuando vio que Emma regresaba de nuevo, recuperando así parte de su seriedad.

—¿Por qué no quiere seguir con las clases? —preguntó centrando ahora su atención en ella.

—Dice que es patosa y que las demás niñas se ríen de ella cuando se cae. ¿Tú sabes el dineral que me he gastado para que la niña haga danza?

—Oye... ¿Y por qué no se lo planteas de un modo diferente?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emma sin comprender.

—Habla con ella y dile que dejar de ir a clase sería lo mismo que rendirse y darle la razón a las otras niñas. Explícale que no todos tenemos la misma facilidad para aprender, pero que eso no significa que no podamos hacerlo. Verás cómo cambia rápido de opinión. Paula es una niña fuerte, no le gustará sentir que ha perdido.

—Jo, tía. Hoy estás inspirada. ¿A qué se debe este humor? —preguntó su hermana sonriente mientras sacaba la bolsita de la tetera y la dejaba en un lado del plato.

—¡Qué exagerada! Me vas a decir ahora que prefieres que se rían de tu hija… ¿no? —comentó con total naturalidad.

—Hombre, pues la verdad es que no…

—Pues ahí tienes la respuesta. O le inculcas a la niña el valor para hacer frente a estas situaciones, o cada vez que se tope de frente con una dificultad, correrá a esconderse detrás de tus faldas esperando a que su querida mami le solucione los problemas.

Briana se sintió feliz con la reacción de su hermana. Casi nunca era ella la que podía sermonearla o enseñarle algo nuevo, al contrario, solían caerle a ella todas las charlas y discursos habidos y por haber. Sin embargo, había una cosa cierta en la relación que ambas hermanas mantenían y era que, a pesar de que Emma era una madre excelente, en ocasiones resultaba ser muy fácil de manipular por la voluntad de su hija. Y con eso, en cambio, Briana no tenía ninguna dificultad: cuando había que decir que no, no había nada más de qué hablar.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Emma después de tomarse unos minutos para reflexionar.

—Muy bien, ¿no me ves? —dijo sin poder evitar una sonrisa tonta.

—¿Y tu fin de semana de reclusión?

—Perfectamente. La verdad es que me sentó mucho mejor de lo que pensaba…

—*Uy, uy, uy*… Creo que hay algo que no me estás contando. ¡Suéltalo! —exclamó de repente Emma sorprendiendo a su hermana.

—Vamos a ver, tan solo han sido un par de días… A una no puede pasarle gran cosa en tan poco tiempo.

—¿Cómo que no? Pues tu cara no dice precisamente lo mismo, bonita.

Briana se sorprendió por el comentario y pensó para sí misma si tan evidente sería su felicidad para que Emma pudiera descubrirla tan rápido.

—¿Tiraste el vestido? —preguntó de nuevo la mayor.

—No…

—¿Lo quemaste?

—No…

—¿Comiste pizza cuatro quesos y de postre una caja de *Magnum*?

—*Mmmmm*, no —contestó Briana con una sonrisa maliciosa en el rostro mientras pensaba en lo mucho que le apetecía comerse uno de aquellos helados.

—Ya lo sé… ¡Echaste un polvo! —exclamó cogiéndola totalmente desprevenida.

Briana sintió que se atragantaba en ese momento y los colores le subieron casi al instante, tiñéndole la cara de un intenso tono rosado. Étienne, que no pudo evitar oír aquel comentario —pues Emma había levantado bastante la voz—, se giró hacia Briana con una espectacular y muy juguetona sonrisa en los labios. Dado que estaba de espaldas a él, Emma no pudo apreciar el detalle, por lo que el joven continuó mirando a la más joven con total desfachatez, haciendo divertidas muecas con los labios, insinuándole así que continuaba esperando una respuesta.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quieres hacer el favor de cortarte un poco? —exclamó recriminando a su hermana y evitando a toda costa la mirada del músico.

—Está bien… Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Lo hiciste? —volvió a preguntar con total curiosidad.

—No… —contestó sin atreverse a separar los ojos de su tarta de queso.

—Pues vamos apañadas a este paso. Cuando quieras volver a disfrutar de la compañía de algún machote de esos que te rodean en el trabajo, con su traje y su corbata, tendrás eso de ahí totalmente oxidado —dijo señalando hacia la parte más baja de su vientre.

Briana quiso morir de vergüenza allí mismo. Sin poder evitarlo, levantó la vista hacia Étienne, que la observaba sonriente desde su silla. El joven levantó una ceja curioso y asintió un par de veces admirado y divertido a partes iguales. Consciente del apuro por el que ella estaba pasando, decidió dedicarle una última sonrisa, esta vez cargada de ternura, y volvió a encerrarse en su pequeño mundo de notas y partituras.

Las chicas continuaron hablando sin más sobresaltos durante un buen rato más antes de decidir que había llegado la hora de marcharse. En ese momento, empezaron a recoger con tranquilidad y Briana intentó por todos los medios evitar el contacto visual con el músico, quien fue plenamente consciente de ese detalle. Fue en ese instante cuando Emma, que ya se había puesto el abrigo y la bufanda, dio media vuelta y empezó a caminar hacia la barra. Briana, siguiendo los pasos de su hermana, colocó la silla en su sitio y dio un par de pasos también en el mismo sentido. Pero Étienne, no dispuesto a dejarla marchar sin antes despedirse de ella, hizo un rápido movimiento con el pie, provocando así que con el siguiente paso de la chica, tropezara con él.

En ese momento, su reacción instantánea y desprevenida fue rápida y efectiva. Giró su cuerpo a gran velocidad, lo justo para cogerla por los brazos y evitar que ella cayera al suelo. Sus caras quedaron la una a la altura de la otra, a tan solo unos pocos centímetros de distancia. Tal era la cercanía que había entre ambos que Briana pudo sentir la calidez del aliento del músico, impregnado de un dulce aroma de chocolate, lo que provocó que una intensa descarga la recorriera entera.

—Supongo que no estarías pensando en que iba a dejarte marchar sin despedirme antes, ¿verdad? —dijo a escasos centímetros de sus labios.

Briana tragó con dificultad y sintió que su boca se secaba en cuestión de segundos. Acto seguido, Étienne volvió a sonreírle con esa mirada suya tan típica y penetrante y la ayudó a ponerse de nuevo en pie.

—Le pido disculpas por mi torpeza, señorita —dijo esta vez levantando la voz, sabiendo que Emma miraba hacia ellos atenta a sus palabras—. No ha sido en absoluto mi intención.

Briana negó con la cabeza siguiéndole el juego y no tuvo fuerzas para contestar ni una sola palabra, pues el ritmo de su corazón iba tan acelerado que creía que en cualquier momento iba a perder el sentido y acabaría desmayándose allí mismo.

11

—¿Me puedes explicar qué es lo que ha sucedido ahí dentro? —la inquirió Emma por teléfono.

—*Naaaada*... ¡Ya no sé cómo decirte las cosas para que dejes de ser tan pesada!

Briana se encontraba en el salón de su casa cenando un filete de merluza a la plancha y un plato de verduras salteadas. Sin embargo, Emma no veía el momento de colgar el teléfono y dejar a su hermana tranquila.

—Briana, por favor. No puedes negar que ha habido una explosión de energía entre vosotros. ¡Se ha visto desde la otra punta!

—A ver, Emma. Déjalo ya —contestó la otra con voz cansina—. No conozco al músico más de lo que puedas conocerle tú. ¿De qué explosiones me estás hablando?

—Madre mía, serías incapaz de ver a un elefante sentado en medio de tu salón. Le gustas a ese chico y tonta serás si no decides hacer algo al respecto.

Briana volvió a sentir que su estómago se contraía y un intenso cosquilleo —que ya empezaba a resultarle habitual— volvió a agitarla desde su interior, invadiendo todo su cuerpo en cuestión de segundos. Sonrió para sus adentros, consciente de que Emma no podía percatarse de ello, y continuó hablando con ella tratando de no darle más importancia a ese detalle.

—Bueno, lo que tú digas… ¿Has hablado ya con la niña? —preguntó cambiando así de tema.

—No. Ahora mismo está viendo la película esta de la reina del hielo. No entiendo cómo todavía no se la sabe de memoria.

—No deberías dejar que pasara mucho tiempo. De lo contrario, lo único que conseguirás es que pierda aún más la confianza en ella misma —comentó antes de meterse un trozo de pescado en la boca.

—Sí, supongo que tienes razón. En fin, nos vemos mañana, cielo. Que descanses.

Briana recogió todo lo de la mesa una vez hubo terminado y por primera vez en mucho tiempo, se metió directamente a la cama. No se encontraba más cansada de lo habitual, pero no le apetecía ver ninguna de las películas que pudieran estar emitiendo en ese momento. Se tumbó en la cama con la intención de leer cualquiera de las novelas que tenía pendientes, pero su mente parecía dispuesta a no dejarle descansar ni un solo minuto. Pensó en Étienne. Recordó su sonrisa, la profundidad de su mirada y la desfachatez con la que había actuado. Asimismo, se permitió imaginar también cómo sería su próximo encuentro después de aquel contacto inesperado y tan provocador, pero justo en ese momento su cerebro decidió acordarse del vestido y del desapego que había mostrado su dueña por el mismo, borrando casi al mismo tiempo la expresión bobalicona que se le había quedado en el rostro.

Mientras recordaba su propia boda y pensaba en lo difícil que le había resultado a ella desprenderse de su vestido —aunque luego le hubiera supuesto un gran alivio—, no pudo soportarlo mucho más y al fin, cayó rendida en los brazos de Morfeo.

Al día siguiente despertó algo más tarde de lo habitual. Se había relajado y sin querer, había apagado la primera alarma del despertador por lo que no fue hasta pasados unos veinte minutos más que volvió a sonar la segunda, aquella que tenía programada para casos como aquel.

Se metió en la ducha a toda prisa y se vistió con un traje de chaqueta y pantalón en color claro y una camisa blanca de corte americano. Sus zapatos marrones y con un pronunciado tacón, combinaban a la perfección con el cinturón. Se recogió el pelo en una coleta baja, sin dejar ni un solo mechón suelto y como siempre, se puso un par de gotas de su perfume favorito.

Una vez en el salón, cogió la carpeta con los dosieres que tenía que presentar en la reunión que tendría lugar a media mañana, y la metió dentro de su maletín. Corrió hasta el vestidor, se puso un abrigo de tipo gabardina y la bufanda que le había regalado su madre. Cuando lo tuvo todo listo, caminó a paso ligero hasta la entrada, cogió las llaves de encima del mueble del recibidor y entonces sintió cómo se aceleraba su corazón al encontrar en el suelo un nuevo sobre blanco idéntico a los dos anteriores. Consciente de que no podía perder ni un solo minuto más, metió el sobre en el interior de su bolso y salió por la puerta.

Cuando por fin llegó a la estación, tuvo suerte de no tener que esperar mucho tiempo hasta el próximo metro. Subió rezagada y se apoyó en una de las paredes, puesto que a esa hora resultaba imposible encontrar un asiento vacío. Dejó el maletín entre sus piernas y cogió de nuevo el sobre del interior de su bolso. Le dio un par de vueltas entre los dedos, tal y como había hecho con los anteriores, en busca de alguna pista de la identidad de la persona que la había enviado y que estaba segura —aunque no supiera el porqué— de que se trataba de un hombre. Al fin, tras no encontrar absolutamente nada, despegó la parte de atrás del mismo y sacó el folio de su interior.

¿Recuerdas el primer helado que tomamos juntos?

Jamás olvidaré el sabor del chocolate en la comisura de tus labios.

Briana sintió que algo se rompía en su interior. De nuevo no lograba reconocer esa grafía, pero la profundidad de aquellas palabras consiguió traspasar cualquier barrera de su corazón y debilitar todos sus sentidos. Se acordó del día en que descubrió junto a Pablo la heladería más conocida del casco antiguo de Sant Cugat del Vallés. Habían ido a pasar el día con unos amigos y decidieron salir a pasear por la zona del monasterio, una construcción arquitectónica muy conocida y que estaba rodeada por unos jardines donde las familias solían salir a disfrutar de la tarde con los niños. Aquellos eran los helados más maravillosos que jamás había probado. Además, las chicas que llevaban el negocio, aparte de ser encantadoras, obsequiaban a todos los clientes llenando sus cucuruchos hasta unos límites en los que uno podía reírse de las habilidades de cualquier malabarista que osara compararse con ellas. Ese día probó un helado de chocolate y menta y ahora recordaba con admiración lo mucho que había llegado a disfrutar de aquel sabor tan especial.

Distraída con aquellos pensamientos, estuvo a punto de pasarse de largo la parada de Diagonal, en la que debía hacer transbordo para cambiar de línea. Como siempre, cuando recorrió el largo pasillo —dotado con largas cintas transportadoras— se dejó llevar por la melodía del músico de ese día, que era un guitarrista al que ya había visto en distintas ocasiones. En casi todas las grandes estaciones de la ciudad había instalados unos puntos para que los músicos pudieran tocar durante diferentes momentos del día. Se había regulado esa práctica desde hacía unos años y resultaba muy agradable ir caminando al compás de la música tocada en vivo y en directo.

Logró llegar a la oficina a tiempo y muy a su pesar, tuvo que dejar aparcado el tema de la carta para centrarse por completo en la enorme cantidad de trabajo que tenía programada para aquel día.

12

Cuando terminaron la jornada, uno de sus compañeros le propuso salir a tomar algo para celebrar el éxito de la reunión, lo que hizo que Briana se viera obligada a calibrar cuáles eran sus opciones. Estaba segura de que su hermana no le iba a recriminar nada, de hecho, a ciencia cierta le insistiría en que fuera y probara suerte con Pedro. Sin embargo, si salía con ellos no podría ver a Étienne esa tarde y llevaba desde la noche anterior sin poder quitárselo de la cabeza. Al fin, se decidió por el camino más fácil y puso la excusa de que se encontraba agotada y que tal vez se animara a salir la noche del sábado. Ante esa respuesta, Pedro la miró con cierto soslayo, aunque aceptó la negativa de buenas maneras.

Llegó a la cafetería media hora más tarde. Emma ya la esperaba sentada en la mesa de siempre con cara de no encontrarse demasiado bien. A su lado —y de espaldas a ella—, vio la inconfundible melena rubia del músico. Sonrió para sus adentros satisfecha e intentó no hacer ruido para que el joven no se percatara de su presencia. Sin embargo, lo que realmente la dejó asombrada fue el hecho de que, cuando llegó a la mesa y saludó a su hermana, Étienne continuó sin inmutarse, como si no quisiera girarse.

Briana se acercó a la barra contrariada y pidió al camarero un té negro *Earl Grey* con leche. A continuación, regresó de nuevo a su asiento y esperó a que su hermana terminara de enviar un correo electrónico desde su teléfono. Con la intención de hacer algo mientras trataba de evitar que los nervios la devoraran, se sacó el abrigo y la bufanda. De pronto, fue como si aquel simple gesto hubiera resultado ser el elemento clave, pues Étienne dirigió la mirada hacia ella como hechizado, levantando la cabeza de sus partituras y observándola con un agradable y sensual descaro. Briana permaneció en silencio e intentó mantener el semblante serio, pero la mirada del chico pudo con ella y sus comisuras amenazaron con mostrar una tímida sonrisa. Ante aquel gesto, Étienne entornó los ojos y con delicadeza, pasó el extremo de un bolígrafo por sus labios. El gesto resultó explosivo para Briana, pues se quedó como absorta mirando fijamente a su boca, sin darse cuenta de que no estaban solos allí dentro.

—¡Ya está! —exclamó Emma de repente, dejando a un lado su teléfono móvil y provocando que Briana saliera de su estupor de forma abrupta.

—Has… ¿Has podido enviarlo? —contestó recuperando el norte.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó al ver a su hermana un tanto desorientada.

—Nada... ¿Qué me va a pasar? —añadió sentándose por fin en la silla.

Miró con disimulo a Étienne, aprovechando que Emma rebuscaba algo en el bolso, y vio que el chico de nuevo se encontraba perdido en su mundo. En ese momento se dio cuenta de que llevaba puestos unos auriculares, lo que le llevó a pensar en que tal vez ese hubiera sido el motivo por el que seguramente no le había oído llegar antes.

—¡Jo!, necesito una aspirina y no llevo ninguna encima —comentó Emma mientras seguía registrando su bolso sin éxito—. ¿Tienes tú alguna?

—Sí. Búscala tú misma, está en el neceser —añadió Briana tendiéndole el bolso con una mano—. Voy a por un trozo de tarta. ¿Te va bien la de frambuesa?

Emma asintió con la cabeza y buscó el neceser de Briana entre sus pertenencias. Sin embargo, cuando ya lo tenía en la mano, encontró en el fondo el sobre blanco y lo cogió con la intención de ver de qué se trataba, puesto que Briana solía llevar todos los documentos importantes en el maletín y no en su bolso. Al verlo, recordó casi de forma automática el sobre idéntico que su hermana había encontrado en casa el primer día y se sorprendió de que aún lo llevara encima después de tantas semanas.

—Hoy he pedido una porción doble, tengo mucha hambre —dijo al llegar a la mesa mientras dejaba con delicadeza el plato sobre ella. Sin embargo, se dio cuenta de lo que su hermana tenía entre las manos y reaccionó al momento retirándoselo apresuradamente—. ¿Qué haces con eso?

—Has recibido una nueva carta… ¿y no me lo has dicho? —le espetó su hermana sorprendida.

—*Shhhhh*, calla. ¡No grites!

—Oh, no. Eso sí que no. ¡Ya me estás contando toda la verdad! —exclamó sin importarle que algunas personas, entre ellas el músico, se hubieran girado para saber qué estaba causando aquel alboroto.

—Joder, Emma. Tampoco es para tanto. Es una maldita carta sin remitente… —contestó quitándole hierro al asunto.

—¿Cómo dices? Pero, ¿tú has visto lo que pone? —volvió a sorprenderse la mayor sin dar crédito a lo que oía—. Briana, por favor. Llega a ser a mí a quien le llega esta carta y me quedo muerta en el mismo instante en que la leo.

—Ese es el problema —contraatacó casi cortándola a media frase.

—¿Qué problema? —preguntó sin entender.

—Pues que esa carta no es para mí. ¿Por qué debería asombrarme? ¿Acaso nunca has visto una película de amor? Tan solo son palabras bonitas, nada más.

—De verdad, Briana, ¡qué fría te has vuelto! —la increpó sin poder creer que no se emocionara con aquellas palabras—. Serías capaz de borrarle la sonrisa a un payaso con tu pesimismo. ¡Y eso que la llevan pintada!

Briana cogió la carta de las manos de su hermana y la guardó de nuevo en su bolso. Se sentía molesta por el hecho de que Emma hubiera descubierto el sobre y más aún porque intentara ver bonito algo que para ella suponía algo tan difícil.

—¿Quién crees que las deja en tu puerta? —preguntó Emma bajando de nuevo el tono.

—No lo sé. No he conseguido verle la cara todavía. Siempre lo hace en los momentos en que no me doy cuenta.

—¿Y para quién deben ir dirigidas? —volvió a cuestionar, aunque parecía que la pregunta se la formulara a sí misma.

—Supongo que deben de ser para Claudia. Tiene toda la pinta de que su ex le esté enviando estas cartas para intentar ganarse de nuevo su cariño y tal vez así, recuperar su amor.

—Pues si Juanjo me enviara una carta con la mitad de sentimiento que esta —dijo señalando de nuevo el bolso donde su hermana había guardado el sobre—, me tendría ganada de por vida.

—Pero como no es a ti a quien se la envían, lo único que quiero es encontrar la forma de decirle al pobre chico que anda detrás de esta palabrería, que su querida y dulce amada ya no vive ahí —contestó Briana con cierto hastío en la voz.

—Sigo sin dar crédito a tus palabras… ¿De verdad que no te gustaría que esas cartas fueran para ti?

Briana calló de repente. «¿*Le gustaría*?», pensó para sus adentros. Cada vez que había recibido una de aquellas cartas no había podido evitar el pensar en Pablo y en que él pudiera estar detrás de todo aquello. Y eso solo le había producido un miedo atroz puesto que, a pesar de que los recuerdos eran bonitos, el sentimiento de rabia que aún albergaba por la manera en que él había decidido poner punto y final a toda su historia era superior a aquella palabrería. Otra cosa muy distinta era el hecho de que pudiera sentir cierta envidia por la joven que estaba recibiendo aquellas cartas que juraban amor verdadero a su destinataria.

—¡Claro que me gustaría que fueran para mí! —estalló de repente sorprendiendo a su hermana—. Pero no lo son, y por eso mismo no quiero calentarme la cabeza. ¿Entiendes? Qué saco yo de todo esto, ¿eh?

—Vamos, Briana. Tampoco te lo tomes así… —intentó suavizarla—. ¿Por qué no tratas de contactar con el exnovio de Claudia? Quizá podamos poner fin a todo esto si logramos dar con él y conseguimos que el pobre deje de gastar energías tontamente.

—En ese caso, tal vez sería mejor hablar primero con Claudia, a lo mejor cambia de idea si ve las cartas… De todos modos, tan solo estamos suponiendo que son para ella, pero no sabemos si esto es así o, como te decía, son para la vecina de enfrente.

—Tienes razón… ¿Quieres que te acompañe a su casa? —preguntó Emma mientras comenzaba ya a recoger las cosas.

—Como quieras, pero no es necesario. Puedo ir sola si tienes cosas que hacer.

—Bueno, tú dime cuándo quieres hacerlo y si puedo, iré contigo.

—De acuerdo —contestó antes de ponerse en pie y recoger también sus pertenencias—. Ve pagando tú. Solo faltan los tés, las tartas las he dejado pagadas antes.

Emma se dirigió hacia la barra y Briana se quedó atrás a propósito, con la firme intención de ver si finalmente, el músico le decía algo más. Cuando creía que eso ya no iba a suceder, dio un par de pasos entre él y la silla y sin que ella lo esperara, el joven la asió de la muñeca provocando que se sobresaltara, pues lo había hecho sin dejar de mirar a sus partituras. Briana se detuvo al instante, sintiendo el calor que desprendía la palma de aquella mano contra su piel. Étienne giró con cuidado la cabeza, lo justo para que el gesto resultara disimulado pero lo necesario para poder cruzar su mirada con la de ella. A continuación, tal y como siempre hacía, le dedicó la más evocadora, sensual, atractiva y tentadora de sus sonrisas.

—¿*Dolce & Gabbana*? —preguntó en un susurro, cogiéndola por sorpresa.

Hasta que Briana no ubicó esa pregunta en el contexto adecuado —un par de días atrás—, permaneció ahí pasmada sin poder reaccionar, mirándole a los ojos y sintiendo el fuego recorriendo cada parte de su cuerpo, hasta detenerse en su nuca y reflejarse en su rostro. Tragó con dificultad, pues sentía que se le había secado la boca, y se mordió el labio inferior mientras sonreía con delicadeza y negaba la pregunta con un gesto de la cabeza.

—Casi… —añadió de nuevo juguetón—. Dame otra oportunidad y estoy seguro de que lo adivinaré.

Briana levantó la cabeza para ver si su hermana les estaba mirando, pero la encontró al fondo de la sala esperando al lado de la barra a que las clientas que tenía aún por delante terminasen de pagar y pudiera hacer ella lo mismo.

—Mañana puedes volver a intentarlo… —añadió Briana en un susurro.

—No —soltó de golpe, dejándola traspuesta.

—¿No?

—Hoy —afirmó entonces sin dar pie a una respuesta negativa.

—¿Hoy?

—A las nueve. Calle Mallorca con esquina Aribau. Invito yo —añadió el músico con celeridad.

—Pero… Esto no…

—No es una pregunta —insistió juguetón mientras continuaba asiéndola de la muñeca—. Allí te espero.

En ese momento volvió a soltarla y Briana, con la mente colapsada por tantas emociones y pensamientos, sin mirar atrás se dirigió hacia la barra donde Emma la esperaba con los brazos en jarras y una expresión curiosa en el rostro.

—¿Se puede saber por qué de repente tienes esa expresión bobalicona? —preguntó Emma una vez ya estaban en la calle—. De repente pareces ausente.

Briana barajó a gran velocidad la posibilidad de contarle a su hermana lo sucedido o bien, de callárselo por si a último momento decidía no acudir a la cita.

—¿Briana? —volvió a preguntar al ver que su hermana no respondía.

—¿Sí? —contestó de repente como ida.

—¿En qué mundo vives? —dijo mirándola con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, acabo de acordarme de una cosa.

—¿De qué? —continuó con cara de no entender nada—. Muy importante tiene que ser para que te hayas quedado así...

—¡De que creo que tengo una cita! —exclamó dando pequeños saltitos de alegría y aplaudiendo como una niña pequeña cuando le dicen que irá a *Disneyland*.

—¿*Cómooooooooooo*? —estalló la mayor, sorprendida por aquella inesperada revelación.

—¡Mañana te cuento!

Comenzó a caminar deprisa en dirección opuesta a la que tenía que coger su hermana cuando ya a lo lejos, la escuchó gritar:

—¡Eh! ¡Espera! ¡No puedes dejarme así!

—¡Mañana te lo explico! —gritó desde unos cuantos metros de distancia.

Emma se despidió con la mano y permaneció allí pasmada durante unos segundos más, tratando de adivinar qué detalle le había pasado desapercibido o dónde había podido conseguir una cita su hermana sin que ella se enterara.

Llevaría frente al espejo como mínimo media hora desde que había abierto el armario y había esparcido unas ocho mudas distintas sobre la cama. *«¿Qué me pongo?»,* pensó mirando cada una de las prendas con la misma indecisión.

Al fin, se decidió por un conjunto informal que le confería cierta elegancia, pues aún no sabía muy bien qué podía esperar de aquella cita. Se decidió por unos tejanos de pitillo ajustados y unas botas altas en color marrón café. Luego escogió una blusa volada en un tono blanco marfil, con ligeras transparencias, que le otorgaba un aspecto sencillo y muy sensual. Se puso un par de pulseras de plata y una de piel marrón, una cinta muy delicada con detalles en plata y negros. Conjuntó las botas de forma maravillosa con un cinturón del mismo tono y por último, se puso un collar largo que le llegaba a la altura del pecho, provocando que aquel se convirtiera de

forma estratégica en el centro de atención. Tal y como siempre hacía, se puso un par de gotas de ese perfume gracias al cual iba a tener una cita y como toque final, sacudió la melena un par de veces para darle volumen y movimiento y evitar así que quedara apelmazada. Cuando hubo quedado satisfecha con el resultado, miró el reloj y se dio cuenta de que solo contaba con media hora de margen si pretendía llegar puntual a la cita. Así pues, dejó toda la ropa allí esparcida y salió corriendo en dirección al salón. Se puso el abrigo y la bufanda, así como también una boina que tenía a juego con aquella. Metió el teléfono en el bolso y cruzó la puerta deseando encontrar un taxi lo más rápido posible.

La suerte estuvo de su lado y no tuvo que esperar más de un par de minutos hasta dar con uno. Una vez dentro, le indicó al conductor la dirección a la que se dirigía y el taxista dio inicio a la carrera por las calles del centro de la ciudad. Sin embargo, se sorprendió de lo cerca que estaba de aquel lugar cuando el señor le hizo saber que ya habían llegado. Bajó del vehículo después de pagar el importe debido y cuando el taxista se hubo marchado, dirigió la vista a un lado y a otro en busca de aquella melena rubia a la que tantas ganas tenía de ver.

Sin embargo, en esa esquina no encontró ningún restaurante aparentemente visible ni tampoco al músico. Caminó sin rumbo concreto por la misma acera en la que se encontraba, tratando de enfocar la vista y dar con él. Fue después de dar algunos pasos cuando al fin, distinguió su silueta a lo lejos. Parecía mucho más alto de lo que le había parecido a primera vista, pero luego pensó en que eso era normal, pues en la cafetería pasaban la mayor parte del tiempo sentados. Étienne llevaba una gabardina negra que le llegaba a la altura de los muslos, elegante y refinada, de gusto exquisito y muy varonil. En el cuello se distinguía una bufanda negra que caía a ambos lados de su pecho y que hacía resaltar con gracia algunos de los mechones que caían por su rostro y que se habían soltado de su pequeña coleta. Como último detalle, Étienne llevaba puesto también un sobrero negro que le otorgaba un punto maravillosamente irresistible y que provocó que el estómago de Briana se contrajera a una velocidad de escándalo y tuviera que pararse allí mismo antes de poder continuar andando hasta encontrarse con él. Decidió observarle desde la distancia, resguardada tras el tronco de un árbol. Étienne estaba apoyado contra la pared, con la espalda totalmente recta y fumando un cigarrillo con gran parsimonia, sin prisa, disfrutando de cada calada como si del placer más absoluto se tratara. Briana lo miró mejor y pudo distinguir aquella sonrisa que tanto le gustaba. Sin embargo, sus mejillas se encendieron casi al instante al darse cuenta de que esta vez, la sonrisa no iba dirigida a ella sino a la chica que en ese momento estaba hablando con él. Era bonita, de cuerpo esbelto y parecía tener la situación muy controlada. Se veía que estaban manteniendo una conversación distraída, pues ambos se mostraban sonrientes y con una cercanía que invitaba a pensar que ya se conocían de antes.

De pronto, Étienne la descubrió a lo lejos mientras le daba una intensa calada a su cigarrillo, lo que hizo que su particular sonrisa iluminara su rostro como por arte de magia.

Tiró la colilla al suelo y acto seguido, la pisó con elegancia, como si aquel simple gesto pudiera ser el reflejo más fiel de la sensualidad. Se despidió de su acompañante sin apenas entretenerse y desde la distancia hizo un gesto a Briana, que se acercó hasta donde él estaba, sintiendo crecer en su interior una sensación de nervios que no padecía desde hacía años.

El músico, que se dio cuenta del ligero tembleque de manos de la chica, se acercó a ella un poco más y le puso la mano sobre su brazo, con suavidad. A continuación, se agachó y la besó con ternura en la mejilla. Un beso dulce, evocador, aventurado y muy sensual.

Briana, que seguía igual de nerviosa que una adolescente antes del concierto de su ídolo, sentía que su pulso se había acelerado hasta un nivel muy por encima de su ritmo habitual y que su boca, seca tal y como últimamente le pasaba en presencia del joven, le impedía siquiera articular una palabra a modo de saludo.

Étienne, divertido por la reacción de la chica, colocó la mano en su espalda —sobre su omoplato izquierdo— y la invitó a entrar en el restaurante en el que la había citado.

—¿*Free Way*? —preguntó ella dubitativa—. Nunca he comido aquí.

—Es un restaurante argentino. Te encantará, estoy seguro —dijo abriendo la puerta con una mano e invitándola a cruzarla con la otra.

Entraron al interior del local y el calor se hizo notable en cuestión de segundos. Era una estancia alargada. A la izquierda de la misma quedaban todas las mesas y las sillas y a la derecha, toda la comida con la que contaba aquel peculiar buffet libre.

Dejaron todas sus pertenencias en la mesa que les asignaron y tras agradecer al camarero que les acercó las bebidas que habían pedido, ambos se levantaron y comenzaron a inspeccionar todos los platos y manjares que había allí expuestos, en busca de aquel que les convenciera para empezar.

Cuando Briana pasó cerca de la parrilla de brasas, su estómago dio un vuelco y se abrió como si no hubiera comido nunca. Supuso que su mirada la había delatado, pues Étienne la observaba con una espectacular y muy sugerente sonrisa.

—¿Te gusta la carne a la brasa? —preguntó al ver el brillo en los ojos de la joven.

—Creo que no hay nada que pueda superar el sabor de las costillas tostadas al fuego... Bueno sí, ¡las costillas bañadas en salsa barbacoa!

—Y yo que pensaba que serías una cursi remilgada de ensaladas y fruta... —contestó de nuevo juguetón.

—¿Cómo dices? —exclamó ella abriendo mucho los ojos y fingiendo la ofensa en su rostro.

Étienne se carcajeó y le acercó un plato para que pudieran servirle el trozo de carne que más le apeteciera. Briana miró detenidamente todos los que ahí había y señaló al cocinero que estaba a cargo del fuego un trozo de costillar que brillaba desde la distancia por el propio aceite que iba desprendiendo al tostarse.

El hombre lo puso en el plato y divertido, le señaló el lugar donde podía servirse salsa barbacoa, ya que había escuchado el curioso comentario de la chica.

Briana caminó hasta allí feliz, olvidándose de todo lo demás, como si aquel fuera el momento que tanto tiempo llevaba esperando.

Se sentó en su sitio y esperó paciente a que el músico regresara junto a ella. Al hacerlo, le vio acercarse cargado con cuatro platos, con la misma profesionalidad que cualquiera de los camareros que pudiera haber allí dentro. Al verle de esa guisa, hizo sitio en la mesa para que pudiera dejar los platos sobre la misma. Cuando lo hizo, se sentó frente a ella y cogió su botellín de cerveza para dar un largo trago.

—¿Estás seguro de que eres músico? —preguntó divertida haciendo acopio del valor que le quedaba para entablar una conversación con él por primera vez desde que habían entrado.

—No te voy a negar que en mis tiempos mozos fuera camarero en una bonita y entrañable cafetería... —contestó mirándole a los ojos sin perder detalle de todas sus expresiones—. He traído esto para compartir, así puedes probar todas las maravillas que tienen ahí expuestas.

Briana asintió sonriente y se atrevió a probar una especie de bizcocho dulce con relleno de embutido y cubierto por una fina capa de mayonesa y queso.

—¿Y cómo llegaste a ser músico? —preguntó de nuevo.

Étienne tragó el trozo de langostino que se había metido en la boca y sopesó bien la respuesta a aquella pregunta antes de atreverse a responder.

—Mis padres eran dueños de un restaurante que hay situado en el centro, bueno, todavía lo son. Yo me crié allí dentro, entre fogones y montañas de platos por lavar. En ocasiones me dejaban ayudar con los postres, esa era la parte que mejor se me daba y me encantaba crear nuevas combinaciones y llenarlas de nata y frutos rojos. Cuando crecí, empecé a ayudarles como podía en la cocina, pues aún no tenía edad para poder servir mesas sin causar espanto a los de los servicios sociales. Sin embargo, a pesar de que demostré grandes dotes para la repostería, mi corazón suspiraba cada vez que escuchaba la melodía de algún instrumento, fuera el que fuese.

Braulio, el chef principal del restaurante, y gran amigo de mis padres, se dio cuenta rápidamente de mis inquietudes musicales al pillarme en distintas ocasiones creando ritmos y melodías con cualquier objeto que caía en mis manos. Daba igual si eran cubiertos, platos, copas o cazuelas, todo me resultaba útil.

Briana lo miró con admiración mientras comía con cuidado de los diferentes platos que había traído el joven. Étienne volvió a meterse un par de patatas fritas en la boca y terminó de masticar con la mirada perdida antes de continuar contando su historia.

—Un día, Braulio me llevó a su casa con la excusa de que mis padres necesitaban tomarse un par de días de fiesta y descansar de todo el ajetreo del restaurante. Allí me enseñó su estudio y yo creí que Papá Noel no podía ser para tanto si en esa habitación ya había todas las cosas por las que mi corazón de niño podía suspirar.

Briana sintió un leve estremecimiento en su estómago. ¿Cómo podía un hombre hablar con tal sinceridad de sus anhelos sin temor a ser juzgado? ¿Cómo podía alguien sentir aquella pasión por la música? Le miró con un brillo especial en los ojos y le dejó continuar sin interrumpirle ni una sola vez.

—Braulio me dejó probar todos los instrumentos que yo quise tocar. Había un piano, una guitarra, un violín, un bajo e incluso una batería. Evidentemente —dijo mirándola divertido con aquella expresión que tanto comenzaba a gustarle de él y que era tan propia del chico—, yo no tenía ni idea de cómo se tocaba ninguno de ellos, no tenía técnica ni estudios. Pero empecé a tocar las teclas de aquel piano, acaricié las cuerdas de la guitarra y me dejé seducir por el ritmo de la batería. Entonces, mi mirada se convirtió en una súplica... Braulio supo que me había abierto las puertas hacia el mayor de mis sueños y en ese mismo momento se dio cuenta de que ya no había vuelta atrás.

—Entonces, ¿Braulio fue tu maestro? —comentó ella metida de lleno en la historia de aquel niño que ahora tenía justo enfrente convertido en un hombre dulce, atractivo y seductor.

—Tal vez así fuera en cierto modo...

—¿Qué quieres decir con eso? Mira que te gusta crear misterio, ¿eh? —dijo ella señalándole de forma acusatoria con el tenedor.

—Desde aquel día, Braulio me llevó a su casa en innumerables ocasiones más. Me dejó probar todos los instrumentos hasta que elegí con cuál de ellos me sentía más cómodo.

—¿Y tus padres no sospecharon nada? —quiso saber ella.

—Estaban demasiado ocupados con el restaurante. Trabajaban más horas de las que tiene el día y el hecho de que Braulio se ocupara de mí en ciertas ocasiones, para ellos era todo un alivio. Además, yo no quería molestarles con mis tonterías de niño...

En ese momento, Étienne desvió la mirada hacia su botellín. Con una extremada delicadeza, deslizó sus largos y masculinos dedos sobre el cuello del mismo, resiguiendo así el camino que habían creado diferentes gotas generadas por el frío. La imagen era evocadora y mágica, lo que llevó a Briana a estremecerse cuando trató de sentir en su propia piel el sentimiento de soledad de aquel niño al que sus padres, sin ser conscientes, habían descuidado.

—¿Y por qué te decidiste por el violín? —preguntó de nuevo tratando de romper el aura de tristeza que se había instaurado entre ellos de golpe.

Étienne la miró sonriente y con un gesto distraído, se pasó tras la oreja un mechón que le había caído frente a los ojos.

—No lo decidí yo, fue cosa de Braulio... Pero supongo que yo mostré más devoción por el piano y el violín que por los demás instrumentos. Así que —dijo haciendo un gesto cómico con las manos que dio un toque más distendido al curso que había tomado la conversación—, cuando llegaron las siguientes navidades, Braulio me regaló un violín y aquel fue el inicio de todo cuanto hoy me hace feliz y se ha convertido en mi mundo.

—¿Y cuál es ese actual mundo tuyo? —preguntó curiosa por aquellas últimas palabras.

Étienne estudió la pregunta con detenimiento y a continuación, se acercó un poco más a ella, apoyó los brazos sobre la mesa y la miró fijamente desde una distancia que ahora resultaba muy reducida. Repasó el contorno de sus labios con los ojos, sin perder detalle alguno de los mismos. Eran gruesos y suaves, con un fino toque de brillo que aún se mantenía a pesar de llevar un rato cenando. Briana sintió una descarga eléctrica apoderándose de su cuerpo y se negó a sí misma la posibilidad de apartar la mirada de la del joven y perderse de nuevo en aquel sencillo juego que ambos habían creado.

—Tendrás que aceptar una segunda cita conmigo para poder descubrir el resto de la historia.

Étienne, con picardía, le guiñó un ojo juguetón y desvió de nuevo la mirada en busca del camarero con la intención de pedir un nuevo botellín de cerveza y otro de agua.

Briana, en ese momento se envalentonó y ni corta ni perezosa, se puso en la misma postura que él, apoyada sobre sus brazos e inclinada hacia adelante, desafiándole abiertamente con la mirada.

—Ese es un privilegio que tendrás que ganarte —contestó con una sonrisa triunfal en el rostro.

En ese instante, sin desviar su vista del rostro del chico, se dio cuenta de que al haberse inclinado de esa forma había hecho más evidente la silueta de sus generosos pechos, detalle que el músico no pudo obviar. Se dio cuenta de que Étienne dirigía la mirada con disimulo hacia ellos y su rostro se sonrosaba sin poder evitarlo. Por fin había ganado ella la primera batalla, aunque hubiera tenido que recurrir a sus dotes femeninas para lograrlo.

—¿Acaso te ha mordido la lengua el gato? —le preguntó con voz provocativa, sin moverse ni un solo milímetro para no desconcentrar así al músico. Sin embargo, Étienne se dio cuenta de las segundas intenciones que se escondían tras aquella pueril pregunta y desvió la mirada para dirigirla de nuevo hacia el rostro de ella, que sonreía triunfal por el efecto que le había causado.

—Lo siento, una maravillosa visión se ha cruzado por mi mente y me ha dejado fuera de juego... —dijo alardeando con absoluto descaro y sorprendiéndola de nuevo por tal hecho.

Briana se mordió el labio inferior, pues se había vuelto a quedar tan descolocada que no era capaz de contestar nada al respecto. Por su parte, Étienne, consciente de ello, decidió darle un pequeño respiro antes de continuar jugando y provocándola de aquella manera.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —contestó lacónica.

—¿Qué puedes contarme sobre tu vida? —preguntó entonces, justo antes de comenzar a cortar un trozo del bistec de ternera que había pedido.

—No gran cosa, la verdad... Mi vida no es tan interesante como puedas imaginarte.

—No me lo creo.

Briana se extrañó por ese hecho y levantó una ceja queriendo descubrir adónde quería llegar con aquella afirmación. Él, al ver el gesto de la chica, dio un trago a su cerveza y se explicó mejor.

—No me creo que no haya nada interesante en tu vida, eso es imposible. Todas las personas vivimos a diario cosas interesantes, experiencias únicas que nos hacen sentir vivos, humanos, con capacidad de sentir... Simplemente, somos nosotros los que nos aferramos a la idea de que todo eso es normal y que no tiene nada de diferente, privándonos así de la oportunidad de sentir algo especial día tras día y convirtiendo de ese modo nuestra vida en una rutina.

—Vaya, veo que sigue gustándote la idea de ejercer de nuevo Freud —comentó ella con una tímida sonrisa.

Aquella afirmación le había parecido asombrosa, magnífica y digna de guardarla para siempre en su memoria. Claro que tenía cosas interesantes en su vida, pero ninguna de ellas iba destinada a su persona, excepto el plantón de Pablo, ese sí que fue exclusivamente para ella.

—Últimamente estoy viviendo experiencias un tanto... ¿cómo diría? —dijo pensativa—. Surrealistas. Eso es.

Étienne afirmó con la cabeza y sonrió ante el gesto dubitativo de la joven, animándola a contarle aquello que no sabía si mantener en secreto o compartir con él abiertamente.

—Hace unos días encontré un vestido de novia metido en uno de los armarios de mi casa... —dijo temiendo por momentos que la tachara de loca.

—¿Un vestido de novia? —preguntó sorprendido mientras apilaba los platos vacíos los unos sobre los otros.

—Como lo oyes... Te juro que no me lo estoy inventando.

—Dime que no te lo probaste... ¡Es escalofriante! —comentó contagiándole la risa.

—No, no... Ya tuve suficiente con uno en mi vida —dijo sin pensar en la revelación que acababa de hacerle.

De repente, el semblante de Étienne se transformó por completo, tornándose más serio y sombrío, lo cual despertó una señal de alerta en el cerebro de Briana por el temor a estropear lo bien que había estado transcurriendo la noche hasta el momento.

—¿Estás… casada? —preguntó en apenas un hilo de voz.

15

—No, ¡no! —exclamó de pronto calibrando cómo cambiar de tema sin que se notara que no quería hablar de aquello—. Lo que quería decir era que... cuando encontré el vestido, pensé en que ninguna chica debería perder la prenda más especial que hubiera podido llevar jamás...

Étienne, que entendió a la perfección lo que ella pretendía hacer, decidió seguirle la corriente sin volver a preguntar nada más sobre el tema.

—¿Qué hiciste entonces con el vestido? —quiso saber.

—Intenté devolvérselo a su dueña.

—¿Le hizo ilusión recuperarlo? —preguntó de nuevo curioso.

—Todo lo contrario... Me dijo, y cito literalmente —dijo añadiendo énfasis a esa última aclaración—, que podía usarlo para hacer trapos de cocina si me apetecía.

—¿Y cómo te sentiste?

—¿Yo? —contestó ella sin entender.

—Sí, tú... Supongo que, después de todo el trabajo que debió de llevarte localizarla, encontrarte con esa reacción no creo que fuera precisamente de tu agrado.

—Hombre, la verdad es que no logro entender qué pudo pasarle a esa chica para que tuviera aquella reacción al encontrar su vestido.

—Espera un momento, regreso en un segundo y me sigues contando —dijo de pronto dejándola asombrada por la interrupción.

Étienne se pasó la servilleta por los labios y se levantó de la silla. Briana permaneció allí a la espera, recordando con claridad lo que sintió al ver la mirada de la chica y también la de su madre. Pocos minutos más tarde, Étienne regresó de nuevo con un par de platos entre sus manos.

—Toma, pruébalo. Es un merengue delicioso —le explicó tras colocarle delante un plato lleno de una montaña espumosa y blanca.

—Vaya, ¡tiene una pinta increíble! —dijo antes de introducirse un poco en la boca.

Lo saboreó con delicadeza. Cerró los ojos durante unos instantes, dejando que aquel sabor inundara sus papilas y llegara a todas las partes posibles de su cuerpo. Azúcar, ese era el verdadero motor de todo.

—¿Sabes? —dijo mirando de nuevo a Étienne, que sonreía mientras disfrutaba con una crepe de dulce de leche—. Creo que se me escapa algún detalle en todo este tema del vestido. Aquella chica no tenía una mirada clara, creo que quiso ocultarme algo.

—¿Y por qué no tratas de contactar de nuevo con ella?

—No puedo... Me hice pasar por la chica de la limpieza. No le dije que lo encontré en la que ahora es mi casa.

—De todos modos, creo que deberías olvidarte del tema y hacer trapos con ese vestido. Si te dijo que no lo quería, no creo que sea correcto insistir más sobre ello —comentó mientras cortaba un nuevo trozo de crepe.

—Sí, supongo —añadió antes de terminarse el merengue que quedaba en su plato.

—¿Quieres probar esto? —preguntó el joven tendiéndole un trozo de su crepe y sosteniéndola frente a su rostro.

A Briana, aquello se le antojó un gesto íntimo y personal, muy de "pareja", como solía decir Emma. Cogió la crepe con delicadeza entre sus labios y la saboreó con la misma pasión con la que había disfrutado del merengue. Étienne tragó con dificultad ante la sensualidad con la que ella estaba deleitándole, sin ser apenas consciente de ello. Era femenina y coqueta, pero natural, muy diferente a todas las chicas que solían acercarse para ligar con él. Se mostraba tal cual era frente a él, con su belleza y su timidez, sin querer aparentar ser lo que no era. Sin embargo, lo que más irresistible se le antojaba, sin duda alguna, era su transparencia. Briana era tímida y temerosa y pudo notarlo desde el primer instante en que la miró a los ojos.

Sabía que escondía algo y que luchaba por salir adelante para alejarse de aquel doloroso recuerdo. Había escuchado detalles en alguna de las conversaciones que ambas hermanas mantenían cada tarde en la cafetería, sin embargo, a pesar de que sabía que detrás de su preocupación había un rostro masculino, aquello no le impidió tratar de tener una cita con ella, pues su sonrisa había conseguido nublarle los sentidos desde el primer momento. Tenía una gracia natural y un encanto único, que junto con su sinceridad, hacían que ella se le hubiera antojado irresistible y sintiera la necesidad de hacer lo que hiciera falta para conquistarla. Además, le resultaba muy divertido el efecto que causaba sobre ella y la manera en que la joven tonteaba con él de forma sutil y disimulada, sin ser consciente de que ya lo tenía a sus pies desde hacía días. Aunque no estuviera dispuesto a reconocerlo delante de ella.

—Vas a conseguir que salga de aquí con tres kilos de más… —comentó sonriente mientras bebía un trago de agua de su copa.

—No creo que me sienta culpable por ello. Si tu sonrisa no estuviera diciendo lo contrario, quizá me hubiera creído esa afirmación —dijo haciendo una pausa significativa antes de continuar—. Además, tenías opción de tomarte una ensalada, has sido tú la que se ha tirado de cabeza a las costillas y la salsa barbacoa…

Briana se ruborizó por la verdad que desprendían aquellas palabras y por un momento se horrorizó de la imagen que el músico podía haberse hecho de ella. Siempre se había mostrado delicada y cuidadosa delante de los demás hombres, aunque la verdad era que había tenido muy pocas citas en su vida, y Henry no contaba, él era la excepción. Con Henry siempre había sido ella, natural y sincera como la vida misma. Pero debido a su trabajo, Briana había tenido que asistir a muchas reuniones y comidas con otros hombres relacionados con el sector bancario, y siempre se había tenido que mostrar femenina y cautelosa. Sin embargo, aquella noche a pesar de lo tímida que llegaba a sentirse junto a Étienne, a su lado sentía que podía mostrarse tal cual era siempre, sin tapujos. Aquella cena había sido un claro ejemplo. Jamás se habría atrevido a escoger un plato de costillas en una supuesta primera cita, de hecho, empezaba a imaginarse la reacción que tendría Emma cuando se lo contara. No era algo propio de una chica —o por lo menos eso solía decirse— sin embargo, ella era así y no pretendía esconderse de nada, y mucho menos aparentar ser quien no era.

—No podía resistirme —contestó al fin levantando una ceja en un gesto cómico—. Tenían demasiada buena pinta.

Étienne sonrió ante aquel mohín y se recostó sobre el respaldo de la silla cruzando los brazos en una pose algo más seria.

—Entonces —dijo de pronto—, ¿esa es la única cosa interesante que puedes contarme sobre ti?

Briana entornó los ojos y movió los labios hacia un lado pensativa, calibrando qué podía contarle sobre ella misma que pudiera interesar al joven y misterioso músico.

—Trabajo en un banco. Soy la directora ejecutiva de la sucursal de Barcelona. Viví durante tres años en Londres y provengo de un pueblecito de las afueras de la ciudad —dijo de golpe, tomando ahora una pausa para respirar antes de continuar—. Mi hermana mayor es mi mejor amiga y confidente; mi sobrina, un pequeño terremoto de seis años y mi cuñado, Jota, suele ser el que alegra las reuniones familiares.

—¿Jota? —la cortó divertido por el apodo.

—Decidí bautizarle hace años con un nombre más glamuroso. Juanjo está demasiado visto —contestó despreocupada, contagiándose de la sonrisa de su acompañante.

—Ah, está bien… Espero que no hagas lo mismo conmigo.

—No tenía pensado hacerlo. Tu nombre por sí solo ya es suficientemente glamuroso.

Étienne soltó una carcajada que la hizo reír y volvió a acercarse sobre la mesa, apoyando ambos brazos sobre ella y mirándola con los ojos entornados.

—No creo que su traducción al español lo sea tanto…

—¿La tiene? —preguntó ella curiosa por conocer ese dato.

Étienne le sostuvo unos segundos la mirada, manteniendo vivo ese juego de seducción en el que con tanta intensidad estaban adentrándose. Briana sintió que algo se removía en su interior y se obligó a sí misma a sostenerle la mirada y no apartarla bajo ningún concepto. Sintió que toda su piel se erizaba y que un escalofrío la recorría entera. El deseo por probar aquellos labios, aquel aroma de chocolate que desprendía su aliento y que se había grabado a fuego en su memoria desde hacía unos días, la estaban volviendo loca. Hacía demasiado tiempo que no estaba con un hombre y su cuerpo se lo estaba haciendo notar, sintiendo ahora un cosquilleo muy intenso en la parte más baja de su vientre.

—No te lo diré tan fácilmente… —añadió al fin con una sonrisa triunfal.

Ambos estaban apoyados sobre la mesa. Étienne alargó el brazo tan solo unos centímetros —pues realmente se encontraban muy próximos el uno del otro— y acarició con suavidad la mano de ella, provocando con ello que aún se intensificara más el deseo que estaba inundándola por completo. Fue capaz de percibirlo en su mirada y trató de que ella no notara su propio nerviosismo, pues le encantaba provocar todas y cada una de las sensaciones que parecía hacerle sentir.

—¿Nos vamos? —preguntó él de pronto.

—¿Adónde? —quiso saber ella, extrañada por el repentino arrebato del joven.

—Permíteme sorprenderte.

Y sin añadir nada más, arrastró la silla hacia atrás —manteniendo su rostro aún cercano al de ella— y sin que se esperara tal reacción, la besó en la mejilla con cuidado, con dulzura… provocando que aquel contacto terminara de estremecerla por completo. Cuando de nuevo se separó, lo hizo lentamente, manteniendo todo el rato el contacto visual, sin perder de vista ni un solo poro de su piel. Briana había cerrado los ojos al sentir el roce de sus labios. Sentía su mejilla ardiendo, como si hubiera posado en ella algún tipo de objeto caliente. Pero era una calidez diferente, suave, almidonada, cargada de pretensiones pero con la más grande de las sutilezas existentes. Abrió los ojos de nuevo unos instantes después, pues el beso se prolongó algunos segundos más de lo habitual. Cuando lo hizo, Étienne le tendió la mano, invitándola a levantarse y a seguir sus pasos hasta su próximo destino.

16

Salieron juntos a la calle. Sin saber cómo había llegado a suceder de ese modo, caminaban cogidos de la mano. Briana la sentía fuerte y masculina, envolvente y llena de confianza. En ningún momento supo hacia dónde se dirigían, pero eso no le importó lo más mínimo. Calibró la posibilidad de estar cometiendo una locura en ese mismo instante, huyendo hacia algún lugar con un chico al que a duras penas conocía. Sin embargo, el miedo no entró dentro de sus opciones. Ni siquiera hizo acto de presencia.

Étienne se había colocado de nuevo el sombrero sin soltarse la diminuta coleta. Por el rostro le caían algunos mechones sueltos que le conferían un toque sexy y atractivo, creando un cóctel de explosividad para las hormonas de Briana, que amenazaban con continuar rebelándose y apoderándose de ella y de su voluntad.

Caminaban deprisa, como si con aquellos pasos acelerados pudieran combatir el frío de la calle. De pronto, distinguieron un taxi a lo lejos y Étienne levantó la mano en un gesto veloz. El taxista detuvo el vehículo delante de ellos y ambos entraron con grandes prisas a su cálido interior.

—Calle *Verge de Montserrat*, a los pies del parque del "Niño del Aro" —anunció Étienne al conductor.

A continuación, miró de nuevo a Briana, que parecía asombrada por la indicación.

—¿Me llevas a un parque? —preguntó extrañada.

—No. Te llevo a un lugar mejor —añadió con una respuesta igual de evasiva que otras veces.

Pasaron unos minutos en silencio, observando las calles con fingido interés, ajenos a todo cuanto les rodeaba y sumidos en sus propios pensamientos.

De pronto, Briana sintió la calidez de la mano de Étienne sobre la suya. Estaban sentados uno en cada extremo y el joven seguía mirando hacia el exterior, como si con él no fuera la cosa. Sin embargo, continuaba acercando su mano a la de ella poco a poco, con cautela, hasta que finalmente la encontró. Entonces, Briana volvió a tener esa sensación de hormigueo que tan a menudo mencionaban los adolescentes y que se traducía en un torrente de mariposas revoloteando en su estómago y provocándole una pequeña descarga a la altura de la nuca. Se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo y lo único que deseaba era que jamás terminara aquella noche.

Al cabo de un rato, el taxista detuvo el vehículo delante de una plaza que, como era de esperar, a esas horas estaba vacía. Al salir del coche, pudo observar en el centro de la misma una estatua de un niño que jugaba con un aro, con lo que rápidamente entendió las indicaciones de Étienne. Este, una vez hubo pagado al taxista, volvió a cogerla de la mano —hecho que de nuevo la sorprendió— y cruzó la calle junto a ella cuando el semáforo se puso en verde. Llegaron al parque y como por instinto, su mirada se fue hacia el fondo, donde pudo distinguir unos escalones hacia los cuales el músico parecía estar conduciéndola.

—¿Dónde estamos? —quiso saber ella siguiéndole el paso.

—Estás en el distrito de Horta y Guinardó. Este —dijo señalando hacia la espesura y frondosidad de los árboles que podían ver a lo lejos— es el parque del Guinardó. Un pequeño monte situado en medio de la locura y ajetreo de la ciudad. Es una montaña que supone un gran desahogo para muchos habitantes, y para sus perros también.

De nuevo, se encontraron con otros escalones que también subieron antes de continuar adentrándose hacia el interior de aquel lugar.

—Durante el día —comentó el joven mientras seguían avanzando— puedes encontrar a muchísimas parejas con sus niños paseando por este lugar; también vienen a sacar a sus perros, ya que aquí se les permite correr con libertad lejos del peligro de los coches. También hay personas haciendo *footing* o *running*, que ahora se ha puesto muy de moda este término —dijo cómicamente haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

En ese momento se dio cuenta de que las mejillas de Briana estaban un poco más sonrosadas de lo habitual —seguramente debido al frío que hacía—, aunque la chica no había emitido queja alguna al respecto. Étienne, que no quería que por su culpa se pusiera enferma, soltó su mano y con elegancia, pasó el brazo por encima de sus hombros, arropándola y acercándola más a él.

—¿Mejor?

—Sí… —contestó ella tímidamente—. Gracias.

Continuaron andando durante algunos metros más y los árboles comenzaron a cerrarse en una intensa espesura. La frondosidad de los mismos hizo que aún pareciera más oscuro, si es que eso era posible. Siguieron andando por allí y Briana sintió un intenso escalofrío, producido por el miedo que en parte, comenzaban a transmitirle aquella oscuridad y su tenebroso silencio.

—Esto… ¿No es peligroso adentrarse por aquí de noche? —dijo temerosa de parecer infantil y desconfiada.

—No, si te lo conoces como es debido… Te aseguro que la aventura valdrá la pena. ¿Confías en mí? —preguntó de repente, mirándola a los ojos con una expresión serena en el rostro.

Briana lo pensó durante unos breves instantes y decidió que aquel no era precisamente el mejor momento para echarse atrás. Afirmó con un gesto de la cabeza y continuó caminando a su lado, sintiendo el embriagador efecto que producía el calor del brazo sobre sus hombros.

Continuaron andando con tranquilidad por aquel lugar, atentos a todo lo que veían a su alrededor. Pasado un rato, se encontraron ahora en un camino de tierra, con muchos árboles a lado y lado del mismo. Habían dejado atrás un par de pequeños estanques y alguna estructura de piedra que confería al lugar un toque mágico y especial. El cielo volvió a despejarse, pues la espesura de los árboles se redujo de forma considerable. Llegaron así hasta un puente de madera que permitía la continuación del camino, pues en ese punto la montaña quedaba cortada y separada del siguiente tramo. La visión que tuvo en aquel momento le pareció maravillosa. A su izquierda quedaba la inmensa ciudad, grandiosa y con un majestuoso efecto producido por todas las luces de la misma. Desde allí podía ver todo el centro y los edificios más emblemáticos. La torre Agbar, la Sagrada Familia, las Ramblas de Barcelona… A lo lejos pudo ver también el hotel Vela, la montaña de Montjuïc e incluso el teleférico que llegaba hasta el puerto marítimo. Una visión única e inigualable.

Sin haberse dado cuenta de ello, Briana se había desprendido de los brazos de Étienne y se había acercado hasta la valla que le impedía caer desde esa altura. El joven la dejó disfrutar de aquel paisaje desde la distancia. La observó desde atrás y no pudo evitar sonreír ante la visión que tenía delante. Briana era tan única y especial como aquel lugar y fuera como fuese, tenía que conseguir hacerla suya. La visión era preciosa y no pudo soportarlo más. Se pasó uno de sus rebeldes mechones tras la oreja y caminó hasta ella a paso lento, indeciso, incluso temeroso. Sintió aflorar los nervios desde su interior, unos nervios que hacía tiempo que no sentía, como si volviera a tener quince años y estuviera a punto de entablar una conversación con la chica más hermosa del colegio.

Llegó hasta el lugar en que estaba la joven, respiró con profundidad y se colocó tras ella. Pegó el cuerpo a su delicada espalda y sintió que el pecho latía a un ritmo desbocado, temiendo el hecho de que ella pudiera llegar a notarlo. Acercó su rostro al de ella, rozando su frágil cuello con los labios. Fue un roce furtivo, rápido y de pasada, que provocó la más intensa de las descargas que ambos hubieran imaginado poder llegar a sentir. Briana no se movió, permitiendo de ese modo el acercamiento del músico, que amenazaba con invadir su espacio íntimo y personal, tal y como solían definirlo los psicólogos.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó junto a su oído, con aquella voz rota y cargada de pura sensualidad.

—Me encanta, es realmente increíble —contestó ella sin dejar de sonreír ni un solo instante—. Gracias por querer compartirlo conmigo.

Fue en ese mismo instante en el que Briana giró sobre sí misma para cruzarse con su mirada, cuando fueron sus rostros los que se encontraron de frente. Sus pulsaciones se dispararon, su estómago no podía controlar todas las mariposas que se agitaban en su interior y sus respiraciones se aceleraron, acompasándose la una con la otra, haciéndoles perder el sentido de todo cuanto les rodeaba. Étienne deslizó la mano por su espalda hasta posarla sobre su nuca y se acercó a ella los pocos centímetros que aún los separaban. Sus labios acariciaron los de Briana, dulces, cálidos y sedientos. La suavidad de aquel beso consiguió alejarlos de la realidad. Briana terminó de girar sobre sí misma, quedando ahora frente al joven. Sus besos eran apasionados, deseosos, embriagadores. Se contagió de su sensualidad y acogió sus labios ahora con pasión, con anhelo. No recordaba haber experimentado esa sensación jamás. Quizá la costumbre había hecho que sus besos con Pablo fueran fruto de la rutina y no tuvieran aquella calidez. Pero aquello no podía compararse con ninguna otra sensación. Era puro fuego que corría por sus venas, que la inundaba por dentro y que

subía hasta su garganta en forma de tímido y casi imperceptible gemido.

De repente, comenzaron a sentir pequeñas gotas frías sobre sus cabezas. El cielo había estado muy blanco durante toda la tarde pero no les había dado la sensación de que pudiera terminar en lluvia. Separaron entonces sus labios —cuando la intensidad de aquellas gotas se hizo más evidente— y miraron hacia arriba en busca del nubarrón que había pretendido estropear aquella noche. Sin embargo, la realidad —tal y como suele decirse— logró superar a la ficción cuando descubrieron que no eran gotas de lluvia lo que caía sino copos de nieve. Volvieron a mirarse el uno al otro y en sus rostros, como de forma estudiada y previamente calculada, aparecieron dos inmensas sonrisas, teñidas de un halo de infantil inocencia. Abrieron los brazos en cruz, con las palmas hacia arriba, tratando de recoger en sus manos algunos copos de aquella nieve que había decidido aparecer en el momento más oportuno de todos los posibles.

Permanecieron un rato más en aquel lugar, observando desde la distancia la magia del extraño fenómeno meteorológico que estaba tiñendo de blanco la ciudad de Barcelona.

—Hace muchísimos años que no veía nada parecido por aquí… Es fascinante —comentó Étienne apoyado en la valla a muy pocos centímetros de Briana.

—En Londres solía nevar a menudo durante el invierno, pero creo que nunca lograré acostumbrarme a ver esto como algo habitual en Barcelona —dijo con la felicidad reflejada en el rostro y sin dejar de mirar hacia el horizonte—. La nieve hace aflorar a la niña que llevo dentro y lo único que tengo son ganas de saltar, gritar, reír y correr sobre ella… Como si de nuevo volviera a tener cinco años.

—Pues hagámoslo —soltó él de repente, separándose de golpe de la valla.

—¿Cómo dices? —exclamó la joven sobresaltada y mirándolo con la más absoluta incredulidad posible.

—Corramos, saltemos y gritemos sobre ella, si es eso lo que ahora te apetece —continuó él con una sonrisa muy diferente a la que siempre mostraba.

—¡Estás loco! —exclamó Briana sin dar crédito a lo que oía pero sin poder evitar parar de sonreír—. Ya somos mayorcitos para estas tonterías.

—¿Mayorcitos? —añadió de golpe quitándose el sombrero con una mano y poniendo otra vez los brazos abiertos en cruz—. ¡Míranos! Estamos solos aquí, ¡nadie puede vernos! Vamos, Briana, déjate llevar por lo que realmente te mueve, no puedes pasarte la vida escondiéndote de tus propias emociones y manteniéndolas a raya. ¡Déjalas salir!

Briana sintió que su corazón latía de forma desenfrenada y pensó que Étienne se había vuelto definitivamente loco. Sin embargo, tenía razón. Había algo en su interior que estaba luchando por salir y que ella no quería mostrar ante él. Quería seguir siendo femenina y coqueta, no una chica como cualquier otra, invadida por un eterno *síndrome de Peter Pan.*

—¿Confías en mí? —volvió a preguntarle tal y como había hecho un rato antes, mientras le tendía ahora una mano y esperaba recibir la suya.

Briana miró a un lado y a otro un par de ocasiones antes de darse por vencida y no pudo evitar dejarse llevar por la locura que Étienne le estaba proponiendo. Cogió la mano que el chico seguía tendiéndole y de repente, sintió que el joven la arrastraba hacia él, pasándole la otra mano por la espalda y besándola de nuevo, con una intensidad a la que creía que jamás podría llegar a acostumbrarse.

—No te sueltes de mi mano —afirmó con rotundidad separando sus labios de los de ella y dándole un último beso en la punta de su helada y fina nariz.

A continuación, sin darle apenas tiempo a reaccionar, Étienne comenzó a correr sin soltarse de su mano. Durante aquellos minutos, la nieve había empezado a dejar un manto blanco sobre el caminito y estaba cuajando a un ritmo vertiginoso. Los primeros pasos fueron los más complicados para ella, pues intentaba dar sentido a aquel arrebato de euforia que no respondía a nada más que a la emoción que se desprendía de ambos cuerpos. Pero no hicieron falta muchos pasos más para que Briana lograra contagiarse de aquella locura a la que Étienne la estaba llevando. Bajaban por el camino corriendo, cogidos de la mano, riendo sin parar y sintiéndose las dos personas más felices de todo el planeta.

17

Llegaron de nuevo a la calle casi sin aliento a causa del esfuerzo. Sus mejillas ahora estaban teñidas de un intenso color rojizo, mezcla del frío y del ejercicio.

—¿Sabes? —dijo Étienne desde una altura ahora inferior, pues se encontraba agachado y con las manos apoyadas sobre sus muslos mientras recuperaba el aliento—. Aquel no era el lugar que pretendía enseñarte.

—¿Lo dices en serio? —preguntó extrañada ante la confesión del joven— ¿Existe un lugar aún mejor allí arriba?

—Existe un lugar mucho mejor, allí arriba —contestó el otro dando mayor énfasis a aquella puntualización.

—Entonces, espero que decidas enseñármelo algún día —añadió con dulzura. A continuación, le quitó el sombrero en un gesto tierno y se lo colocó sobre su rubia melena, después de haberse sacado la boina que llevaba puesta—. ¿Cómo me queda? —añadió risueña. Le dedicó un divertido gesto con los labios que acompañó de un cómico pestañear de ojos, lo que provocó que el joven se estremeciera y no pudiera evitar el vuelco que sufrió su estómago en ese momento.

—¡Eh! ¡Eso es trampa! —exclamó sonriente. Entonces, se acercó de nuevo a ella mientras la señalaba con un dedo acusatorio— ¿Nunca te han dicho que no puedes aprovecharte de los que no están en igualdad de condiciones?

—De pequeña me dijeron que siempre corriera tanto como mis piernas dieran de sí… De ese modo, jamás me pillarían en ningún fuera de juego. —Hizo una pausa significativa, manteniendo el rostro muy cerca del suyo y a continuación, siguió con su particular jugarreta. —Así que, si quieres recuperar tu gorro… ¡Corre!

En ese mismo instante, Briana salió disparada, impulsada por una energía asombrosa que pilló a Étienne desprevenido. Restó inmóvil durante algunos segundos antes de reaccionar frente a lo absurdo de la situación que estaba viviendo. Definitivamente, aquella chica no era comparable con ninguna otra que jamás hubiera conocido. Volvió a tomar aire y empezó a correr tras ella, admirado por la velocidad de aquellas piernas largas y estilizadas que ahora le sacaban unos cuantos metros de distancia.

—¡Eh! ¡Espera! ¿Acaso sabes hacia dónde te diriges? —gritó desde la distancia.

—¿No eras tú el que hablaba de dejarse llevar por lo que realmente nos mueve? —añadió ella como única respuesta justo antes de girarse hacia él y obsequiarle con una fugaz sonrisa.

Hicieron falta algunas calles antes de que el músico por fin pudiera alcanzarla. Cuando lo hizo, la agarró por el brazo con fuerza —aunque sin hacerle daño—, lo justo para hacer que ella girara de golpe y volviera a quedar frente a él, permaneciendo de ese modo sus cuerpos pegados y sus respiraciones agitadas por la intensidad del ejercicio.

—¿Todo esto es lo que debe de hacer un hombre para conseguir el nombre de tu perfume? —le dijo en un susurro casi inaudible y con los labios a tan solo unos milímetros de los de ella.

Briana esbozó una sonrisa pletórica, sincera y cargada de intensa sensualidad que hizo que, por primera vez, fuera él quien se estremeciera por el escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Una mujer jamás revela su mayor arma a la primera de cambio. Tendrás que pelear fuerte antes de que consigas que confiese mi secreto… —sentenció justo antes de volver a unir sus labios con los del músico, dejándolo hechizado y definitivamente rendido a sus pies.

—Deberíamos subir a un taxi antes de que pillemos un catarro de los grandes… —comentó Étienne en un hilo de voz pasados unos instantes.

—Sí, será lo mejor…

Anduvieron cogidos de la mano por algunas de las calles principales del barrio hasta que, al cabo de algunos minutos, divisaron un taxi. Étienne alzó la mano para detenerlo y el taxista frenó a unos pocos metros de distancia. Subieron al vehículo y el músico miró a Briana a la espera de que ella indicara el destino al que quería dirigirse.

—Diagonal con Pau Clarís, por favor —dijo en dirección al conductor.

El taxista afirmó desde el asiento de delante y después de poner el taxímetro en marcha, inició la ruta hacia el lugar indicado.

Llegaron poco tiempo después. No habían encontrado mucho tráfico ya que, sin darse cuenta, les habían dado las dos de la madrugada. Cuando el taxista detuvo el vehículo, esta vez fue Briana la que se adelantó y pagó el importe que marcaba el taxímetro, sin dejar que Étienne pudiera hacer nada al respecto.

Bajaron del mismo y observaron en silencio cómo el coche se alejaba en la distancia hasta que Briana se atrevió a romper el hielo de nuevo. Por un momento, tuvo la sensación de que se había roto la magia que les había envuelto hasta que habían subido al coche y entonces, los nervios volvieron a acosarla de nuevo.

—Esto… —empezó a decir sin saber muy bien cómo continuar—. Creo que ha llegado el momento de despedirnos por hoy…

Étienne le sonrió, entendiendo el significado que se escondía tras esas palabras y que le indicaba que esa noche no iba a suceder nada más entre ellos, aunque tampoco lo hubiera pretendido en ningún momento.

—¿Vives muy lejos? —preguntó ella con voz tímida.

—No, tan solo hay un paseo hasta mi casa —contestó sonriente.

Briana, de nuevo vergonzosa como si nada entre ellos hubiera sucedido, se levantó el cuello del abrigo para evitar sentir el frío que se colaba por esa zona. Étienne, que la observaba con detenimiento, se acercó a ella y puso ambas manos alrededor de su cintura. La joven levantó entonces su rostro para encontrarse de frente con el de él a una distancia muy próxima del suyo. Étienne volvió a sonreír y a continuación, bajó con delicadeza una de las solapas del abrigo y dirigió sus labios hacia el cuello de la chica, empapándose de su perfume y dibujándole lentamente un camino de besos que no se detuvieron hasta llegar a sus labios, donde fueron acogidos con calor, deseo y mucha pasión.

—Nunca podré sacarme de la cabeza el aroma de tu perfume…

Briana sonrió en silencio, sin dejar de mirarle a los ojos. Tenía sus manos a la altura del pecho del joven, apoyadas sobre él, sintiendo el ritmo de la respiración tranquila y acompasada del músico y pensando que si aquel era el sabor de la felicidad, entonces podía morir tranquila.

—Gracias por todo… Ha sido una noche increíble… —dijo mientras se separaba de él.

—Te veré mañana… Como siempre.

Étienne cogió la parte delantera de su gorro negro con la mano y bajó ligeramente la cabeza, en un caballeroso gesto de despedida. A continuación, dio media vuelta y comenzó a caminar calle abajo, mientras que Briana hizo lo mismo en sentido contrario, pensando en que iba a despertar de aquel sueño en cualquier momento.

Sin embargo, eso no sucedió y al cabo de unos minutos llegó a su casa. Subió por el ascensor y al fin entró al cálido interior de su apartamento. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero de la entrada. Permaneció apoyada con la espalda en la puerta durante algunos segundos, tratando de asimilar la magnitud de las emociones que la invadían en aquel momento. De repente, como si de una adolescente se tratara, empezó a brincar por el pasillo, sonriente y radiante, sin importarle nada ni nadie.

Dejó caer el bolso sobre la mesa y se tumbó sobre el sofá. Llevaba el teléfono móvil entre sus manos y cuando lo desbloqueó, pudo observar que tenía varias llamadas perdidas de su hermana y muchísimos mensajes que pedían urgentemente novedades sobre la cita. Briana rio aún con más fuerza y tecleó veloz un escueto y breve mensaje para que Emma se quedara tranquila.

«Si esto es un sueño, no me despiertes. Gracias 02:43».

Satisfecha por haber conseguido dejarla de nuevo con la intriga, puesto que no tenía ganas de contarle nada aún —y mucho menos de hacerlo por teléfono—, lanzó el móvil sobre el sofá y salió disparada en dirección al baño con la intención de desmaquillarse y meterse en la cama.

Tardó muchísimo rato en lograr conciliar el sueño, pero cuando al fin lo consiguió, su felicidad era tan inmensa que por primera vez en mucho tiempo, despertó a la mañana siguiente con la sensación de no haber tenido ningún sueño durante la noche.

18

Despertó alrededor del mediodía, cuando la luz proveniente de la calle inundaba por completo la habitación, indicándole que había llegado el momento de ponerse en marcha. Se puso sus zapatillas peludas en forma de bota y se recogió el pelo en una coleta despeinada. A continuación, abrió las persianas del salón para permitir que la luz también llenara aquella estancia y caminó con pausada serenidad hasta la cocina. Sin embargo, hubo algo que la paralizó por completo y la hizo volver hacia atrás sobre sus pasos, para fijarse mejor en ese detalle y comprobar si había sido producto de su imaginación, o no. Así pues, se acercó de nuevo a la puerta principal y se agachó a recoger el sobre blanco que allí había y que, obviamente, no era fruto de una invención de su cerebro.

Se dirigió de nuevo hacia la cocina, ahora con el sobre en la mano, y preparó una taza de té negro, un *Earl Grey* de una marca que compraba por internet y que hacía de su sabor un placer cada mañana. Con la taza humeante, caminó hasta el salón y la dejó sobre la mesilla que había enfrente del sofá. Jugueteó de nuevo con aquel envoltorio blanco, dándole un par de vueltas con la intención de encontrar —como siempre, de forma fallida— alguna señal o indicio del remitente del mismo. De repente, giró la cabeza hacia el ventanal que tenía justo detrás y dirigió la vista hacia la calle, tratando de localizar algún rostro conocido que pudiera haber dejado la carta en el suelo de su casa. Sin embargo, no hubo suerte tampoco y la poca esperanza que tenía de encontrar al autor de aquellas palabras se desvaneció por completo.

Pasados unos minutos de valorar qué podía significar aquello, sacó la bolsita de té del interior de la taza y la dejó sobre el plato. A continuación, cogió de nuevo el sobre y decidió abrirlo para descubrir cuáles eran las palabras que contenía aquella vez.

¿Recuerdas la primera película que vimos juntos?

Nos dio tal ataque de risa que acabamos tirando un bote entero de palomitas por el suelo. Nos echaron de la sala por culpa de tus carcajadas. Jamás podré olvidar el sonido de tu risa.

Como siempre pasaba, su primer recuerdo fue para Pablo, pero por primera vez desde que había empezado a recibir todas las cartas, no encontró en ningún rincón de su memoria una imagen que coincidiera con la escena que ese folio describía. Había ido con él al cine muchísimas veces, pero jamás les habían echado de una sala y menos aún por culpa de un ataque de risa. Pablo era demasiado correcto para permitir que tal cosa sucediera.

Y sin darse cuenta, ese fue el hecho que la hizo sonreír de nuevo: descubrir que no era Pablo quien se escondía tras esas cartas. Quizá para otra chica aquel hubiera sido un tremendo y duro golpe, pero para Briana resultó ser todo lo contrario. Aunque en algún momento hubiera deseado ser la destinataria de aquellos folios —pues era evidente que estaban escritos desde el fondo del corazón de un hombre enamorado—, no quería serlo si era Pablo el que se escondía tras ellos.

Durante los tres años que vivió en Londres, pasó por todos los estadios posibles en los que emocionalmente te sumerge una ruptura: negación, resignación, aceptación… Henry estuvo ayudándola día a día, tratando de sacarla de aquel fracaso sentimental en el que se había sumido. Al final, juntos lo lograron y Briana entendió de una vez por todas que aquella había sido la mejor decisión que Pablo jamás hubiera podido tomar. Una persona incapaz de dar una explicación, de mostrar que no se siente feliz y de plantar a su prometida el mismo día de la boda, no merecía ni respeto, ni perdón.

Briana aprendió a ser fuerte e independiente de nuevo. Henry la metía en todo tipo de situaciones distintas en las que le hacía ver que sin la ayuda de nadie, podía salir airosa de ellas. Aprendió que salir de copas sin pareja también era divertido, que ver una película a solas podía ser igual de emocionante y que salir de casa sin dar explicaciones también resultaba muy agradable. Aprendió a tomar decisiones sobre su propia vida con autonomía. Al principio, solía girar la cabeza hacia atrás pidiendo la atención de Henry quien, finalmente, se negó a entrar con ella en determinados sitios para que lograra dar el paso por sí misma. Lo mismo sucedía cuando salían a cenar juntos. Henry solía decirle lo que quería tomar y desaparecía de allí rápidamente durante algunos minutos para que ella tuviera que pedir sola al camarero, sin necesidad de consultar con él qué era lo que podía o no podía tomar sino simplemente, pedir lo que más le apeteciera.

Con el tiempo, Briana agradeció todos los gestos y molestias que Henry se había tomado con ella, aunque en más de una ocasión había terminado maldiciéndole. Desde el principio habían estado unidos y aquello no había hecho más que incrementar su amistad. Era tan alto el grado de complicidad que habían adquirido, que incluso Emma había hablado con él en numerosas ocasiones a través de *Skype,* un programa para realizar llamadas internacionales a través de internet. Se habían caído

bien desde el principio y la joven le había agradecido muchas veces todo lo que desde la distancia estaba haciendo por su hermana.

Dejó la carta sobre la mesa y permaneció allí tumbada un buen rato, disfrutando con el ardiente sabor de su taza de té y volviendo a desviar su mente de lo sucedido la tarde anterior. Para su sorpresa, se había quedado dormida de nuevo en esa posición cuando oyó el timbre de su casa sonar repetidas veces de forma insistente. «*Maldita sea… ¿Es que una no puede dormir tranquilamente?*», pensó para sus adentros. Se levantó del sillón mientras refunfuñaba de camino hacia la puerta. Al pasar por delante del espejo que tenía colocado en el pasillo se miró y le entró un ataque de risa al descubrir el aspecto que tenía entre el pijama, las zapatillas y el pelo revuelto y mal recogido. Echó un vistazo rápido por la mirilla, con la intención de no abrir la puerta dependiendo de quién se encontrara tras ella, y se sorprendió al ver a su hermana sosteniendo una bandeja de aluminio con pinta de contener un suculento pollo asado en su interior.

—¿Se puede saber por qué narices no contestas al teléfono? —dijo la mayor a modo de saludo mientras entraba veloz dejando atrás a su hermana.

—Buenos días para ti también… ¿Dónde están Jota y la niña? —preguntó extrañada de verla a ella sola un sábado a aquellas horas.

—Les he mandado a casa de mis suegros para que Paula ayude a sus abuelos a montar el árbol de navidad —dijo mientras dejaba el envoltorio sobre la encimera de la cocina—, que por si no te acordabas, quedan solo cinco días. Dispongo de tres o cuatro horas de libertad antes de volver a mis quehaceres de madre responsable y madura que no dejaría a su familia tirada tan solo para cotillear con quién narices ha pasado la noche su querida hermanita —comentó en tono cómico y haciendo gestos divertidos para darle más énfasis a sus palabras—. Así que dime… ¿Se puede saber qué ha pasado para que tuvieras una cita y no me haya enterado de nada?

—Déjame que me dé una ducha y te pondré al día de todo. ¿De acuerdo? —dijo antes de dejar la taza en el fregadero y salir de la cocina en dirección al baño.

—Está bien… Pero no tardes, mientras iré poniendo la mesa. Por cierto, he puesto de excusa que iríamos a comprar la muñeca que quiere Paula para navidad y no puedo regresar con las manos vacías. Juanjo está de los nervios con todos los preparativos y no tiene tiempo de acercarse a la juguetería.

Briana sonrió ante el gesto de su hermana, que había puesto los ojos en blanco y levantaba las manos como si no entendiera por qué uno se pone más nervioso de lo habitual cuando llegan ese tipo de fiestas y reuniones familiares.

Emma preparó la mesa y sirvió la comida mientras Briana terminaba de adecentarse. Al regresar, continuaba con sus zapatillas peludas puestas pero ahora vestía unos tejanos ajustados oscuros y un jersey de lana rosa palo de cuello vuelto, que le llegaba por debajo de la cadera. Se dirigió hasta la mesa y dio un sorbo a la copa de vino que su hermana acababa de servirle, mientras se reía de la expresión expectante e impaciente que Emma tenía grabada en el rostro.

—Estoy esperando a que me lo cuentes, por si no resulta evidente —comentó lacónica.

Briana volvió a dar un sorbo de vino y se pasó una mano por el pelo en un gesto pensativo.

—Está bien… ¿Por dónde empiezo?

—¿Qué te parece por el principio? —contestó la otra al borde del ataque y provocando así que Briana aún se carcajeara con más fuerza.

—Pues la verdad es que no sé cuál es el principio…

—Briana, ¡por favor! ¡Cuéntamelo ya!

—Vale, vale… Conocí a… —Briana calló de repente, calibrando si debía decirle su nombre real o no. Al fin, decidió que por el momento sería mucho mejor

esconder su identidad y así lo hizo a continuación. —Conocí a Freud hace…

—¡¿Freud?! —exclamó de pronto Emma, cortándola y dejando la explicación a medias— ¿Pero tú te crees que soy tonta?

—Espera —pidió su hermana acompañando la petición con un gesto de las manos—, no quiero decirte por ahora quién es… Así que, o lo tomas, o lo dejas.

—De acuerdo —claudicó al final la otra—. Háblame de ese tal Freud.

—Le conocí hace unos días de forma totalmente casual. Nos habíamos cruzado varias veces pero nunca habíamos hablado. Un buen día, coincidimos de forma inesperada y nos fuimos a tomar algo juntos.

Emma la miraba concentrada en todo lo que su hermana decía, tratando de adivinar de quién podía tratarse y buscando los detalles de todas las conversaciones que ambas habían mantenido durante los últimos días.

—Resultó que congeniamos muy bien —continuó diciendo la menor— y rápidamente surgió la química, la física o astrofísica, como quieras llamarlo —dijo puntualizando y haciendo un cómico gesto de comillas con los dedos— entre nosotros.

—¿Pero por qué no me enteré de eso? —preguntó la otra alarmada y fingidamente dolida.

—Pues porque yo no le di más importancia a aquello. Pensé que había sido una tarde agradable, pero lo que menos imaginé era que de allí acabaría saliendo una cita —añadió ante la escéptica cara de su hermana—. De verdad, Emma. Te lo prometo.

—¿Y qué pasó luego?

—Volvimos a coincidir al cabo de un par de días, fue esta misma semana —añadió como aclaración para situar a su hermana en un plano temporal concreto—. Entonces fue cuando me pidió una cita… y acepté.

—Madre mía, Briana, ¡Esto es increíble! ¿No te parece todo como una película de estas que nos gustan tanto? —exclamó eufórica— ¿Y cómo fue la cita? Porque el mensaje que me escribiste anoche dejaba claro que estabas en una nube…

—Ay, Emma... —contestó sonriente—. ¡Fue la más increíble de las citas que jamás haya soñado una mujer!

—¡Cuéntamelo todo! ¡Quiero detalles!

Ambas hermanas estaban como poseídas por una embriagadora y enérgica felicidad. La una porque lo había vivido y la otra porque solo con imaginárselo, se le erizaba todo el vello del cuerpo. Briana le contó la mayoría de cosas que había hecho la noche anterior junto a Étienne, omitiendo tan solo algunos de los detalles más íntimos y que se guardó para ella.

—¿Y no le invitaste a subir? —exclamó de pronto su hermana mayor.

—¡No! —contestó la otra con cara de póker—. Yo no soy de esa clase de mujeres que se acuestan con un tío a la primera de cambio…

—Briana, por favor. Que ya no tienes quince años… Y eso que tienes ahí —añadió señalando a la parte donde sus piernas se juntaban a la altura de la cadera—, al final se oxidará y habrá que abrirlo con fórceps.

Briana le hizo un mohín y entrecerró los ojos como si estuviera penalizando de algún modo el comentario de su hermana.

—No me mires así, sabes que tengo razón… Y por lo que veo, en el fondo te hubiera gustado que así hubiera sido.

Briana le lanzó una servilleta arrugada en forma de bola y le dio en la frente provocando con ello que ambas rompieran a reír de nuevo.

Terminaron de comer con tranquilidad, hablando de lo maravilloso que era Étienne —o más bien Freud—, de las ganas que tenía de volver a tener una cita con él, y de que quizás, la próxima vez que volvieran a verse tendría en cuenta la aportación de su hermana de invitarle a subir a casa para disfrutar un poco más de su "conexión especial". Por último, estuvieron hablando de los preparativos de Navidad y discutiendo sobre los regalos que Paula había pedido a Papá Noel ese año.

—¿Henry vendrá a pasar la Navidad contigo? —preguntó Emma de pronto, como si acabara de recordar tal hecho.

—Le envié un mensaje hace unos días, pero no me respondió… Espero que esté bien. Le dije que tenía muchas ganas de verle.

Habían recogido ya toda la mesa y también los utensilios y cubiertos que habían utilizado. Lo lavaron todo en un momento y terminaron de vestirse para salir un rato de compras en busca de las muñecas que la pequeña llevaba meses pidiendo y que durante las últimas semanas habían estado agotadas en todas las tiendas del centro de la ciudad.

Bajaban riendo y charlando tranquilamente en el ascensor cuando, al llegar al portal, vieron a la persona que menos esperaban encontrarse en ese lugar y a esa hora.

Por un momento, dudaron sobre si volver a subir al ascensor y desaparecer de allí ya que aún no habían sido descubiertas. Sin embargo, después de calcular las consecuencias de salir o de esconderse, decidieron afrontar la realidad y anduvieron con paso tranquilo hasta la puerta de entrada. A continuación, la abrieron, justo a tiempo para que la otra persona —que caminaba a izquierda y derecha como pensativa— se girara y las encontrara allí de frente.

19

—Hola, Claudia —saludó Briana con cordialidad—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Daniela… —contestó la joven con cierto temor en la voz. Entonces, miró a Emma y pareció reconocerla de inmediato— ¿Tú no eres la que se encargó de gestionar el alquiler mi piso?

—Sí… ¿Has venido a ver a algún vecino? —preguntó sin saber muy bien qué otra cosa decirle.

—No… En realidad quería ver a los nuevos inquilinos del apartamento. Bueno, de hecho —dijo dirigiéndose ahora directamente a Briana—, te estaba buscando a ti, pero no sabía dónde localizarte… Así que pensé que ellos podrían decirme la empresa de limpieza en la que te contrataron… ¿Aún tienes guardado mi vestido de novia?

Ambas hermanas se miraron durante algunos segundos, como si pudieran comunicarse lo que estaban pensando a través de los ojos. Al final, Briana afirmó con un gesto de cabeza y respiró profundo antes de girarse de nuevo hacia la joven.

—Entra —dijo entonces cogiéndola por sorpresa—. Creo que deberíamos aclarar algunas cosas. Por cierto —añadió cuando Claudia pasó por su lado—, mi nombre es Briana.

Subieron las tres juntas en el ascensor, sumidas en un incómodo silencio, hasta que por fin llegaron a la planta correspondiente. Ya en el rellano, Briana introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entró la primera, se giró, y con un gesto de la mano invitó a Claudia a entrar a su antiguo apartamento.

—Adelante… No creo que deba indicarte dónde están las cosas —comentó tratando de hacer un poco más agradable el encuentro.

Claudia caminó por el pasillo, mirando a ambos lados del mismo y dando una vuelta sobre sí misma para observar todo lo que la rodeaba.

—*Uau*… —exclamó al fin—. Tienes un gusto exquisito, ha quedado de revista. Creo que me equivoqué de profesión —añadió ahora en un tono algo más ameno—, no sabía que las empresas de limpieza dieran para tanto…

Briana se pasó una mano por la melena, pensando en cómo decirle que aquello también era mentira pero entonces, pensó en lo poco que eso importaba, pues la que realmente estaba interesada en saber algo era la otra.

—Verás Claudia, también te mentí en eso. Te dije que había limpiado el piso porque no quería que me relacionaras con él, y mucho menos que eso pudiera significar meter a mi hermana —añadió señalando esta vez a Emma— en todo esto.

—A ver… vamos a empezar de cero. Creo que es lo más justo —dijo de pronto Claudia sorprendiendo a las dos con una pequeña sonrisa—. Me llamo Claudia y tengo veinticinco años. Soy periodista y trabajo en la redacción de una revista de tirada semanal. Viví en este piso durante cuatro años, el último de ellos junto a mi novio, aunque mis padres nunca supieron este pequeño detalle. Ahora he venido en busca de mi vestido, porque el día en que tuve que abandonar este apartamento mis padres me obligaron a dejarlo aquí —dijo deteniéndose para tomar un breve respiro antes de continuar—. Decidí esconder la llave para que los próximos inquilinos tuvieran problemas en encontrarla, pero supongo que supiste dar con ella —dijo dirigiéndose ahora a Briana— y por eso lo encontraste. He pasado miles de veces por aquí, buscando si había luz en la casa para hablar con los actuales inquilinos y pedirles mi vestido, pero nunca me atreví a hacerlo. No me importa nada más que eso, tan solo quiero recuperar mi vestido… Es lo único que me queda de él.

Briana y Emma volvieron a mirarse la una a la otra, tratando de comprender el sentido de aquellas palabras que acababan de escuchar y que nada tenían que ver con lo que ellas habían imaginado.

—Vale, me toca. Déjame que me presente antes —comentó haciendo un gesto de calma con las manos—. Me llamo Briana y tengo veintinueve años.

—Treinta dentro de unos días… —la cortó Emma dándole así un toque de humor a la conversación.

—Treinta —puntualizó mirando con ironía a su hermana— en unos días, efectivamente. Soy directora ejecutiva de un banco —añadió mientras observaba el gesto de sorpresa que mostró Claudia en su rostro— y ahora vivo aquí, yo sola. Encontré la llave del armario escondida, tal y como has dicho. De hecho, llevaba bastantes días instalada antes de descubrir el armario y su sorprendente contenido.

»Cuando descubrí el vestido de novia, mi primera reacción fue de sorpresa, al igual que la de mi hermana. Reconozco que elaboramos algunas teorías antes de pensar qué hacer con él… Pero finalmente, por motivos personales, y que ahora mismo no vienen al caso, insistí en que Emma me diera tu dirección para así poder hacértelo llegar y que tú fueras la que decidiera lo que hacer con él. Sin embargo, el día en que llegué a tu casa me esperaba otra reacción, no te voy a mentir… Pero me dejaste muy confundida con tus palabras.

—Lo supuse… Pero tenía que ser así… Mi madre estaba delante y no pude hacer otra cosa al respecto. Lo siento —añadió con un gesto de pesar que a ambas hermanas les pareció totalmente sincero y nada fingido.

—No tienes que disculparte por nada, no estamos aquí para cuestionar tus motivos —añadió Briana con la intención de que se sintiera algo mejor—. Por cierto, no te lo he preguntado antes… ¿Quieres tomar algo?

—Un café me irá bien, por favor —contestó con un amago de sonrisa en los labios.

Briana hizo el gesto de levantarse cuando su hermana la paró y fue ella la que se dirigió a la cocina para preparar una bandeja de cafés y galletas para las tres. Las dos chicas se quedaron a solas en el salón, de nuevo sumidas en un repentino silencio. Briana observó la mirada de la joven, triste y taciturna por algún motivo que, seguramente, estaba relacionado con el vestido.

—Si lo que te estás preguntando es si me deshice del vestido… puedes estar tranquila. Continúa guardado en el armario.

Aquellas palabras bastaron para conseguir que Claudia se alegrara. Su rostro se iluminó por completo y sus ojos brillaron de ilusión al escuchar aquella noticia.

—Gracias… De verdad. Gracias por no haberme hecho caso aquel día. Desde entonces, he soñado casi cada noche con miles de trapos hechos con mi vestido y me despertaba día tras día empapada en sudor.

Para sorpresa de todas, Claudia se levantó con agilidad del sofá y se lanzó al cuello de Briana, abrazándola con fuerza y dejándola desarmada. Cuando se separó de ella, volvió a sentarse en su sitio y cogió una de las tazas que Emma acababa de traer justo en ese momento.

—Gracias. —Después de poner un par de cucharaditas de azúcar, sopló con delicadeza por encima del humeante aroma que el café desprendía.

—Te lo traeré ahora mismo. Si quieres llevártelo, es todo tuyo. Yo no sabía qué hacer con él.

Briana desapareció de allí y anduvo con parsimonia hasta la pequeña habitación en la que había vuelto a guardar el vestido. Lo cogió con delicadeza y lo llevó con ella de nuevo al salón. Claudia se levantó de golpe con los ojos inundados en lágrimas. Las dos hermanas se mantuvieron en silencio, dejando que la otra chica se hiciera a la idea y asumiera todos los hechos.

Pasados unos minutos logró recomponerse y volvió a dejar el vestido en el sofá, junto a ella. De nuevo, cogió su taza de café y una galleta que Emma le ofreció

con cariño. A pesar de que no se conocían de nada, aquella chica les transmitía calma y serenidad.

—Hace casi un año que no he vuelto a saber de Víctor —empezó a contarles la chica sin que ninguna de las dos hermanas le hubiera pedido ningún tipo de explicación al respecto—. Estábamos hechos el uno para el otro. Nuestro amor era puro, limpio, fácil. Jamás habíamos estado enfadados por mucho tiempo. Sin embargo, mis padres nunca lograron aceptarle…

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y ninguna de las otras dos quiso interrumpir aquella historia, que presentían que iba a ser un tanto dolorosa.

—Pertenecíamos a clases sociales distintas, pero yo siempre he creído que esa distinción era propia de unos cuantos siglos atrás. Sin embargo, estaba muy equivocada —dijo mientras dejaba la taza sobre la mesa y miraba a ambas chicas—. Mis padres jamás le aceptaron como un buen partido para mí. Por ello, empezamos a vivir juntos a escondidas de ellos. Víctor trajo sus cosas. Las teníamos guardas en la habitación pequeña y cuando ellos aparecían por aquí, él se mantenía ausente. Se iba a tomar algo a cualquier lugar cercano hasta que yo le avisaba de que ya no había peligro.

»Pensé que la cosa cambiaría cuando habláramos seriamente de matrimonio. Creí que mis padres aceptarían a Víctor como mi marido, puesto que ya no se trataba de una relación de niños. Sin embargo —continuó mientras las otras dos se mantenían con el corazón en un puño—, tampoco fue así.

20

—¿Y qué sucedió? —quiso saber Emma, metida de lleno en la historia de aquella joven que había aparecido de la nada en sus vidas.

—Me hicieron elegir. O me quedaba con ellos, con todo lo que eso comportaba… o me iba con Víctor y me eliminaban de sus vidas por completo.

—Eso no es posible… Uno no puede echar de su vida a un hijo de esa manera… —exclamó Emma afectada, pensando en que ella jamás podría hacerle algo igual a Paula y poniendo ambas manos sobre su vientre, en un gesto casi instintivo.

—Como podéis ver, es evidente la opción que escogí. Uno no puede renunciar a su familia tan fácilmente…

—¿Qué sucedió con Víctor? —se atrevió a preguntar Briana con un nudo en el estómago, empezando a darle un nuevo sentido a las cartas que continuaba recibiendo.

—Intenté hacérselo entender, pero no lo conseguí.

Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas en aquel momento. Las chicas estaban atónitas por la dureza de la situación por la que había tenido que pasar la joven.

—Pero… hay una cosa que no entiendo —dijo Briana en ese momento—. Si no llegasteis a seguir adelante con el tema de la boda… ¿Por qué tenías un vestido de novia?

Claudia se limpió las lágrimas con un pañuelo y respiró profundo un par de veces antes de contestar a su pregunta.

—Cuando se lo comenté por primera vez a mis padres y me dijeron que no podía casarme con él, en un intento de rebeldía y valentía decidí que yo era dueña de mi vida y que me casaría con él si yo quería. Así pues, Víctor y yo iniciamos los trámites de boda y pedimos día para celebrar el enlace al que, por supuesto, solo iba a asistir su familia. Sin embargo, unas semanas antes de la fecha, cuando yo ya lo tenía todo listo, mis padres vinieron de visita a casa, con la intención de intentar poner un poco de orden y paz a nuestra relación.

»Entonces, una de las veces que mi madre se dirigió al baño, vio la puerta de la habitación pequeña entreabierta y decidió meter las narices adonde nadie le había pedido que lo hiciera. Y, efectivamente, en ese momento lo descubrieron todo. Vieron la ropa de Víctor, sus zapatos, todas sus pertenencias allí ordenadas y al fondo de todo, mi vestido de novia y todos los accesorios. El resto ya podéis imaginarlo…

—Lo siento… —consiguió articular Emma después de todo lo que había escuchado—. Siento que hayas tenido que pasar por esto. Es una historia realmente triste.

—¿Por qué le diste la razón a tu madre el día que te llevé el vestido? —volvió a preguntar Briana extrañada por aquella reacción tan incongruente con lo que acababa de contarles la joven.

—Porque a sus ojos, había cortado toda relación con Víctor. Quedarme con ellos suponía no volver a verle jamás, no contactar con él ni querer saber nada más de él. Aquel día tan solo estaba interpretando el papel que me correspondía, pero desde que volviste a darte la vuelta y te marchaste, mi vida ha sido un tormento.

—Lo siento… Jamás pretendí molestarte de nuevo con todo esto… —añadió Briana con arrepentimiento en la voz.

—No te preocupes, no fue tu culpa. Además, hiciste mucho más por mí de lo que piensas al aparecer en mi vida con este vestido…

Briana sonrió a la joven, que miraba con tristeza su mayor tesoro.

—Briana, acompáñame un segundo a la cocina —le pidió Emma de repente.

La menor de las dos, extrañada por la petición, se levantó del sofá y caminó junto a su hermana hasta el lugar indicado.

—Tienes que dejar que lea las cartas —dijo de pronto, dejándola aún más sorprendida.

—No puedo… Tan solo la haría sufrir aún más… ¿No ves cómo está de afectada?

—Briana, son suyas. ¡Le pertenecen!

—Eso es algo que no sabemos, Emma, no quiero arriesgarme y estropearlo más aún.

—¿Pero es que no ves lo que esa chica amaba a su novio? —preguntó Emma metida de lleno en la triste historia que acababan de escuchar.

—Emma, no sabemos si son de Víctor. Imagínate que nos equivocamos, que realmente son de la vecina de enfrente y lo único que conseguimos al dejárselas es estropearlo todo un poco más.

Emma dio un par de vueltas por la amplia cocina. Miraba a todos lados mientras calibraba cuáles eran sus opciones. Al fin, se pasó una mano por su ondulada y rubia melena y volvió a iniciar su discurso.

—Averígualo. No podemos dejar que esto acabe así.

—Emma, esta no es nuestra historia, ¡no podemos inmiscuirnos más! —exclamó intentando apaciguar el ambiente.

—Mira, estoy aquí por tu culpa, porque la "señorita" —añadió haciendo un gesto de comillas con las manos en un tono burlesco— quiso devolverle el vestido a su legítima propietaria, sin que nadie nos mandara meternos allí en medio. Ahora no podemos dejarla así y no ayudarla en nada más… ¡Necesita reconciliarse con Víctor!

—Emma, no sabemos nada de Víctor: ni quién es ni dónde encontrarle.

—Pues lo buscamos, pero esto no puede quedar así. Esa chica tiene que regresar con su verdadero amor, cueste lo que cueste.

Ambas hermanas estaban de pie, la una frente a la otra sosteniéndose la mirada. Briana estaba apoyada en la encimera, con los brazos cruzados y en pose pensativa.

—No sé cómo podremos hacerlo sin que ella se entere, Emma. Es muy difícil.

—Bueno, pues lo intentamos. Pero no podemos dejar que esto acabe así.

Briana afirmó con un gesto de cabeza y volvió a incorporarse para salir de nuevo hacia el salón, ya que Claudia seguía allí sola. Se la encontraron de pie mirando a través del gran ventanal.

—Me encantaba sentarme a leer aquí debajo… —dijo aquella volviéndose hacia las dos hermanas—. Era muy relajante.

—La verdad es que es un apartamento muy tranquilo, no puedo decir lo contrario.

Claudia sonrió y se acercó a las hermanas con paso tranquilo. Abrió su bolso con cuidado y sacó del interior una tarjeta con su nombre y su número y se la tendió amablemente a Briana.

—Aquí tienes mi teléfono, para cualquier cosa que pudieras necesitar. Estoy en deuda contigo.

Briana sonrió a la joven y la abrazó con ternura. A pesar de que acababan de conocerla, algo le decía que aquella relación aún no había terminado.

—Siento todo por lo que has tenido que pasar. Has sido muy valiente volviendo hoy aquí.

Claudia le sonrió de nuevo y abrazó también a Emma antes de caminar en dirección a la puerta con el vestido entre sus brazos.

—Gracias por todo chicas, de verdad. Habéis hecho realidad parte de mi deseo de Navidad.

Sin decir nada más, cruzó la puerta y desapareció de su antiguo apartamento, dejando a las dos hermanas con una sensación agridulce en el cuerpo.

Cuando por fin se recuperaron un poco de toda las intensas emociones que habían vivido en la última hora, volvieron a ponerse los abrigos y salieron a la calle en busca de las dos muñecas que tenían encargadas en una pequeña tienda de juguetes del centro.

21

El lunes llegó en un abrir y cerrar de ojos. Durante la tarde del sábado, ambas hermanas lograron hacerse con el resto de regalos que aún les faltaban por comprar. Encontraron las muñecas de Paula en la pequeña tienda en la que las tenían encargadas, pues tuvieron la suerte de que el dueño era cliente de Juanjo y les dio prioridad, pues aquella Navidad parecía que todas las niñas quisieran convertirse en aquella reina del hielo que *Disney* había creado.

Al terminar su jornada, había quedado con Emma en la cafetería, como siempre. Sin embargo, no le había comentado que aquella semana saldría algo más temprano de la oficina, pues quería tener la oportunidad de pasar un rato a solas junto a Étienne, ya que desde el viernes no había vuelto a saber nada más de él.

Cogió el metro y llegó al local en poco más de veinte minutos. Hacía un frío terrorífico en la calle y al entrar, sintió el cálido y acogedor ambiente que reinaba allí dentro y que la acogió como si de un abrazo se tratara.

Buscó con la mirada hacia el rincón en el que solían sentarse siempre, pero allí no encontró a nadie. Miró también en dirección a las otras mesas, pero tampoco había ni rastro del músico. «Quizás aún sea muy pronto», pensó. Se dirigió hacia su mesa habitual, saludando a los dos camareros a su paso, y se sentó después de quitarse el bolso y el abrigo. Eran las tres de la tarde y aún quedaba una hora y media para que Emma apareciera por aquella puerta. La camarera le trajo una tetera de agua hirviendo y un té verde sin que ella lo hubiera pedido, sabiendo que seguramente, aquella sería su elección del día.

—Gracias cielo, no sabes la falta que me hace.

Se encontraba distraída con su teléfono móvil, revisando correos y buscando algún mensaje de Henry que se le hubiera pasado por alto. Pero no lo encontró. De pronto, sintió una sombra a su espalda, muy cercana. Su pulso se aceleró a una velocidad increíble y su boca se secó, amenazando con impedirle poder articular ni una sola palabra.

Los mechones de su melena hicieron cosquillas sobre su hombro —parcialmente descubierto— y el inconfundible aroma a chocolate caliente que desprendía su aliento le llegó desde muy pocos centímetros de distancia, a la altura de su oído. No se movió ni un solo milímetro, tan solo esperó a escuchar su ronca y masculina voz, mientras un torrente de mariposas revoloteaba y alteraban cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Sí que tenías ganas de verme. Nunca te había visto por aquí tan pronto…

Sintió su sonrisa acariciándole la piel, ahora rosada y caliente por culpa de los nervios. Étienne le dio un tierno y disimulado beso en la mejilla y se dirigió hacia la mesa que había justo al lado de ella.

—¿No vas a sentarte conmigo? —preguntó extrañada.

—¿Le has contado algo a tu hermana? —respondió él mientras dejaba la funda del violín sobre la otra silla y hacía lo mismo con las demás pertenencias.

Estaba realmente guapo y sexy. Ese día vestía algo más informal que siempre. Llevaba una sudadera blanca a medio atar sobre una camiseta gris con algún dibujo en el pecho. En vez de su habitual gorro, ese día llevaba puesta una gorra que recogía también su melena, atada como siempre en una coleta medio girada y con algún que otro mechón cayendo por su rostro. Llevaba un colgante de cuero en el cuello y también pudo fijarse en que llevaba una pulsera del mismo estilo. Como siempre, vestía unos tejanos caídos y unas botas abiertas que le conferían aquel look tan particular y diferente al suyo —formal y casi uniformado—, pero que tan loca la volvía.

La camarera tardó poco en acercarse —con una sugerente y nada disimulada sonrisa cargada de segundas intenciones—, llevando con ella una taza con un espumoso y cremoso café *capuccino*. Étienne la obsequió también con una de sus sonrisas y Briana sintió un doloroso pinchazo en su interior. «¿*Estás celosa ahora*?», se preguntó a sí misma ansiando que aquello no se notara en su rostro. Sin embargo, resultó ser más transparente de lo que creía, pues Étienne la miró con una ceja levantada y comenzó a reír a carcajadas.

—No te preocupes… Lleva meses tratando de quedar conmigo, pero no es mi tipo —dijo haciendo entonces una sugerente pausa. A continuación, se acercó más a ella y le susurró cerca de su rostro—. A mí me van más las ejecutivas atletas a las que les encanta soñar bajo la nieve.

Briana volvió a sentir a las mariposas alzando el vuelo y supo que su cara era todo rubor, pues sentía un calor en sus mejillas que le resultaba imposible de ocultar.

—Por cierto, tu hermana debe de estar al caer —comentó de nuevo el músico desviando así el tema.

—No lo creo… Suele llegar a las cuatro y cuarto como pronto —contestó ella extrañada.

—Eso te lo debe de decir a ti para que no te preocupes y no corras más de la cuenta, pero suele estar aquí entre las tres y media y las cuatro. Siempre aprovecha ese rato para leer —añadió descolocándola.

Briana lo observó extrañada y a continuación, miró su reloj de pulsera. Pasaban ya de las tres y media y si Étienne estaba en lo cierto, contaba con muy poco tiempo para disfrutar con él a solas.

—Mira, hablando del rey de Roma… —dijo ahora en un susurro y mirando al frente con disimulo—. Ahí la tienes. Te lo he dicho.

Étienne le guiñó un ojo y se incorporó en su sitio como si aquello no fuera con él. Emma se dirigió hasta la mesa donde Briana estaba sentada y se sorprendió de que ella ya estuviera allí.

—¿Qué haces por aquí tan pronto? —dijo ocupando la silla que quedaba a espaldas de Étienne, sin sospechar nada de él—. Pensaba que vendrías a la misma hora de siempre.

—He terminado antes de lo habitual. Esta semana tenemos un turno distinto —comentó centrando ahora su atención en Emma.

—¿Tienes calor? Pareces sofocada, estás roja como un pimiento…

Briana aprovechó el comentario y contestó con un gesto afirmativo, pues era más fácil que su hermana pensara que tenía calor en vez de tener que contarle la verdad.

—He podido comprar esta mañana todas las cosas para la cena de Nochebuena. Habrá de todo. ¿Sabes lo que sería divertido? —añadió mirando con comicidad a su hermana.

—A ver, sorpréndeme…

—Que invitaras a ese amante tuyo que tienes —dijo sin darse cuenta de que Étienne acababa de levantar el rostro y miraba divertido a Briana, que volvía a sentir la amenaza del rubor en su rostro—. Me gustaría mucho verle la cara a ese don Juan que ha hecho que últimamente tengas esa cara bobalicona de forma permanente. Por cierto, ¿os habéis acostado ya? ¡A qué esperas!

Briana quiso morir allí mismo de vergüenza. Étienne se reía con descaro desde su sitio, recostado sobre el respaldo de la silla y mirándola con cara de «*Eso… ¿A qué esperas?*», mientras apretaba los labios y le hacía cómicos guiños a espaldas de Emma. Briana aguantó el tipo como pudo, pensando en qué debía responder para que su hermana no sospechara nada al respecto y Étienne dejara de mirarla con esa cara.

—No creo que le conceda ese placer tan fácilmente —añadió después de todo.

Aprovechó que su hermana le daba un sorbo a su taza de té para mirar al músico —que ahora le ponía morritos— y hacerle un gesto de triunfo alzando una ceja. Étienne la miró con picardía y sin levantar la voz, añadió únicamente moviendo los labios:

—Eso ya lo veremos.

A continuación, le guiñó un ojo juguetón y se puso los auriculares que le colgaban del cuello. Cogió un lápiz que tenía sobre la mesa y se enfrascó de lleno en sus partituras, ajeno ahora a todo cuanto le rodeaba.

—Es guapo, ¿verdad? —preguntó de repente Emma, cogiendo a Briana por sorpresa—. Estás embobada mirándole... Si tanto te gusta, habla con él. Lo tienes fácil.

—Oh, ¡cállate! —añadió queriendo quitarle hierro al asunto pero sin poder evitar sonrojarse de nuevo—. Deja de meterte en mi vida privada —añadió sonriente señalándola con un dedo.

—Tú di lo que quieras, pero tiene pinta de ser un amante excelente. Mira qué manos… —añadió mirando fijamente a esa parte de su cuerpo.

—Se acabó, voy a hablar con Jota en cuanto le pille. ¡Necesitas ayuda urgente!

—Jolines, por lo visto una ya no puede tratar de ayudar a su hermana a encontrar al amor de su vida. O el mejor polvo de su vida… ¿Quién sabe?

Briana entornó los ojos y ambas estallaron en sonoras carcajadas.

Pasaron el resto de la tarde charlando de cosas triviales, sin volver a mencionar nada al respecto de los amantes de Briana, así como tampoco de la última carta que esta había recibido y que había decidido omitir a su hermana.

—Se me ha hecho tarde, debo ir a recoger a la niña a la academia —comentó Emma poniéndose en pie.

—Yo me quedo un ratito más, quiero poner al día un par de cosas de mi agenda antes de llegar a casa.

Emma se extrañó y la interrogó con la mirada. Briana, al sentirse atrapada fue ágil y logró salir del paso de forma airosa y sin levantar sospechas.

—Es que no quiero llevarme más trabajo a casa, me da la sensación de que nunca termino…

—De acuerdo. Recuerda que estos días no vendré por aquí, tengo demasiadas cosas que preparar. Nos vemos el miércoles para la cena de Nochebuena.

Briana afirmó con la cabeza y sonrió cuando su hermana le dio un abrazo. Cuando Emma ya iba a marcharse, sin querer dio un pequeño golpe en el hombro a Étienne, que se giró sobresaltado, como si acabara de regresar de algún lugar imaginario en el que se hallaba refugiado.

—Lo siento mucho… —dijo Emma al darse cuenta.

—No te preocupes, ya me hacía falta volver a la tierra —contestó él sonriente.

Emma contestó con igual gesto y se despidió por última vez de su hermana. Sin embargo, cuando estaba ya casi a la altura de la puerta, giró sobre sus talones y tras comprobar que el músico no la veía —pues estaba situado de espaldas a ella—, pero sí que lo hacía su hermana, aprovechó el momento para hacerle un gesto cómico, juntando las manos y fingiendo haberse enamorado totalmente de Étienne. A continuación, le señaló y luego señaló a su hermana, haciéndole entender que tenía que probar algo con él. Briana sonrió ante las tonterías de su hermana y se despidió al fin de ella con un gesto de la mano.

—Veo que la torpeza es cosa de los genes… —comentó de pronto Étienne sacándose los cascos y volviendo a dirigirse a ella, que llevaba un rato en silencio desde que se había ido su hermana—. Es curioso que haya hablado con las dos por primera vez después de que ambas tropezarais conmigo.

Briana levantó la vista hacia el músico y no pudo evitar derretirse ante aquella mirada y aquella dentadura tan radiante. Le gustaba la barba de dos días que lucía, perfectamente recortada, y que era igual de rubia que su espesa melena.

—¿Ya le has puesto los adornos al árbol? —preguntó el joven cambiando de tema.

—No…

—¿Cómo que no? Eso no es posible, Nochebuena es dentro de dos días —añadió incrédulo.

—No me había planteado poner adornos este año… Siempre lo he hecho en compañía, es un momento para pasarlo junto a alguien —dijo ella en un hilo de voz que descuadró por completo al joven.

—¿Por qué no lo has hecho con tu hermana?

—Porque suficiente tiene ella decorando toda su casa junto al pequeño monstruito que es mi sobrina.

Étienne cerró los libros que tenía sobre la mesa y puso los folios dentro. Guardó con cuidado todo en el interior de su mochila y se puso el abrigo por encima.

—Vamos —dijo de golpe en un tono autoritario, aunque sin perder su sonrisa.

—¿Adónde? —quiso saber ella extrañada.

—Son las cinco de la tarde. Tenemos tiempo de sobras para comprar algunas cosas aún. Si lo que necesitas es compañía, yo puedo ofrecértela.

Briana trató de asimilar lo que Étienne acababa de ofrecerle y lo que aquello implicaba. «*¿Estaba preparada para invitarle a subir su casa?*», se preguntó. Al verla indecisa, Étienne le tendió la mano y le habló con dulzura.

—Prometo portarme bien y no sobrepasarme en ningún momento… Solo quiero ayudarte con los adornos, nada más.

Aquello fue lo que bastó a Briana para ceder a sus instintos. Tenía muchísimas ganas de volver a pasar un rato con él, a solas. Pero tampoco podía negarse a sí misma las ganas que tenía de sentir sus suaves labios sobre los suyos, su aliento de chocolate acariciando su piel, sus manos enredándose entre su rubia melena… Briana sintió una oleada de calor que provenía de su interior y decidió que lo mejor que podía hacer era levantarse y disfrutar de aquella tarde que Étienne le estaba sirviendo en bandeja.

22

Estuvieron, a lo sumo, un par de horas de compras. Étienne la llevó hasta una tienda muy pequeña que estaba escondida entre las céntricas callejuelas del casco antiguo de la ciudad. Allí encontraron los mejores adornos de Navidad que Briana hubiera visto en la vida. Había de todos los colores, formas, texturas y con todos los dibujos posibles. Pasó más de media hora mirándolos todos, deleitándose con cada uno de ellos y sintiéndose de nuevo como una niña. Al fin, escogió los que más le gustaron después de decidir que ese año en su casa predominarían los tonos rojos, dorados y plateados, tal y como resultaba típico y habitual.

Después de salir de allí con una bolsa llena de artículos, Étienne la cogió de la mano y la guió por aquellas calles hasta una pequeña crepería que prometía las crepes y gofres más increíbles que jamás hubiera probado. A pesar de su ferviente negativa, Étienne no le hizo caso y escogió una de chocolate. La dependienta, con una espléndida sonrisa, dobló la crepe en forma de triángulo y la puso en un cartoncillo con la misma forma para que pudieran comérsela sin necesidad de cubiertos, puesto que ambos llevaban las manos enfundadas en guantes.

—¿Quieres probar un poco? —preguntó el joven acercándoselo al rostro.

—No, gracias… —contestó con cierta timidez en la voz.

—Oh, vamos… ¡Está deliciosa! —exclamó de nuevo dándole un bocado al extremo que sobresalía del cartoncillo.

En ese mismo momento el chocolate empezó a chorrear lentamente, derretido como estaba por la temperatura de la masa.

—Mira esto… ¡No puedes negar que quieres un poquito! —volvió a añadir acercándoselo de nuevo.

Briana lo miró divertida y le apartó la mano con cuidado. Ante ese gesto, Étienne entornó los ojos —falsamente ofendido— y de golpe, mostró la sonrisa más pícara y cargada de juguetona maldad que Briana le hubiera visto jamás en el rostro.

—¿Qué pretendes hacer…? —dijo sin poder evitar sonreír mientras se cogía a ambos brazos con sus manos y trataba de mantener el equilibrio, ya que el músico se acercaba a ella sin dejar de mostrarle su blanca dentadura y su astuta mirada y la hacía caminar hacia atrás—. No me gustan tus intenciones… Étienne, ¡para!

Briana soltó una carcajada en ese momento y él aprovechó el instante de debilidad para dejarle caer un poco de chocolate sobre la nariz. Sin embargo, ella fue más rápida y se movió con agilidad, aunque no logró evitar que el chocolate manchara también su rostro.

Se quedó mirando al músico —que aguardaba con los labios apretados intentando esconder las ganas de reír que tenía— que esperaba a ver cuál era la reacción de la joven. Briana se quitó uno de sus guantes de piel sintética y pasó un dedo por su mejilla, quitándose así la mayor parte de chocolate que le había caído ahí y que casi rozaba la comisura de sus labios. Levantó el dedo manchado hacia el joven y entonces fue ella la que apretó los labios pensando en cuál podía ser la mejor venganza. Dio un par de pasos hacia él, intercambiando de ese modo los papeles, siendo él ahora quien caminaba hacia atrás sin poder parar de reír.

—Briana, no… ¿Qué haces? —dijo entre carcajadas—. Estás poniendo cara de mala y no me gustan las chicas malas. Bueno sí, un poco, pero no mucho… —continuó sin parar de reír—. Bueno sí, me gustan mucho. Así que, por tu bien, no sigas por ese camino.

Briana tuvo que hacer esfuerzos astronómicos para no detenerse allí mismo y desternillarse por lo cómico de la situación ya que, sabía que si lo hacía, Étienne volvería a hacer uso de aquel fuera de juego, y tenía que devolvérsela antes.

De repente, Étienne se encontró con una pared contra su espalda y no pudo retroceder ni un paso más. Briana pudo ver entonces la victoria de su parte y continuó acercándose a él con el dedo lleno de chocolate levantado hacia su rostro. El joven pensó a gran velocidad en sus opciones y lo vio claro cuando Briana estuvo a punto de rozar su frente con el dedo.

—¡Espera! —dijo cogiéndola por sorpresa, provocando así que se quedara con el dedo suspendido en el aire e inmóvil—. Todavía tienes una mancha ahí— añadió señalando el punto donde le había dejado caer el chocolate momentos antes.

Tal y como se había imaginado, la coquetería de la chica le pudo y Briana apartó veloz la mano de él para frotarse el posible resto de chocolate que hubiera quedado en su mejilla. En ese instante, Étienne aprovechó el despiste para cogerla sobre su hombro, como si se tratara de un saco de patatas, y comenzó a caminar por la calle como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¡Étienne, bájame de aquí! ¡AHORA! —gritó ahogándose por las carcajadas y golpeando su espalda con los puños—. ¡Bájame ahora mismo!

La gente iba abriendo paso al chico conforme este se acercaba y miraban a la pareja con muecas de diversión y felicidad en el rostro, incluso de envidia por la alegría que desprendía su aura particular. Briana continuó gritando y golpeando con sus puños la espalda —sorprendentemente fuerte y musculada— del joven, hasta que poco a poco, disminuyó la intensidad de sus gritos y se dio por vencida, dejándose llevar por el chico —que amenazaba con remover los cimientos de todos sus sentimientos— hasta que este quisiera al fin soltarla.

—Serás muy rápida corriendo, pero aún sigo siendo más fuerte que tú… —dijo Étienne divertido mientras le daba un cariñoso pellizco en la pierna, que ahora quedaba a la altura de su pecho.

—Étienne, suéltame, ya.

—Muy mal, señorita —contestó de nuevo entre sonrisas—. Las cosas no se piden así… A ver, prueba otra vez.

—¡Suéltame! —añadió con poca credibilidad al dejar escapar de nuevo una carcajada.

—Bueno, pues nada… Hasta que no lo pidas como debes hacerlo no te bajaré.

Briana soltó un bufido de resignación y tras respirar profundo un par de veces, al fin cedió.

—Étienne, por favor —dijo recalcando con gran énfasis esas dos últimas palabras—, suéltame.

—Ahora sí, tus deseos son órdenes…

El músico la bajó con cuidado, deslizándola poco a poco por delante de él. Sin embargo, cuando Briana estuvo casi a punto de tocar el suelo, sus rostros quedaron el uno frente al otro, a una proximidad de miedo. Briana estaba cogida a su cuello, fuerte y tenso, mientras que Étienne la sujetaba con una mano por la espalda y la otra en su cintura. El tiempo pareció detenerse en ese mismo instante. Sus respiraciones comenzaron a agitarse hasta alcanzar un ritmo vertiginoso. Sus corazones latían desbocados, acompasados, uniéndose en un solo palpitar capaz de fundir al más infeliz de los hombres.

En ese instante, en ese mismo momento de felicidad, Étienne volvió a mostrarle su sonrisa, aquella tan sincera que la había cautivado desde la primera vez que reparó en su presencia. Y entonces, fue ella quien le besó. Fue un beso dulce, cálido, intenso, cargado de deseo y de pasión. Étienne recibió sus labios como si se tratara del elixir de la vida, como si no existiera una mayor fuente de placer en el mundo. Dejó que ella tocara de pies en el suelo —sin dejar de besarla en ningún momento— y enredó su mano entre su espesa melena mientras con la otra apretaba más el cuerpo de la joven contra el suyo.

No supieron cuántos minutos pasaron así, perdidos en su deseo, entre las garras del placer y de la felicidad.

Finalmente, fue ella la que retrocedió sin perder ni un solo segundo de vista los ojos del joven músico.

—Si no nos damos prisa, no podré comprar un árbol… —dijo rascándose la nuca con timidez.

—Tienes razón —contestó separándose entonces de la chica—. Vayamos a por uno.

Pasearon durante un rato más por los tenderetes y casetas que había montados en la plaza de la catedral. El espíritu navideño inundaba cada uno de los rincones y personas que había en ese lugar. Los niños sonreían felices y los adultos soñaban con volver a ser niños. Compraron al fin un abeto de plástico, pues ambos coincidieron en la mala decisión de hacerse con uno de verdad.

Cargados con todas las cosas necesarias para decorar una mansión entera, llegaron hasta el portal de Briana cogidos de la mano. Permanecieron allí inmóviles durante algunos minutos, sin saber cuál era el paso que debían seguir a continuación si no pretendían equivocarse.

—Si no te sientes cómoda con la idea de que sea yo quien te ayude, no es necesario que me invites a entrar por obligación… —dijo Étienne rompiendo el silencio—. Con haber conseguido que tu niña interior reaparezca durante un rato, yo ya soy feliz.

Briana maldijo mentalmente a las mariposas que con mucho peligro danzaban en su interior y no pudo negar lo inevitable.

—No. Claro que quiero que me acompañes… Si no hubiera sido por ti, mi casa continuaría igual de vacía y triste durante todas las navidades...

Étienne afirmó con un gesto de la cabeza y le dedicó una sonrisa tierna y sincera, sin ningún tipo de doble intención tras ella.

23

Llegaron al ático en pocos minutos. Briana abrió la puerta y el cálido interior de su hogar les acogió con dulzura. El descenso de la temperatura se había notado considerablemente con el paso de las horas y el cielo había vuelto a teñirse de un tono blanco oscuro que no presagiaba nada bueno.

—Puedes dejar las cosas ahí —dijo señalando hacia la pequeña habitación del fondo.

Étienne dejó el abrigo, el violín y su mochila donde ella le indicó y a continuación, regresó al salón. Encontró a Briana haciendo hueco en un rincón bajo el amplio ventanal, lugar en el que quería colocar el árbol de Navidad.

—Espera, te ayudaré a mover la mesa —dijo él acercándose a la joven y ayudándola a hacer más espacio—. Tienes un gusto excelente, es muy bonito el apartamento.

—Gracias… Siempre me ha gustado la decoración.

Poco a poco, fueron colocando uno a uno todos los adornos sobre el árbol. El cambio que dio fue increíble, pasando de ser tan solo un abeto verde a ser una fuente de luz y colorines, bolas, caramelos de regaliz y muñequitos de nieve colgantes. Había comprado un calcetín para cada uno de los miembros de su familia y con cuidado, los fue colgando en el alféizar de la ventana. De repente, cayó en la cuenta de que Étienne en ningún momento le había hablado de sus navidades y quiso averiguar el motivo.

—¿Con quién vas a pasar tú las fiestas? —preguntó mientras se dirigía a la cocina dispuesta a preparar algo rápido para cenar.

Étienne la siguió hasta allí con paso tranquilo, observando todo lo que encontraba a su alrededor. Llegó a la cocina y se asombró al encontrarse con un espacio tan amplio, diáfano, limpio y despejado.

—*Uau*… —exclamó impresionado—. Es preciosa. Si fuera mía, me pasaría todo el día aquí metido.

—¿Te gusta cocinar? —preguntó ella justo antes de descorchar una botella de vino.

—¿Bromeas? ¡Me encanta cocinar! Aunque ya sabes que mi especialidad son los postres…

Briana sonrió divertida ante la expresión del joven, natural e improvisada, y sirvió un par de copas de vino.

—Si me dejas puedo ayudarte con la cena… Es lo mínimo que puedo hacer después de que me hayas invitado.

Briana lo miró durante algunos segundos, pensando en lo bien que sonaba aquella propuesta. Tenía un gran dilema en su interior, pues sus padres siempre le habían dicho que a los invitados había que tratarlos como tal. Sin embargo, no tuvo tiempo a reaccionar, pues Étienne ya se estaba atando un delantal que encontró colgado detrás de la puerta. Briana sonrió y acto seguido, hizo sitio a su lado para que él también pudiera colaborar.

Étienne cogió una cebolla y buscó entre los cajones de utensilios algún cuchillo con el que cortarla. Cuando encontró el que creyó perfecto, colocó la cebolla

sobre la tabla de madera y puso sobre ella el filo del cuchillo, aunque sin llegar a cortarla.

—¿Qué haces? —preguntó Briana extrañada.

—Le estoy pidiendo mentalmente que se porte bien y no me haga llorar, sino perderé todo mi *glamour*, como tú dices. Y aún te estoy conquistando, no puedo permitirme una encerrona de esa magnitud…

Briana estalló en una sonora carcajada y Étienne la miró sonriente, feliz por haberla hecho reír de nuevo. Cuando recuperaron el aliento, volvieron a ponerse de nuevo manos a la obra. Briana preparaba unos canapés sencillos y miraba de reojo la manera en que él estaba cortando la cebolla. Entonces, sorprendida por lo que estaba viendo, se giró hacia él hasta quedar justo a su lado, controlando la sonrisa que peleaba por escapar de sus labios y que, finalmente, estalló en una nueva carcajada.

—No tienes ni idea de cocinar, ¡¿verdad?! —dijo muerta de risa ante el estropicio que estaba haciendo con la cebolla.

Étienne la imitó y se giró hacia ella también, con un par de lágrimas amenazando en rodar por sus mejillas y alguno de sus sexys y sensuales mechones cayendo alrededor de su rostro. Intentó poner el semblante serio, pero al ver la cara de Briana le resultó imposible y se le escapó la risa haciendo que ella aún se carcajeara más.

—Vale, lo reconozco —dijo dejando el cuchillo de nuevo sobre la tabla—, las cebollas no son mi especialidad… Pero hago unas pizzas de muerte. Ya verás, déjame un minuto y el teléfono de la pizzería más cercana y tendrás la mejor pizza que hayas probado nunca.

Briana, divertida por el comentario, quiso empujarle con delicadeza poniendo la mano sobre su pecho. Sin embargo, Étienne fue rápido en su movimiento, la asió por la muñeca y aprovechó el impulso de la chica para acercarla hacia él. Con la misma inercia, sus cuerpos quedaron pegados el uno junto al otro, pudiendo sentir entonces el pecho del otro sobre el suyo propio. Étienne no pudo soportarlo más y de nuevo, la besó. Briana acogió el gesto con impaciencia y respondió a sus hambrientos labios con la misma intensidad. Caminaron dando tumbos por el pasillo, sin despegarse en ningún momento el uno del otro. A tientas, llegaron hasta su habitación y el joven, que abría de tanto en tanto los ojos para no hacerse daño o tropezar con nada, la dejó caer con asombrosa exquisitez sobre la cama, quedando tumbado sobre el fino y estilizado cuerpo de la chica.

Parecía que la temperatura hubiera subido de forma repentina o que sus cuerpos desprendieran fuego por cada poro de su piel. Étienne la acarició con dulzura, recorriendo con sus dedos su delicado y suave rostro. A continuación, bajó la mano por el cuello, provocándole de ese modo un escalofrío que hizo que se retorciera entera y se dejara llevar por una intensa y estimulante descarga. Briana sentía que su corazón palpitaba a un ritmo casi inverosímil y pensó que eso no podría significar nada bueno. Pero el corazón era sabio y solía entender más que la razón, así que decidió dejar de preocuparse por ello.

Con gran parsimonia, se atrevió a desatar la sudadera que Étienne llevaba puesta, dejándolo tan solo vestido con los tejanos y una camiseta de manga corta. Pudo distinguir una pequeña parte de un tatuaje asomando sobre su brazo —a la altura del bíceps— y que le llamó mucho la atención, puesto que aquello descuadraba por completo con la idea que ella tenía de los músicos, y más concretamente aún, de los violinistas.

Sus besos, tal y como siempre pensaba, sabían al más dulce y puro de los chocolates y aquello no hizo más que seguir embriagándola. Sin embargo, Étienne se dio cuenta de hacia dónde se estaban dirigiendo las cosas y dejó de besarla durante un momento para susurrar algo junto a sus labios, a una distancia de apenas un centímetro, sin dejar de mirarla ni un solo instante a los ojos.

—Briana, te he prometido que no venía aquí con segundas intenciones y pienso mantener mi palabra… ¿Entiendes lo que quiero decir con esto?

Ella, embriagada por el sabor de sus besos, meditó durante un momento el significado de aquellas palabras. De pronto, su rostro reflejó sorpresa y temor a partes iguales y se atrevió a hacer una pregunta sobre la cual, estaba segura de no querer saber la respuesta.

—¿Es que acaso no te gusto lo suficiente? —quiso saber con cierto temor en la voz.

—¡Claro que me gustas! Me tienes loco desde hace días… Pero antes te he hecho una promesa. Te he dado mi palabra como hombre y por mucho que gran parte de mí opine lo contrario —dijo señalando hacia sus dotes masculinas que evidenciaban el estado de su embriaguez por ella— no pienso incumplirla. Es cuestión de

principios… Y un hombre sin principios está condenado a morir en soledad. Solo espero que puedas entenderlo y no me eches de tu vida por ello.

Briana, sorprendida por lo que acababa de escuchar, y que jamás había imaginado que llegaría a oír en boca de un hombre, se sintió la mujer más afortunada del mundo. Cierto era que su fiera interior rugía con fuerza para desatar a la tigresa que llevaba dentro y saciar el hambre e instinto que la estaban poseyendo en aquel instante. Pero aquella declaración tan sincera, tan única y tan humana, le hizo ver que en ocasiones, cuando uno menos se lo propone, el universo es capaz de alinearse y conseguir así la felicidad de aquel que se creyera el más desdichado.

—Claro que lo entiendo… —dijo con una sonrisa, acariciando con cariño la mejilla del músico—. Gracias por aparecer en mi vida… y por encapricharte de mí.

—¿Qué te parece si volvemos al salón? —preguntó él antes de pasar con mimo su nariz por la zona que une el cuello con el pecho—. Allí tenemos menos posibilidades de caer en la tentación otra vez… ¿No crees?

Briana afirmó con un gesto y le dio un nuevo beso en los labios, esta vez más casto, aunque igual de dulce que todos los demás, y se incorporó junto a él dispuesta a dirigirse al salón.

Una vez allí, cogieron cada uno su copa de vino y se sentaron en el sofá. Étienne pasó su brazo sobre los hombros de ella y con cariño, le acarició cada uno de los mechones que encontraba a su paso.

—Eso que se ve allí fuera... —comentó de pronto Briana—. ¿Es nieve?

—Creo que sí… —contestó él fijando un poco más la vista hacia el ventanal—. ¡Está nevando otra vez!

—No entiendo qué está sucediendo con el tiempo… No es normal tanta nieve en Barcelona.

—Pues aprovecha y no le des más vueltas, un acontecimiento así no se repite muchas veces.

Briana se levantó y desapareció de allí durante unos segundos, pasados los cuales, regresó con un par de mullidas y cálidas mantas, cerró la luz a su paso y se acurrucó una vez más junto al hombre que aquella noche se había convertido —sin que ella fuera consciente— en su nuevo amor.

24

El despertador de Briana sonó a las seis y media como cada mañana. Abrió los ojos sobresaltada, con un fuerte dolor de cervicales. Tardó unos instantes en reaccionar y en darse cuenta de que se habían quedado dormidos en el sofá y que, efectivamente, Étienne aún seguía a su lado, dormido y con una expresión de inmensa serenidad en el rostro.

—Étienne —susurró moviéndolo levemente con la mano sobre su hombro—. Étienne, despierta. Debo ir a trabajar…

El músico abrió los ojos y la miró con dulzura, tratando de ubicarse y de poner un poco de orden en su mente.

—A esto sí que le llamo yo un buen despertar… —dijo sonriente mientras se soltaba la melena para a continuación recogerla de nuevo en una coleta a medio terminar—. Buenos días para ti también… ¿Qué hora es?

Briana se incorporó a gran velocidad del sofá, bostezó con cierta timidez y se dirigió con premura hacia el baño.

—Dame unos minutos, debo ponerme en marcha o llegaré tarde a la oficina. Puedes prepararte un café o lo que te apetezca, está todo en la cocina —dijo justo antes de encerrarse tras la puerta del baño.

Étienne se concedió unos minutos más para desperezarse antes de levantarse al fin del sofá. Seguía nevando fuera y la parte de calle que se podía observar desde el gran ventanal tenía la apariencia típica de un cuento de hadas. Con cuidado, dobló las mantas con las que se habían tapado durante la noche y las dejó en uno de los extremos del sofá. No hacía frío en el interior del apartamento, por lo que continuó con la camiseta de manga corta como única prenda, pues no sintió la necesidad de cubrirse con la sudadera. Se colocó la gorra sobre la rubia melena y se calzó las botas que había dejado junto al sillón.

Caminó hasta la cocina mientras se rascaba la nuca y una vez allí se quedó inmóvil en actitud pensativa. Momentos después, con la mente algo más despejada, empezó a buscar todo lo que necesitaba y se puso a preparar desayuno para los dos.

Cuando Briana salió del baño, corrió envuelta en la toalla hasta su habitación para ponerse uno de sus habituales trajes de chaqueta y pantalón. Sin embargo, aunque había pretendido pasar totalmente desapercibida, Étienne la vio a lo lejos, lo justo para sentir un escalofrío de placer recorriendo todo su cuerpo. Cuando hubo terminado, salió de nuevo a la sala principal y un olor a tostadas y café recién hecho inundó toda la estancia.

Apareció en la cocina momentos después y encontró al músico sentado en uno de los taburetes que había en una barra lateral que servía de mesa, con un par de platos con tostadas en cada uno de ellos, un bote de mermelada, una barra de mantequilla y un par de humeantes tazas de café.

—Ahora sí… —dijo sonriente indicándole con una mano que tomara asiento junto a él—. ¡Buenos días!

Briana sonrió también y dirigió la vista hacia su reloj de pulsera. Nunca desayunaba en casa puesto que solía ir muy justa de tiempo. Pero aquel día se había arreglado deprisa y aún disponía de media hora antes de salir corriendo en dirección a la estación de metro.

—Pensé que no sabías cocinar… —dijo juguetona mientras tomaba asiento a su lado.

—Bueno, la verdad es que cocinar no es lo mío. Pero no puedes negarme que las tostadas tienen una pinta deliciosa…

Briana sonrió de nuevo y untó en una de ellas un poco de mantequilla para luego ponerle por encima una ligera capa de mermelada.

—¿No tienes que ir a trabajar? —quiso saber ella, extrañada por la calma que irradiaba el joven.

—No… Tengo un horario bastante flexible. Iré más tarde.

—¿En qué trabajas? —se atrevió a preguntar entonces.

Étienne mordió un trozo de su tostada y la miró pensativo. A continuación, le dio un sorbo al café con leche y volvió a mirar a la joven.

—Soy compositor, por así decirlo. Creo mis propios temas y versiono otros ya conocidos.

Briana se asombró por lo que acababa de descubrir. Jamás había conocido a un compositor, de hecho, ni siquiera sabía qué era lo que aquello significaba.

—Pero, ¿trabajas para alguien? —preguntó extrañada.

—No.

—Eres todo un enigma… Lo sabes, ¿verdad? —dijo antes de levantarse y llevar el plato vacío hacia el fregadero—. Tenemos que irnos ya o llegaré tarde. Pero de esta no te librarás tan fácilmente, quiero saber más cosas sobre ti —añadió dándole un tierno beso en la nariz.

Ambos se levantaron y terminaron de poner en orden las cosas que habían utilizado. Se dirigieron hacia el comedor y allí cogieron todas sus pertenencias. Una vez lo tuvieron todo listo y se habían puesto los abrigos, cerraron las luces de casa y caminaron hasta la entrada. Sin embargo, el corazón de Briana se aceleró notablemente cuando, al ir a sacar las llaves de la cerradura, encontró un nuevo sobre blanco en el suelo. Étienne se dio cuenta de que la chica se había detenido y miró hacia el lugar en que ella tenía la mirada puesta.

—¿Qué es eso? —preguntó curioso.

—Nada… Debe de ser alguna felicitación navideña —añadió ella saliendo del paso airosa.

Recogió el sobre y lo guardó en el maletín, junto a su *iPad* y el resto de papeles de la oficina.

Cuando llegaron a la estación, se despidieron con un beso casto y rápido y se dirigieron cada uno hacia una dirección opuesta.

No habían quedado en nada en concreto, pero la casualidad quiso que aquella tarde ninguno de los dos apareciera por la cafetería, sin que el otro fuera consciente de ello pues, a pesar de todo lo sucedido, aún no habían intercambiado sus teléfonos móviles, ni ningún tipo de número o dirección electrónica de contacto.

Aquella tarde, Briana no pudo resistirlo más y acudió a una tienda de música del barrio, sobre la que previamente se había informado, en busca de algún regalo que hacerle a Étienne. No supo el motivo, ni tampoco esperaba ser correspondida del mismo modo por él, pero se sentía en deuda de algún modo con el joven músico que había decidido fijarse en ella y tratar de cambiar su día a día, convirtiendo todo lo que tocaba en una experiencia única y maravillosa.

Al final se decantó por un arco de violín en el que se dejó mucho más dinero del que esperaba gastar pero que adquirió con gran ilusión. Se lo envolvieron para

regalo con un enorme lazo dorado —a elección suya— y con una tarjetita con un Papá Noel dibujado, en la que escribió su nombre con mucha finura.

Con el paquete bajo el brazo, regresó a casa algo más tarde de lo habitual. Dejó el regalo a los pies del árbol y encendió aquellas lucecitas navideñas que ahora tan bien la hacían sentir. Se dirigió a su habitación y allí se puso algo de ropa cómoda para estar por casa. Se sirvió una taza de té hirviendo y se tumbó en el sofá, dispuesta a relajarse con la mente perdida entre las páginas de una buena novela, pues el día siguiente presumía ser muy ajetreado.

Sin embargo, tan solo disfrutó de media hora de tranquilidad ya que, cuando se encontraba justo en un punto clave de la historia, el timbre de la puerta —y sorprendentemente no el del portal—, sonó con insistencia.

—Ya va… —contestó ella en un tono fuerte para que la persona en cuestión pudiera oírla.

Se puso una bata de raso por encima con la intención de esconder el chándal que llevaba puesto, y sin echar antes un vistazo por la mirilla, abrió la puerta.

—¡Vaya! Veo que no has perdido ni gota de ese *glamour* que tanto te caracteriza... —dijo aquella voz tan conocida para ella y que logró arrancarle una sonrisa al momento.

Su piel morena, más bien mulata, hacía juego con aquellos ojos oscuros que tanto le gustaban. Era alto y robusto y con aquella expresión en el rostro que siempre irradiaba felicidad.

—¡Henry! —exclamó lanzándose a sus brazos y llenándole la mejilla de besos—. ¿Qué haces aquí? ¡Hace días que espero tu mensaje!

—Pues darle una sorpresa a mi amiga más preferida de entre todas las preferidas… ¿Lo he conseguido?

—¡Eres un pelota! —exclamó entre risas antes de volver a separarse de él para dejarle pasar—. ¡Claro que me has sorprendido! Adelante, entra, debes de estar helado.

—¡*Bah*! —profirió feliz mientras caminaba por el recibidor—. Aquí no hace frío en comparación con la temperatura habitual de Londres. ¡Vaya! Veo que las cosas te van muy bien por la *city*…

—No me puedo quejar… Ven, te enseñaré dónde puedes dejar todas las cosas.

Pasaron un par de horas poniéndose al día de los últimos meses. Henry le contó cómo iba todo por la sucursal de Londres, aunque ella ya lo sabía porque mantenía constante contacto con ellos. Sin embargo, Henry tenía a su disposición todos los cotilleos que a ella no le llegaban por teléfono, y ese fue su regalo estrella de la noche.

—¿Brian y Estella? ¿En serio? —comentó ella con los ojos casi fuera de las órbitas—. Eso sí que no me lo esperaba… ¡Pensaba que se metía en la cama del director!

—Pues no… Para que veas lo mal que está la gente… —añadió él dándole un sorbo a su copa de vino—.Y tú por aquí… ¿ya te has buscado a algún buen mozo que te alegre la vida?

—Yo no tengo de eso… —contestó restándole importancia al asunto—. Ya lo sabes.

—Sí, claro… Lo que tú digas.

Al día siguiente, llegada la mañana del veinticuatro, Briana fue a la sucursal durante un par de horas a cerrar unos asuntos que tenía pendientes y se tomó el resto del día libre. Henry la esperó en un bar que había cerca y cuando salió a su encuentro se lo llevó a visitar los puntos más importantes de la ciudad. Se hicieron divertidas fotos a los pies de la Sagrada Familia, la Pedrera, entraron al museo del Barça (equipo al que Henry veneraba) y por último, terminaron en el puerto marítimo, paseando con tranquilidad mientras disfrutaban de un buen chocolate caliente.

25

Subieron caminando por las Ramblas de Barcelona, dejando atrás elementos tan importantes para la historia de la ciudad como el *Gran Teatre del Liceu*.

Subieron hasta la Plaza de Cataluña y al fin, después de unas cuantas compras navideñas que Henry se empecinó en llevar a casa de Emma, entraron de nuevo en el metro con la intención de hacer transbordo un par de paradas más adelante.

A los pocos minutos, subieron las escaleras de la estación de metro de Diagonal. Tenían que dirigirse hasta la otra punta para coger los ferrocarriles, pero en el interior del túnel no hacía tanto frío. Una vez allí, se dejaron llevar por aquellas cintas transportadoras que te ayudaban a avanzar por el largo pasillo que separaba el metro de los ferrocarriles. Mientras avanzaban, siguieron comentando divertidos lo que habían visitado durante el día y echándole un vistazo a las fotos que habían ido haciendo con sus teléfonos.

Bajaron de la primera cinta y subieron a la segunda cuando, de repente, se escuchó el sonido de una música que llamó totalmente la atención de Briana. Era una de sus canciones favoritas: *Let it be*, de *The Beatles*. La había escuchado miles de veces y siempre conseguía el mismo efecto sobre ella: le erizaba todo el vello del cuerpo sin poder evitarlo nunca. Se dedicó a escuchar aquellas notas que tanto le gustaban, siguiendo mentalmente la melodía con una sonrisa en el rostro. Henry la dejó disfrutar de aquel momento de paz interior e hizo exactamente lo mismo que ella: escuchar aquella melodía que alguien estaba tocando con tanto sentimiento. Al fin, cuando la cinta acabó su recorrido, le vio a lo lejos. Era uno de aquellos músicos del metro a los que el ayuntamiento de la ciudad les permitía tocar en diferentes puntos colocados estratégicamente y cumpliendo siempre con un horario establecido. Estaba rodeado por muchísimas personas, hecho que le pareció realmente curioso, a pesar de que hubiera mucha más gente de lo habitual por ser Nochebuena. Sin embargo, pisaba aquella estación a diario y jamás había visto tal congregación de gente alrededor de uno de aquellos músicos.

—¿Nos acercamos? Suena realmente bonito… —dijo Henry con una sonrisa en los labios.

Briana asintió con la cabeza y caminó junto a él hasta el corro de gente que rodeaba al músico. Fue entonces cuando, paso a paso, su corazón empezó a latir con más fuerza. Su respiración se aceleró con cada una de aquellas notas. El violinista hacía vibrar el interior de toda esa gente provocando que, a pesar del número de personas que había allí, el silencio fuera sepulcral. Y fue entonces cuando le vio. Vio sus botas, sus tejanos caídos y su camiseta estampada con un dibujo cualquiera. Vio sus manos, delicadas y varoniles, moviendo con una dulzura casi hipnótica aquel arco que, frotado sobre su violín, emitía las notas más entonadas que jamás hubiera escuchado. Vio también su sonrisa, sus ojos cerrados, su melena atada en una coleta medio girada y su habitual sombrero negro.

Tuvo que agarrarse fuerte a la mano de Henry para no caer al suelo en ese momento. «¿*Étienne era un músico callejero*?», se preguntó a sí misma asombrada por tal circunstancia.

Henry, que no entendía la reacción de su amiga, quiso esperar a que el joven terminara la actuación. El músico era increíblemente bueno y se merecía el apoyo de todas las personas que aquella noche estaban dedicando unos minutos de su tiempo a valorar su talento. Sin embargo, Briana empezó a caminar a gran velocidad, alejándose de aquel lugar mientras sentía que su corazón amenazaba con detenerse en cualquier momento. Deseó con todas sus fuerzas que Étienne no la hubiera visto y en ningún momento supo si aquello habría sucedido, o no. Henry, por su parte, viendo que perdía de vista a su amiga, se acercó al chico y tiró sobre la funda del violín un billete de cinco euros, una propina mucho mayor a la que aquellos músicos estaban acostumbrados a recibir.

Étienne abrió los ojos en ese instante, dedicándole al joven una de sus tiernas y sinceras sonrisas. Pero el chico ya se encontraba de espaldas, a unos cuantos metros de distancia. Siguió tocando sin parar, nota tras nota, sin dejar de deleitar al público con aquella canción que todos los presentes sin duda conocían. Pero la había visto. Briana estaba allí —pues sin duda alguna supo que era ella—. La distinguió caminando a lo lejos a paso ligero, con el otro chico siguiéndola tratando de no perder su rastro. Sintió un fuerte pinchazo en su interior y continuó tocando sin parar, tratando de difuminar el dolor que sentía en su corazón a través de aquellas notas que endulzaban a muchos otros.

Si el joven que ahora la seguía le había estado escuchando, es que Briana había estado ahí. Si había estado ahí, estaba seguro de que le había visto. Y si le había visto… había decidido esconderse de él.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué has salido corriendo? —se atrevió a preguntar una vez ya estaban dentro del vagón.

—Nada, tonterías mías… No me gustan las grandes multitudes, ya lo sabes —dijo tratando de evitar el tema.

Henry se dio cuenta de que ella no quería hablar de aquello y prefirió dejarlo correr, pues la conocía demasiado bien para saber que, si continuaba insistiendo, acabaría por soltarle alguno de sus bufidos.

Llegaron a casa de su hermana pasado un rato. Allí estaban todos, como cada año. Los padres de Briana y Emma, los de Juanjo y la pequeña de la casa. Briana presentó a Henry —de quien todos ya habían oído hablar— y le acogieron en la familia como a uno más.

Fueron sirviendo los entrantes y por último, se sentaron todos alrededor de la gran mesa. Emma había hecho un trabajo de decoración excepcional. Se notaba que disfrutaba en aquellas fechas.

Comenzaron a cenar poniéndose al día y contando alguna que otra historieta de cuando eran pequeños, de lo traviesa que era Briana y lo controladora que era Emma con ella. Los padres de Juanjo también soltaron alguna de las trastadas de su hijo, que junto a su primo, solía acabar con algún que otro mueble o cristal roto.

—Pues, hablando de cosas curiosas, no sabéis lo que nos ha pasado hoy. Aún estoy un poco alucinado —comentó Henry al resto de los comensales con su típico acento inglés.

—A ver, cuenta —añadió Juanjo esperando cualquier cosa tratándose de su cuñada.

—Estábamos viniendo hacia aquí en el metro, cuando nos hemos encontrado con uno de aquellos músicos que se ponen a tocar a veces en las estaciones. Os puedo asegurar que era el músico más bueno de todos los que he podido escuchar en un sitio de estos. Había muchísimas personas allí mirándole, disfrutando de sus notas y de su fina melodía —añadió con cierto tono meloso en la voz—. Me encantó la versión que estaba haciendo de *Let it be*. Sin embargo, Briana ha decidido volverse loca en ese momento y echar a correr hacia el andén. No sé qué mosca le ha picado, pero aún me tiene alucinado.

Briana, que miraba a su plato como si aquel contuviera el mayor secreto del mundo, sintió la mirada de su hermana taladrándola desde el asiento que quedaba justo enfrente de ella. Emma le sostuvo la mirada durante unos segundos —que a Briana se le antojaron interminables— y al fin, entendiendo perfectamente qué era lo que allí sucedía, decidió que había llegado el momento de tomar parte en aquel asunto.

—Briana, acompáñame a la cocina, hay que traer más platos.

La joven levantó la cabeza y la miró directamente, soportando el gesto acusatorio que desprendía el semblante de su hermana.

Caminaron las dos hacia la cocina, dejando al resto de los presentes un poco extrañados por su repentina ausencia. Sin embargo, siguieron con lo suyo preguntándole a Henry muchísimas cosas sobre Londres y diferentes anécdotas del tiempo que Briana y él compartieron allí.

—¿Es él? —preguntó Emma sin más preámbulos una vez hubo cerrado la puerta de la cocina tras ellas.

—No sé de qué me hablas…

—¿Por qué has huido de allí, Briana? —siguió inquiriéndola su hermana— ¿Era él? Freud es el músico de la cafetería, ¿verdad?

—En realidad se llama Étienne… —añadió en un tono más bajo.

—¿Por qué has huido de Étienne, Briana? No te lo repetiré más veces…

—No he huido de él… —intentó defenderse sin ningún éxito.

—¡Contesta! —exclamó la otra cogiéndola por sorpresa.

Briana permaneció en silencio, incapaz de encontrar una respuesta razonable a la pregunta que le estaba realizando su hermana.

—Joder, Briana, llevas días hablando de él. Te cambia la cara cada vez que piensas en él y en la sonrisa con la que tanto detalle me has descrito. ¿Te daba miedo que te viera con Henry? ¿Era eso?

—No… No tiene nada que ver con él —añadió sintiéndose cada vez más abrumada.

—¡¿Entonces?! —exclamó de repente usando un tono aún más enérgico.

—¡Pues porque no sabía que era un músico callejero! —exclamó de pronto levantando la voz más de lo que había creído y sacando por fin el motivo por el cual había salido corriendo al verle esa tarde.

—No me lo puedo creer… —añadió Emma dando un par de vueltas por la cocina y pasándose la mano por el pelo—. Pero, ¿es que acaso te has molestado en preguntarle de qué trabaja? ¿Te has parado a pensar en que quizás esa no sea su única fuente de ingresos? ¡No sabes nada de él!

—¿Es que no te das cuenta? —volvió a decir la pequeña en un tono aún elevado—. Uno solo se pone a tocar en el metro cuando no tiene ninguna otra fuente de ingresos. Joder, que trabajo en un banco. ¿Cómo pretendes que afronte esta situación?

—¿Me estás diciendo que no puedes intentar nada con una persona que no tenga un trabajo tan bien pagado como el tuyo? —añadió sin dar crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Tan materialista eres?

—¡No! Lo que te estoy diciendo es que no puedo estar con una persona sin trabajo. ¿Cómo podríamos seguir adelante? ¡Eso es insostenible!

—Joder, Briana, que no todo es blanco o negro. Tú misma le has escuchado tocar, por el amor de Dios. Según lo que Henry ha descrito, ¡es un diamante en bruto! —exclamó llamando más aún la atención de su hermana—. Lo que deberías hacer es plantearte cómo puedes ayudarle, si es que verdaderamente no tiene trabajo y te importa el chico de verdad. Pero no, tú solo estás pensando en tu imagen. ¿Te crees mejor por vestir cada día con un traje de marca? No todo el mundo tiene la misma suerte que tú y por lo visto, Étienne es un claro ejemplo de ello.

—Emma, me estás tachando de algo que no soy… ¡No se trata de vestir de marca o de tener una nómina astronómica!

—Ah, ¿no? ¿No estás hablando precisamente de eso?

—Emma, por Dios, ¡estaba tocando en el metro! —exclamó aún fuera de sí, tratando de justificar su metedura de pata de alguna forma posible—. ¡En el metro!

—Mira, bonita, te voy a decir una cosa y sé que no te va a gustar en absoluto —añadió con severidad—. Lo de Pablo fue un golpe muy duro y jamás lo negaré. Pero desde que todo aquello pasó no has vuelto a afrontar la vida del mismo modo. Ahora tienes la oportunidad de volver a intentarlo con alguien a quien, por lo visto, le gustas tal y como eres. ¿A qué narices estás jugando?

26

—Emma, necesito meditarlo con calma… —dijo después de unos minutos de silencio.

—A ver, cielo —continuó su hermana apaciguando un poco el ambiente, ya que Briana parecía muy afectada—. Sé que debes de haberte llevado una tremenda impresión… Creo que nunca nos habíamos planteado la posibilidad de poder salir con alguien del que desconociéramos gran parte de su vida… Sin embargo, puede ser que Étienne no tenga dónde vivir… o puede ser que sí. Incluso puede ser que tenga algún otro trabajo… como también puede ser que viva de lo que gana en el metro. Eso no lo sabemos —continuó diciéndole mientras le acariciaba con cariño la mejilla—. Solo tú tienes la posibilidad de aclararlo con él.

—Tengo miedo… —añadió tras meditarlo durante unos instantes.

—¿De qué tienes miedo? —quiso saber su hermana con una sonrisa conciliadora.

—De todo lo que me está pasando. De lo que estoy sintiendo por él y de lo que podría llegar a sentir…

Emma sacó un vaso del armario y lo llenó de agua antes de tendérselo a su hermana, que amenazaba con echarse a llorar ahí mismo.

—Necesito irme a casa y estar sola —sentenció Briana después de darle un largo sorbo.

—Ni lo sueñes. Hoy es Nochebuena y Henry ha venido expresamente para pasar este día contigo. Mañana regresa a Londres y no puedes hacerle esto. Además, hoy viene Papá Noel y hemos dado demasiadas vueltas por la ciudad en busca de esas malditas muñecas como para que no estés en el momento de dárselas a Paula. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por ella…

Briana asintió con la cabeza y le hizo un gesto con la mano pidiéndole tan solo un poco de tiempo para estabilizarse y tranquilizarse de nuevo.

—¿Y si me vio huir? —preguntó descolocando por completo a Emma.

—¿Cómo dices? ¿Crees que pudo verte entre tanta gente?

—No lo sé… Pero, ¿y si lo hizo?

—Pues entonces debes arreglar esta situación cuanto antes, porque no creo que verte desaparecer le sentara muy bien.

Briana se sintió abatida en ese mismo instante. Si Étienne la había visto, después de todo lo que le había hecho sentir a su lado, estaba segura de que no habría encajado nada bien su primera reacción al descubrir su secreto. Sin embargo, quiso tranquilizarse a sí misma pensando en que existía una posibilidad muy pequeña, casi nula, de que el músico pudiera haber reparado en su presencia y mucho menos de que la hubiera visto marchándose de allí a toda prisa.

Pasaron el resto de la velada con tranquilidad. Briana y Emma volvieron a la mesa tras un rato de charla en la cocina y se encontraron a Henry y a Juanjo haciendo de las suyas, como si llevaran siendo amigos toda la vida.

Terminaron de cenar más tarde, disfrutando todos de la grata compañía familiar. Sin embargo, Briana continuaba sin poder quitarse a Étienne de la cabeza y eso la estaba martirizando por dentro.

Después de entregarse los regalos y de compartir algunas anécdotas e historietas más, llegó el momento de regresar a casa. Era muy tarde y en la calle volvía a nevar, por lo que decidieron coger un taxi con la intención de llegar lo más rápido posible, a pesar de que Juanjo se hubiera ofrecido también a llevarles en coche.

Al llegar, Henry se dio cuenta de que a su amiga todavía le pasaba algo y decidió tumbarse con ella en el sofá, con el propósito de hacer un poco de terapia como tantas veces habían hecho en Londres, y que siempre les había ayudado tanto.

—A ver, *Darling* —comentó dejando aflorar aquel acento inglés que tanta gracia le hacía a ella—. ¿Me puedes contar qué ha sucedido con el músico para que salieras de allí corriendo tan deprisa?

Briana le miró de reojo y continuó en silencio durante unos instantes, pensando en la manera más rápida de contarle lo sucedido. Al fin, pensó que lo mejor era contárselo todo —con detalles incluidos—, para que Henry pudiera darle su opinión al respecto, pues eso seguramente sí que le serviría de ayuda.

—Mira, Briana. Te conozco desde hace tres años y he tenido la suerte de ver cómo muchos chicos se morían por tus huesos mientras sus ilusiones se veían frustradas con tan solo uno de tus bufidos. Te has mantenido al margen de los hombres desde que Pablo te dejó plantada, cosa que me ha parecido íntegra y honorable por tu parte, aunque a veces me entraran ganas de espabilarte un poco. Sin embargo, necesitabas ese espacio para ti y así lo has estado cumpliendo hasta el día de hoy —dijo el joven con aquella seriedad que tanto gustaba a Briana—. No obstante, sea por el motivo que sea, has permitido la entrada de ese chico en tu vida, porque así lo ha pedido tu corazón. Lo que no puedes hacer ahora es dejar que esto se estropee por el mero hecho de que pienses que es una cosa, cuando ni tan solo has comprobado que, efectivamente, así sea.

—Y si resulta que sí es cierto… ¿y es un músico de la calle?

—¿Tanto miedo te da eso?

—No lo sé… No sé si debería darme miedo o no, ni tampoco sé lo que debería sentir ahora mismo.

—¿Te gusta? —preguntó Henry dejándola un tanto sorprendida, pues tuvo que pensar con detenimiento la respuesta antes de poder contestar nada más.

—No estoy segura…

—¿No estás segura? Briana, por favor. Lo primero que debes hacer antes de poder continuar con todo esto es poner en claro tus propios sentimientos. Si ni tú misma eres capaz de saber qué sientes por él, ¿cómo vas a saber qué debes hacer con este tema? —añadió Henry ahora un poco más serio—. Debes plantearte seriamente si te gustaría continuar viéndole y que os siguierais conociendo… o si prefieres que todo termine, ahora que aún estáis a tiempo de que no duela tanto.

—¡Sí que me dolería no volver a verle más! —exclamó de golpe en un tono más alterado que el que había estado usando hasta el momento, lo que le permitió darse cuenta de forma sencilla sobre lo que verdaderamente sentía su corazón.

—Me parece que tú misma te acabas de responder con esa afirmación… —continuó su amigo mirándola con cariño y dedicándole una sonrisa cargada de complicidad—. No dejes que una tontería como esta arruine la historia que habéis empezado.

Briana le sonrió por última vez, ahora de forma mucho más serena, y a continuación, decidieron que había llegado el momento de ir a la cama, pues Henry debía coger un vuelo a las ocho de la mañana del día siguiente.

Después de una emotiva despedida en la estación donde cogería el tren que le llevaría directo al aeropuerto, Briana volvió a su apartamento con una sensación extraña en el cuerpo. Ver a Henry le había alegrado muchísimo —como siempre—, pues su sola presencia era de por sí reparadora y un motivo de alegría. Pero, por otra parte, junto a él había conseguido poner un poco de orden a sus sentimientos y lo único en lo que podía pensar en ese momento era en Étienne, en su despeinada y rubia melena, en sus dedos, finos y delicados, en su mirada, y sobre todo, por encima de todo ello, en su sonrisa, la más mágica y única de todas las que había visto en su vida.

Se encontraba en pleno Paseo de Gracia y tan solo eran las diez de la mañana. De repente, sintió un enorme deseo de ver a Étienne y de volver a besarle, de convencerle de que lo quería junto a ella y de saber si estaba enfadado por haberse marchado corriendo de allí, aunque no estaba segura de que la hubiera visto. Entró en la cafetería y echó un rápido vistazo al interior. Saludó a los camareros que había y les deseó felices fiestas, mientras dirigía la mirada por cada uno de los rincones sin éxito alguno.

Salió corriendo de allí tan rápido como había entrado y sintió que su corazón latía a una velocidad desmesurada. Caminó deprisa hacia la parada del metro y bajó las escaleras que la llevaban al túnel subterráneo donde estaban situados los andenes. Subió al primer convoy que llegó y bajó en la siguiente parada: Diagonal. Anduvo por el interior del largo túnel hasta que sus pies, incapaces de mantener el ritmo de los latidos de su corazón, empezaron a correr por encima de las cintas que ya de por sí facilitaban el paso. Recorrió el pasillo entero hasta que por fin, llegó al lugar donde los músicos podían tocar sus instrumentos durante algunas horas. Pero no tuvo suerte. Con el corazón en un puño, se detuvo a recuperar el aliento delante de un guitarrista que, a pesar de que no lo hacía nada mal, no tenía ni una cuarta parte del talento que había demostrado poseer Étienne la noche anterior. Le dejó una generosa propina sobre la funda de la guitarra y pudo ver cómo el joven sonrió feliz y agradecido bajo un sombrero de Papá Noel.

27

Llegó a casa un tanto aturdida y con ganas de encerrarse en el baño, meterse bajo el chorro de agua y sumergirse en la bañera hasta que esta lograra borrar de su piel el sofocante deseo que sentía por Étienne.

El día de Navidad lo pasó en casa de sus padres. Juanjo y Emma habían ido a su encuentro sobre el mediodía y habían comido juntos allí. Fue bonito y divertido, como cada Navidad, pero Briana continuaba estando un poco ausente, pensando una y otra vez dónde podría encontrar a Étienne. Emma se había dado cuenta de ello y tras intentar —sin éxito alguno— que su hermana volviera a hablar del tema, lo dejó apartado con la intención de no hurgar más en la herida durante un rato.

Llegó a casa sobre las diez de la noche y se sentía frustrada por no ser capaz localizar al músico de ninguna forma, pues continuaba sin disponer de su teléfono móvil o de algún tipo de dirección en la que escribirle. Fue a meter el pie dentro de la bañera, cuando recordó de repente que aún conservaba una carta que todavía no había leído. Se puso el albornoz por encima y cerró la puerta del baño para evitar perder el calor que inundaba la pequeña estancia. Corrió hasta su maletín del trabajo y la encontró entre sus papeles. Con ella entre las manos, regresó de nuevo al baño y se encerró en él con el objetivo de no salir durante un buen rato. Una vez dentro de la bañera, se sumergió con cuidado hasta dejar únicamente las manos y la cabeza en el exterior, sintiendo la temperatura del agua recorriendo todos y cada uno de los poros de su piel.

Abrió el sobre con cuidado y leyó las pocas palabras que aquel folio contenía.

¿Recuerdas las primeras navidades que pasamos juntos?

Fueron, sin duda, las mejores de toda mi vida. Tu sonrisa brillaba como la de un niño en la noche de Reyes.

En esa ocasión, su primer pensamiento tampoco fue para Pablo. Esta vez fue Étienne el que llenó su mente de sonrisas y de buenas vibraciones. Con él era capaz de ser feliz, de reír de la cosa más absurda, de experimentar nuevas sensaciones y de recuperar algunas que creía que jamás volvería a sentir. Deseaba pasar junto a él el resto de las fiestas, poder entregarle el regalo que con tanto cariño le había comprado y desearle un feliz año nuevo con el beso más sincero y cargado de amor que pudiera ofrecerle.

Sin embargo, allí estaba ella, sola, triste y leyendo una carta destinada a otra persona, cargada con el recuerdo de otra maravillosa experiencia que tampoco le correspondía.

—Qué cruel puedes llegar a ser cuando te lo propones, Karma… —susurró para ella misma en un tono de apatía y cierta amargura.

Salió de la bañera cuando empezó a sentir el frío calando en su interior. Se puso el cálido pijama que había traído con ella al baño y se calzó las zapatillas de estar por casa. Como no tenía ganas de cenar, ya que todavía se sentía empachada por la copiosa comida que habían tenido, se metió directamente en la cama con la intención de dormirse cuanto antes y cerrar así las puertas de su mente, que no paraba de trabajar a un ritmo demasiado productivo y que no le hacía ningún bien en esos momentos.

Briana agradeció no tener que ir a trabajar al día siguiente, pues no se encontraba con ánimos suficientes para afrontar una jornada entera en la oficina. Ese día había quedado con sus padres en ir a comer a su casa, pero al final les llamó excusándose de que tenía fiebre y que lo mejor sería pasar en otro momento a comer con

ellos. Tras convencerles, después de repetirles en infinitas ocasiones que no necesitaba que vinieran a ayudarla o a hacerle compañía, Briana decidió ponerse un chándal cualquiera y quedarse en casa con el único propósito de ver cualquier película que le apeteciera y hartarse a palomitas y Coca-Cola.

A media tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, decidió bajar a sacar la basura, el primer y único pretexto que encontró para salir y respirar un par de minutos el aire fresco antes de volver a tumbarse en el sofá y dejarse llevar por cualquier otra película. Decidida a no cambiarse ni siquiera de ropa, se puso un abrigo largo por encima y unas zapatillas deportivas que usaba en esporádicas ocasiones. A continuación, se puso el gorro por encima de la revuelta melena y se enrolló la bufanda alrededor del cuello. Casi irreconocible para cualquiera que, fruto la casualidad, se cruzara con ella, salió al exterior cargada con la bolsa y permaneció quieta unos segundos, respirando con gran parsimonia aquel aire gélido que golpeaba su rostro con suavidad. Había muy poco tráfico en la calle, apenas algunos coches y taxis que pasaban por allí. Comenzó a caminar en dirección a los contenedores de basura, observando cómo había oscurecido ya a pesar de que tan solo eran las seis y media de la tarde. Tiró la basura en el interior de uno de ellos y dio media vuelta con la intención de regresar, cuando un leve sonido procedente de allí mismo la hizo detenerse en seco y de forma brusca. Escuchó durante algunos instantes más, esperando a que aquel ruido volviera a producirse, mientras se acercaba otra vez a los contenedores. Fue entonces cuando lo escuchó y el alma se le partió de golpe. Sabía perfectamente qué era lo que estaba oyendo y las lágrimas comenzaron a resbalar por el rostro, cuando ni siquiera había logrado dar con el origen de aquel lastimoso llanto. Al fin, encontró una bolsa de basura que se movía de forma casi imperceptible. Se encontraba sobre una caja de cartón, tirada en el suelo de cualquier modo a la espera de que el próximo camión se la llevara por delante. La abrió con una prisa impropia de lo que estaba haciendo —pues de cara a los demás estaba rebuscando en la basura—, ajena a las pocas personas que pasaban por allí y que la miraban como si se tratara de una sin techo que busca desesperadamente algo que llevarse a la boca. Sus manos se movían rápidas y nerviosas, con un temblor que dificultaba mucho la labor. Al final, logró abrir la bolsa y encontró en el interior dos bolitas peludas que cabían sin problema en la palma de su mano. Se trataba de dos cachorros de perro que algún miserable y maldito energúmeno había decidido tirar a la basura buscando poner fin a sus vidas de forma desalmada y ruin. Tuvo que secarse las lágrimas que corrían por su rostro un par de veces antes de poder coger a los dos cachorros y llevárselos con ella hacia su casa.

Cuando entró en su apartamento, se dirigió hacia el radiador que tenía situado en el salón y los puso bajo el mismo para que los pequeños volvieran a coger temperatura lo más rápido posible.

Dejó el abrigo allí mismo y corrió en busca de algún jersey viejo que pudiera usar como manta para los cachorros. Encontró uno al fondo del armario de la habitación que usaba como vestidor y se lo llevó con ella al comedor. Con mucho cuidado, arropó con delicadeza a los pequeños perritos y sintió como un amargo escozor volvía a subirle por la garganta, convirtiéndose a su paso en una enorme arcada. No podía entender de ninguna manera cómo todavía podía existir gente tan inhumana en el mundo. Aquello era una crueldad y nadie que pudiera cometer tal atrocidad merecía ni un mínimo de respeto por parte de los demás.

Parecía que los cachorros comenzaban a tranquilizarse poco a poco, seguramente debido al calor reconfortante que debían empezar a sentir en sus diminutas extremidades. Sin embargo, en ese momento cayó en la cuenta de que no tenía nada que darles de comer y de que aquel día estaban todas las tiendas cerradas. Así pues, cuando dio con una solución, volvió a ponerse el abrigo y salió en busca de alguna farmacia que estuviera de guardia en la que poder comprar leche en polvo para bebés. A pesar de que había comprobado que los cachorritos no tenían intención alguna de moverse, les hizo una especie de barrera con unos cartones que tenía por casa y se marchó de allí corriendo para dejarlos solos el menor tiempo posible, aunque le pareció que ahora ambos dormían serenamente.

Regresó en apenas unos veinte minutos y se los encontró de la misma forma en que los había dejado, acurrucados el uno sobre el otro como si de un solo perro se tratara. Había comprado un bote de leche y también un biberón de los más pequeños que pudieron darle. Preparó un poco de aquella solución láctea y se acercó a ellos con sumo cuidado.

Los despertó con dulzura para que no se asustaran y cogió primero a uno de ellos. Le costó un par de intentos que este cogiera el biberón con su pequeño hocico, pero al final consiguió que tomara un poco de leche. Cuando el cachorro ya no quiso más, se quedó dormido casi al momento sobre sus brazos. Briana sintió un nuevo pinchazo en lo más profundo de su alma y se juró a sí misma que se ocuparía de que aquellas dos bolitas de pelo que ahora estaban a su cargo no volvieran a pasar hambre ni les faltara nada nunca más. Repitió el mismo proceso con el otro cachorro que, al igual que su hermano, también se quedó dormido sobre sus brazos. Antes de volver a dejarlos juntos de nuevo, comprobó que se trataba de dos machos y permaneció un rato a su lado en actitud pensativa. «*¿Qué podía hacer con ellos?»,* pensó en ese momento.

Como los cachorros se habían quedado dormidos de nuevo, decidió tumbarse un rato en el sofá para así estar cerca de ellos y poder vigilar si lloraban de nuevo. No estaba dispuesta a dejar que sufrieran ni un minuto más de sus cortas vidas.

Pasó un buen rato pensando en la solución que podía encontrar para ellos. Que hubieran aparecido en su vida de aquella manera y sobre todo, por aquellas fechas tan especiales, seguramente era cosa del destino. Los miró desde allí arriba y sonrió feliz por verlos dormidos, respirando una paz que seguramente ella era incapaz de imaginar. Estuvo tentada de llamar a Emma y contarle lo sucedido, pero prefirió no hacerlo hasta que no hubiera decidido cuál iba a ser el futuro de aquellos cachorros.

28

Esa noche la pasó entera en el sofá. Despertó al día siguiente en la misma posición en la que se había dormido pero, por suerte para ella, era sábado y no tenía que ir a trabajar hasta el lunes, lo que le dio un valioso tiempo para pensar qué era lo que debía hacer con los cachorros. Volvió a darles de comer durante todo el día y en pocas horas ya pudo empezar a observar el cambio que los pequeños habían experimentado. Descubrió que sí que habían empezado a caminar, aunque aún eran bastante torpes. Le hizo mucha gracia verles caer de morros contra el suelo y volver a levantarse, moviendo constantemente el rabito y haciéndole saber así lo contentos que estaban. Jugó con ellos cada una de las veces que estaban despiertos y los perritos parecían felices por ello.

La noche llegó sin darse apenas cuenta de ello. Durante todo el día los había ido poniendo sobre papeles de periódico para que pudieran hacer sus necesidades ya que no quería bajarlos a la calle y arriesgarse a que cogieran frío. Era de noche y Briana se encontraba tumbada en el sofá con ambos cachorros sobre el estómago. La miraban embelesados, como si no existiera nada más bello en el mundo. Sin embargo, en ese momento cayó en la cuenta de que aún no les había puesto ningún nombre.

—¿Cómo os podríais llamar? —les dijo con una sonrisa en los labios, consciente de que ninguno de los dos podía entenderla.

Lo pensó durante algunos instantes antes de decidirse por nada en concreto. A continuación, los miró de nuevo con detenimiento, primero a uno y después al otro, hasta que de pronto, su rostro se iluminó con una nueva sonrisa. Los señaló con el dedo y finalmente, escogió al que le parecía que tenía más cara de gamberro.

—Tú te llamarás *Freud* —le dijo dándole un delicado golpe con su dedo índice sobre la pequeña cabeza, recordando de forma fugaz la maravillosa sonrisa de Étienne a la que echaba tanto de menos.

—Y para ti aún no tengo un nombre pensado... Necesito algunos minutos más.

Briana dirigió la vista a su alrededor en busca de algo que le sirviera de inspiración. Sin embargo, su mente ya le había jugado una mala pasada y ahora solo era capaz de pensar en el músico y en todo lo que había sentido a su lado. Las horas pasaban y ella no hacía más que desear que él apareciera de nuevo por la cafetería o por su casa, pues esa era la única manera de volver a contactar con él.

Cada minuto que pasaba sin verle creía un poco más en la opción que menos deseaba que fuera real: Étienne la había visto aquel día y cada vez estaba más segura de ello. Sintió como se cerraba su garganta en un doloroso nudo con sabor a bilis que trató de evitar lo mejor que pudo. Después de un par de días desde lo sucedido, había tenido un montón de horas para pensar en el grave error que cometió aquella tarde y en lo culpable que se sentía por haberse permitido a sí misma pensar de aquella manera tan ruin. Étienne le había demostrado que era un hombre dulce, sensato y una persona con unos principios muy claros. Aunque existiera una mínima posibilidad de que todo aquello no hubiera sido más que una fachada, cosa que dudaba en exceso puesto que, si lo único que hubiera querido era llevársela a la cama, ya había tenido la oportunidad de hacerlo y la había rechazado, Briana se sentía en deuda con él por todo lo que la había ayudado y sobre todo, por todo lo que le había hecho sentir a su lado.

De repente, dirigió su mirada hacia el árbol de Navidad y se acordó del regalo que aún continuaba allí apoyado, esperando a la llegada de su legítimo dueño. Entonces, miró de nuevo al cachorro que aún no tenía nombre y con una sonrisa en los labios, lo bautizó también.

—Y tú, te llamarás *Arco* —afirmó dándole también un golpe muy suave en la pequeña cabecita.

El lunes llegó al fin y el día en la oficina se le antojó mucho más lento de lo habitual. Estaba deseando llegar a casa para poder acercar a los cachorros al veterinario y que así los observara un profesional. Salió a gran velocidad de la estación con la intención de dirigirse directamente hacia su casa, puesto que Emma tampoco iba a acudir a la cafetería durante aquella semana. Sin embargo, después de meditarlo durante unos segundos, al llegar a su calle torció a la derecha y no a la izquierda, que era el sentido que debería haber tomado si lo que pretendía era llegar hasta su apartamento. Llegó a la cafetería unos minutos después y tal y como había hecho un par de días atrás, echó un vistazo rápido en busca de cualquier signo que indicara que Étienne se encontraba allí. Sin embargo, allí no había ni rastro de él.

Se dio media vuelta y anduvo cabizbaja de nuevo hasta su casa. *Arco* y *Freud* empezaron a llorar y a ladrar cuando escucharon el ruido de la puerta al abrirse y Briana se sintió feliz por aquel recibimiento. Los perritos habían intentado tirar las cajas de cartón que les mantenían recluidos en el espacio que la joven había habilitado para ellos. Limpió los periódicos sobre los que habían hecho sus necesidades y los cambió por otros nuevos.

Antes de marcharse a la oficina esa misma mañana, había dejado preparada en la cocina una caja de cartón en la que metió una mantita que había comprado justo al salir de trabajar, en el bazar chino que había situado a unos pocos metros de allí. A continuación, metió con cuidado a los dos cachorros y salió una vez más por la puerta en dirección a la clínica veterinaria en la que había pedido hora un rato antes.

—Se encuentran perfectamente los dos —dijo el veterinario después de realizarles a ambos un chequeo completo—. Parece que sus cuidados han dado un excelente resultado. Están fuertes y sanos, pero debe continuar con esta delicada atención para evitar que puedan bajarles las defensas. El hecho de haber sido separados de la madre a una edad tan temprana es peligroso y puede influir mucho en su crecimiento —dijo mientras le tendía un bote de leche especial para cachorros para que la cambiara por la que le había dado hasta ahora—. ¿Ha pensado ya qué es lo que quiere hacer con ellos?

Briana negó con la cabeza, pues seguía teniendo muchas dudas sobre el destino de los perros. Nunca se había planteado tener una mascota en casa, y mucho menos dos. Sin embargo, aquellas dos bolitas peludas de color negro le habían robado el corazón y no estaba segura de sentirse preparada para alejarse de ellos. En un momento de lucidez, había pensado incluso en quedarse ella con uno y regalarle el otro a Paula el día de Reyes, pero estaba segura de que Emma se pondría hecha un basilisco cuando viera al animal en su casa.

—Puede darlos en adopción, si quiere. Nosotros mismos nos podemos encargar de buscar algún dueño para ellos...

—No, gracias. Por ahora prefiero continuar siendo yo misma la que les cuide y les alimente como es debido. Ya se han acostumbrado a mi casa y después de lo que han vivido, no quiero que vuelvan a creer que les están abandonando... —añadió mientras acariciaba con ternura la cabeza de los dos animalillos.

El veterinario se dio cuenta de lo mucho que Briana se había encariñado con ellos y no quiso insistirle más, pues aquella era una decisión muy personal y que tenía que tomar por ella misma de forma muy consciente.

—De acuerdo. Pero haremos una cosa, mientras estén con usted, quiero que me los traiga una vez cada dos o tres semanas, como mínimo hasta que cumplan los tres meses de edad, luego ya veremos cómo evolucionan. Así podremos ver que está yendo todo bien y que los cachorros crecen sin peligro alguno. No se preocupe, no le cobraré las visitas. Solo quiero asegurarme de su salud. Ha sido un gesto muy noble por su parte el quedarse con ellos y no permitir que murieran de frío aquella noche.

Briana sonrió agradecida por la atención de aquel hombre, que se notaba que amaba a los animales por encima de todas las cosas. A continuación, antes de marcharse de la clínica, cogió a los cachorros y los metió de nuevo en la caja, tapándolos tanto como le fue posible con la manta que había puesto en el interior de la misma.

Al llegar, los dejó de nuevo en su sitio y fue a prepararles un biberón de leche ya que volvían a estar hambrientos. Cuando terminó de darles de comer, se dirigió al cuarto de baño con la intención de desmaquillarse y ponerse algo de ropa cómoda, ya que no le apetecía volver a salir de casa. Sin embargo, tal y como entró en la pequeña estancia, se encontró de nuevo aquel sobre blanco que había leído un par de días atrás. Le dio algunas vueltas entre los dedos y lo leyó por segunda vez. Jugueteó con el mismo durante algunos minutos mientras pensaba en cuál podía ser la mejor solución, pues aquellas cartas amenazaban con empezar a volverla loca. Pensó en Claudia y por un momento dudó seriamente en si estaba haciendo lo correcto al esconderle toda aquella información. Pero no podía permitirse dar un paso en falso, pues eso podría provocarle mucho más daño a la joven del que ya debía albergar en el fondo de su corazón.

Fue en ese instante cuando vio de forma muy clara que la solución estaba en buscar la respuesta sin la ayuda de la joven para evitar así un error que seguro provocaría unas muy desafortunadas consecuencias. Así pues, aprovechó que aún no se había cambiado de ropa y se dirigió al piso de su vecina con el propósito de averiguar lo que ella pudiera saber sobre Víctor.

Llamó un par de veces al timbre y esperó allí de pie hasta que al fin, el sonido de unos pasos acercándose le hizo saber que había alguien en casa.

—Hola —dijo tímidamente a la chica que acababa de abrirle la puerta con un gesto extrañado en el rostro—. Soy la vecina de enfrente, Briana —añadió tendiéndole una mano cordial a modo de saludo.

La joven se la estrechó y le mostró una educada sonrisa, a la espera de que aquella le contara el verdadero motivo de ese extraño encuentro.

—Esto... Te parecerá un poco extraño lo que te quiero pedir, pero te aseguro que es muy importante para mí.

—Como no vayas al grano... —contestó la otra sonriente—. Dime, ¿en qué puedo ayudarte yo?

—Verás, es un poco complicado de explicar... ¿Conocías a la anterior inquilina de mi apartamento?

—Sí, claro. Claudia era una de mis mejores amigas —afirmó con un gesto raro en el rostro que logró descolocar a Briana.

—¿Era? —preguntó entonces, extrañada por aquel detalle.

—Sí... Para mí dejó de serlo el día en que le dio la patada a Víctor de aquella forma tan cruel.

—Deduzco entonces que conoces también a Víctor, ¿verdad?

—Sí. Lo que me sorprende es que tú también los conozcas... Jamás te había visto con ellos... ¿Quieres pasar a tomar algo? —ofreció la otra educadamente—. Por cierto, me llamo Teresa.

—No, gracias. Será tan solo un momento —añadió declinando la invitación con cortesía—. Lo que me gustaría es pedirte como favor una única cosa… Me gustaría localizar a Víctor y no tengo ni idea de dónde puedo encontrarle.

Teresa la miró con una expresión dubitativa en el rostro y a continuación, después de unos instantes de silencio, añadió:

—No te lo tomes a mal… No me pareces mala persona ni nada de eso, pero creo que no es correcto que te facilite su dirección sin tener ni idea de para qué la quieres. Víctor podría matarme por ello… —continuó tratando de excusarse de forma educada—. No ha querido volver a saber nada de ella ni de nadie que tuviera un mínimo contacto con Claudia.

—Tienes toda la razón y haces bien manteniendo su dirección en secreto. Pero creo que esto es importante porque no me cuadra con todo lo que me estás contando sobre él —Teresa levantó las cejas asombrada y continuó escuchándola en silencio—. Desde que me instalé en este apartamento he recibido diferentes cartas manuscritas en las que parece que su destinatario esté suplicando de alguna manera una segunda oportunidad. Solo quiero contactar con él para devolvérselas todas y hacerle saber que Claudia ya no vive aquí, para que pueda hacer con ellas lo que mejor le parezca.

Teresa la escuchaba con la boca abierta sin poder dar crédito a lo que acababa de contarle su vecina, pues nada tenía que ver aquello con lo que Víctor y ella habían hablado la última vez que se vieron. Pero claro, de eso ya hacía meses y era posible que el joven se hubiera arrepentido después de pasar el primer estadio de negación y odio hacia Claudia y lo que esta le había hecho. Briana pudo ver cómo Teresa se lo pensaba detenidamente y estudiaba las consecuencias de aquello.

—Te prometo que no le diré que has sido tú quien me ha proporcionado su dirección… —le dijo como si pudiera oír gran parte de sus pensamientos.

—¿Y por qué no me las das y se las hago llegar yo misma? —intentó negociar Teresa antes de ceder por completo.

—Me gustaría entregárselas en persona. Si existe un pequeño margen de error y aquellas cartas verdaderamente no son suyas, lo que apoyaría todas y cada una de las palabras que me has contado sobre Víctor, tendré que seguir buscando al remitente de las mismas… Y la verdad es que son un tanto personales… Espero que puedas entenderlo.

Teresa afirmó con la cabeza y le pidió que esperara unos instantes. Briana, satisfecha por la manera como habían ido las cosas, le hizo saber que allí estaría y esperó paciente a su regreso. Cuando Teresa volvió a aparecer por la puerta, le tendió un trozo de papel con una dirección y un teléfono anotados en él.

—Por favor, invéntate cualquier cosa. La ruptura fue dolorosa y Víctor no me perdonaría que le fallara de esta manera. Que conste que esto solo lo hago por él, para que se olvide ya de aquella pendeja.

—Gracias, Teresa, de verdad. No sabes cuánto significa esto para mí. Siento haberte molestado… Para cualquier cosa que necesites, ya sabes, estoy aquí enfrente —dijo señalando su puerta a modo de despedida.

Se dedicaron ambas una cordial sonrisa y tras unos instantes, desaparecieron cada una detrás de sus respectivas puertas.

29

Después de cenar se acomodó un rato en el sofá mientras controlaba a los cachorros, que empezaban a corretear de forma más alegre en su rinconcito.

Se entretuvo en varias ocasiones con el papel que contenía la dirección y el teléfono de Víctor. Estuvo tentada de llamarle, aunque finalmente no se atrevió. Junto al papel, había recopilado las cinco cartas que había recibido durante aquellas semanas. Se le hacía difícil pensar que hubiera encontrado la solución tan deprisa, pues estaba segura de que Víctor se encontraba detrás de aquellas cartas, a pesar de lo que Teresa le hubiera contado sobre él. Un hombre enamorado puede decir muchas cosas en un momento de orgullo propio, pero su corazón seguirá palpitando por un único motivo si la mujer que ama sigue siendo la dueña del mismo.

Tal y como había sucedido en los últimos días, se quedó dormida en el sofá, donde ya había dejado una manta preparada por si acaso se le ocurría hacerlo de nuevo.

Despertó otra vez con dolor de cervicales, aunque parecía que su cuello y su espalda empezaban a acostumbrarse a ese lugar. Dio de comer a los cachorros —que cada vez tenían mejor aspecto—, y fue directa al baño para peinarse y maquillarse antes de ir a trabajar.

Aquella tarde no pasó por la cafetería, pues su mente solo podía pensar en Víctor y en cuál sería la mejor forma de afrontar aquella situación. Decidió coger al toro por los cuernos y tal y como llegó a casa, tecleó el número indicado en su teléfono móvil y esperó.

—Hola. ¿Quién es? —quiso saber él.

—Hola. Me llamo Briana. ¿Es usted Víctor?

—Sí, yo mismo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá… —empezó a decir sin saber muy bien cómo continuar—. Me gustaría reunirme con usted, si le fuera posible. Se trata de un tema un poco delicado.

—Mire, señorita. No me suena de nada su nombre, así que le rogaría, por favor, que fuera un poco más directa. Estoy trabajando y no dispongo de mucho tiempo que perder.

Briana se sorprendió por la educación y autoridad del chico, que calculó que debía de ser un poco más joven que ella —por lo que le había dicho Claudia.

—Verá, soy la nueva inquilina de su anterior apartamento… El de la calle Pau Clarís. Encontré en él una cosa que me gustaría entregarle y que, sin duda, si es suya sabrá de lo que estoy hablando.

Briana escuchó expectante el silencio que se creó en ese momento y se sorprendió de que Víctor le contestara sin dar muchas más indicaciones.

—Dígame lugar y hora. Allí estaré.

—La cafetería Zúrich de la Plaza Cataluña —dijo después de haber meditado sobre un lugar que resultara lo suficientemente público y céntrico para que a ambos les fuera bien—. ¿Hoy a las ocho?

—Perfecto. Allí estaré. Dígame cómo podré reconocerla cuando la vea —añadió con el mismo tono de seriedad que había utilizado hasta el momento.

—Le esperaré de pie junto al quiosco que hay al lado de la parada del metro. Llevaré un abrigo largo oscuro y un gorro de lana marrón —dijo pensando en la ropa que llevaba puesta ese día—. Nos vemos luego, entonces.

—De acuerdo. *Ciao.*

Pasó el resto de la tarde mucho más nerviosa de lo habitual. En cierto modo, a ratos se sentía estúpida por lo que estaba haciendo. "*¿Y si Víctor no tiene nada que ver con esto?*", pensó para sus adentros. Llegó a creer incluso en la posibilidad de que alguien quisiera jugársela a Claudia y en que ahora se lo iba a hacer pagar al pobre Víctor, que suficiente había tenido ya con toda la historia de su exprometida.

Jugó durante un buen rato con los cachorros, permitiéndoles salir un ratito de su rincón para que así pudieran estirar las patas y aprender a corretear. Seguían siendo torpones y eso le hacía muchísima gracia. Trató de buscar diferentes tipos de cachorros en internet para descubrir de qué raza podía tratarse, ya que el veterinario le había comentado que, como mínimo, hasta que no fueran más mayores no podrían asegurar nada a ciencia cierta, aunque estaba seguro de que eran fruto de alguna mezcla. Lo que sí pudo concretarle fue el tamaño de los mismos pues, a partir de su peso, pudo comprobar que se trataba de dos cachorros de raza pequeña.

Se levantó del suelo dispuesta a merendar cualquier cosa que encontrara en la cocina, puesto que hacía horas que había comido y se sentía un poco hambrienta. Se preparó un par de tostadas con queso untado y un vaso de zumo de naranja. Se sentó en la barra que tenía instalada en la cocina e instintivamente, la imagen de Étienne le vino a la cabeza. No era capaz de entender por qué motivo no había vuelto a aparecer por ningún lado de los que solía frecuentar. Se había acercado en un par de ocasiones más por la cafetería —a la hora que siempre solía encontrarle por allí—, pero no encontró ni rastro de él. Pero lo que más le molestó fue, sin duda, que ni siquiera hubiera pasado por su casa para saber cómo le habían ido las navidades. Le dolía no poder contactar con él de ningún modo y le dolía mucho más aún pensar que se había alejado de ella por su culpa.

Cuando terminó de merendar, se enfrascó entre papeles y correos del trabajo con la firme intención de distraer sus pensamientos del músico, pues empezaba a sentir un fuerte dolor en su pecho al que quería poner fin cuanto antes. Sin darse apenas cuenta de ello, le dieron las siete y cuarto de la tarde y tuvo que ponerse en marcha, no fuera a llegar tarde en el último momento. Apagó el portátil y guardó todas las cartas en el interior de su bolso, ordenadas según la fecha en que las había ido recibiendo.

Salió a la calle después de haber dejado a los cachorros sobre su mantita y sin riesgo alguno de que pudieran corretear y perderse por la casa. Como hacía mucho frío, aunque hasta la cafetería en cuestión no tuviera nada más que un paseo, prefirió acercarse en metro y ahorrarse así un constipado gratuito.

Llegó con algunos minutos de margen aún y se dirigió hasta el lugar que le había indicado unas horas antes. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para pensar en cómo iniciaría aquella conversación puesto que un apuesto joven se acercó a ella casi en ese mismo momento.

—¿Briana? —preguntó con una voz masculina y muy acorde con su apariencia física.

—Sí, soy yo. Encantada, Víctor —dijo mientras le tendía la mano—. ¿Nos sentamos?

Anduvieron en dirección al interior de la cafetería y ocuparon una de las mesas que todavía quedaban libres. Briana le observó detenidamente durante algunos instantes. Era algo distinto a lo que se había imaginado, pero muy armónico con la imagen que proyectaba sobre sí mismo. Era alto y de complexión fuerte, con piel morena y pelo oscuro. Iba perfectamente afeitado y su cara, aunque de aspecto juvenil, dejaba entrever que se encontraba entre los veinticinco y los treinta. Vestía un elegante traje con una corbata oscura y llevaba una gabardina también del mismo tono con unos guantes de cuero negro. En conjunto, resultaba un joven muy apuesto y elegante, un chico que cualquier familia querría para su hija, menos la de Claudia, claro.

—Bueno, pues usted dirá —empezó el joven después de haber pedido un café con leche descafeinado.

—¿Le importa que nos tuteemos? —preguntó con educación antes de que él le contestara con un gesto afirmativo con la cabeza—. Verás, te he llamado

porque…

—Porque… —continuó él la frase que ella había dejado a medias, mientras hacía un gesto con las manos instándola a avanzar con lo que pretendiera decirle.

—Verás —dijo de nuevo tomando las riendas del asunto—. Debido a ciertas casualidades que ahora mismo no vienen al caso, conocí a Claudia hace algunas semanas. A raíz de ello, han aparecido ciertos elementos en mi vida que creo que no están relacionados conmigo, sino al contrario de lo que pensaba, creo que pertenecen a Claudia.

No se le pasó por alto el gesto de sorpresa de Víctor que, rápidamente, trató de disimular con la misma serenidad que había mantenido en todo momento.

—Entonces, ¿por qué me has hecho venir a mí? —quiso saber extrañado.

—Porque antes de hablar con ella de esto, prefería que me dieras tu opinión al respecto.

—Lo siento, Briana… Pero no entiendo qué es lo que estás intentando decirme —contestó reclinándose sobre el respaldo de su silla.

—La cuestión es que, desde el primer día en que me instalé en mi apartamento, he estado recibiendo una serie de cartas un tanto extrañas…

Víctor la miró con cara de sorpresa y eso la dejó aún más descolocada puesto que, o era cierto que no sabía de lo que le estaba hablando, o lo disimulaba muy bien.

—Al principio creí que eran de mi ex. Digo creí —añadió explicándose con más concreción—, porque en ninguna de ellas constaba remitente alguno, además de que su letra no era la que yo conocía. Así pues, como te iba diciendo, Claudia se cruzó en mi vida y pensé que aquellas cartas le correspondían a ella. Más o menos pude conocer parte de vuestra historia y fue en ese momento cuando creí que aquellas palabras habían salido de ti. Es por ello que hoy me he puesto en contacto contigo.

—Me vas a tener que perdonar, Briana, pero no entiendo nada de lo que me estás contando… Lo siento, pero me acabas de dejar un poco asombrado.

—¿Insinúas que no escribiste tú estas cartas? —preguntó un tanto alarmada.

Briana las sacó del bolso y se las dejó leer, una por una. Cada una que pasaba parecía causar aún más efecto en Víctor, que las leía a gran velocidad y con una inusitada cara de sorpresa.

—Yo no he escrito esto —dijo al fin dejándolas sobre la mesa—. Te lo prometo.

Alzó su maletín y lo colocó sobre sus muslos. Del interior, sacó una agenda de mano y la abrió por una página cualquiera antes de girarla y mostrársela a Briana.

—Mira —dijo señalando a la misma con el dedo índice—, esta es mi letra. Puedes comprobar por ti misma que yo no tengo nada que ver con todo esto.

Briana se quedó estupefacta por lo que acababa de descubrir. Efectivamente, esa no era su letra y Víctor no la estaba engañado. Sin embargo, si no eran de él y tampoco de Pablo —de lo que estaba segura al cien por cien—, entonces no tenía ni idea de quién podía esconderse tras aquellas cartas.

—Creo que acabo de romperte todos los esquemas, ¿me equivoco? —añadió después de que ella se hubiera sumido en un desesperanzado silencio.

—No… —empezó a decir sintiendo que su mente trabajaba a ritmos forzados—. Bueno sí. Creí realmente que eras tú quien, por error, seguía enviando estas

cartas a mi dirección.

—¿Y no pensaste en ningún momento en que yo podía estar al corriente de que Claudia ya no vivía ahí?

Briana sintió esa pregunta como un si un martillo la golpeara con dureza. *"¿Cómo no había caído en aquello que era tan evidente?*", pensó.

—No… —contestó con timidez—. Cabía la posibilidad de que creyeras que Claudia había vuelto a instalarse allí, ¿no? —añadió entonces tratando de darle un poco de sentido a su metedura de pata—. En definitiva, aquel piso continuaba siendo suyo.

—Sí, en eso último tienes razón. Pero Teresa me confirmó que el piso ya había sido alquilado unos días atrás, justo antes de que tú te instalaras en él.

—Siento mucho haberte molestado con todo este tema —volvió a añadir sintiéndose ahora aún más estúpida que antes—. Supongo que no habrá sido de tu agrado tener que reabrir ciertas heridas. Lo siento de veras.

—¿Cómo está ella? —preguntó de repente después de unos instantes de silencio y cogiéndola totalmente por sorpresa.

Briana lo miró con los ojos entornados y pensó en qué debía responder para no estropear aún más todo aquello, si es que aún era posible.

—Bien, supongo…

—Puedes decirme la verdad —añadió Víctor con gran solemnidad.

Briana tragó con dificultad, debatiéndose con ella misma sobre si debía contarle —o no— todo lo que Claudia le había explicado, ya que no sabía hasta qué punto él era conocedor del curso real de los acontecimientos.

—Sigue pensando mucho en ti —dijo al fin como única respuesta.

—Yo también me acuerdo muchísimo de ella —continuó el joven, ahora con un gesto de tristeza en el rostro—. De hecho, no hay día que pase en que no piense en ella, en su sonrisa y en lo bien que lo pasábamos juntos.

Briana sintió esa declaración como si una daga se clavara en su pecho. Echaba muchísimo de menos a Étienne y cada minuto que pasaba sin saber nada de él, una parte de su alma se desvanecía. Así pues, se tragó el orgullo y echó valor al asunto, sabiendo de sobras que se estaba metiendo donde no debía y que quizá, salía escarmentada de todo aquello. Sin embargo, tenía que intentarlo. Ya que con Étienne no podía contactar, como mínimo podía intentar que Víctor lo hiciera con Claudia.

—Escucha, Víctor… Perdóname si crees que meto las narices donde no debo, pero siento que tengo que hacerlo después de haberme visto envuelta en todo esto —dijo con timidez. A continuación, cogió aire de nuevo y le preguntó sin más preámbulos—. ¿Por qué no la llamas y hablas con ella un día de estos? Creo que necesitáis volver a encontraros, ahora que ha pasado el tiempo y las cosas se han enfriado bastante.

—No creo que sea buena idea. Claudia no querrá verme ni en pintura, ya me lo dejó claro en su día —dijo mirando al suelo con pesar—. Además, aún conservo un poco de dignidad después de lo mal que llegó a tratarme…

—Víctor, de verdad. Deberías hacerme caso. Si todavía la amas, habla con ella. Vuestros corazones merecen el perdón, aunque nunca más vuelvan a latir en un único compás.

Víctor levantó la mirada hacia ella, buscando en sus ojos la profundidad y el sentido de aquellas palabras. Pudo ver que la joven hablaba con total sinceridad y le sonrió con las pocas fuerzas que aún le quedaban.

—Debería irme a casa —dijo justo antes de comenzar a recoger sus pertenencias—. Muchas gracias por todo. Siento de verdad no haber podido ayudarte a descubrir quién te está mandando esas cartas.

—Gracias a ti. No te preocupes por ellas, seguro que alguien se está equivocando de piso—dijo con una sonrisa—. Y sobre lo de Claudia, solo te pido que lo pienses con detenimiento. Que tengas unas felices fiestas.

Víctor asintió con una discreta sonrisa, mucho más tímida que la de ella y que seguramente albergaba alguna esperanza después de haber escuchado sus palabras. Le deseó también unas felices fiestas y ambos se marcharon en direcciones opuestas, sumidos en sus propios pensamientos.

31

El resto de la semana pasó en apenas un suspiro. Ese fin de año lo disfrutó de forma calmada junto a los suyos, pidiendo a cada una de las estrellas del cielo, a las uvas de la suerte y a las copas de *champagne,* que Étienne regresara de nuevo a su vida, aunque fuera solo para decirle lo estúpida y egoísta que había sido por huir de él de aquella manera.

Arco y *Freud* comenzaban a sostenerse mucho mejor en pie y ya mantenían el equilibro durante más pasos, aunque cuando empezaban a corretear por el suelo continuaran dándose de bruces contra el mismo, provocando de ese modo continuas carcajadas a su dueña.

Briana le pidió a Emma si podía regalarle uno de los dos cachorros a Paula, a lo que su hermana respondió con una intensa negativa. Jamás le habían gustado los perros y eso le había acarreado una constante lucha con Paula, ya que desde hacía tiempo les estaba pidiendo una mascota que le hiciera compañía, pues continuaba desconociendo la existencia de su futuro hermanito.

Ese fin de semana lo pasó en casa, tumbada en el sofá, resguardada del frío que hacía fuera y bebiendo una taza de té caliente tras otra. Serían las cinco de la tarde cuando, medio dormida como se encontraba en el sofá, escuchó de fondo el timbre de la puerta. En un primer momento abrió los ojos instintivamente, intentando descifrar si aquel sonido provenía del mundo real o era fruto de su subconsciente. Sin embargo, el timbre volvió a sonar y su corazón se disparó, pasando de cero a cien en cuestión de segundos. Su primer pensamiento fue para Étienne, lo que consiguió remover todas y cada una de las mariposas de su estómago que llevaban muchos días adormecidas y sin dar señales de vida. Como no esperaba visita alguna, iba vestida con su habitual atuendo de estar por casa y con la melena revuelta y despeinada, cosa que no podía permitir que él viera.

—¡Un momento! —gritó mientras corría hacia el baño dispuesta a acicalarse un poco.

Unos minutos más tarde, volvió a correr hacia la puerta y cuando llegó, respiró profundo antes de abrirla, mientras se echaba un último vistazo en el espejo que había colocado en la entrada. Por último, hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta con una radiante sonrisa, que desapareció casi al mismo instante en que descubrió a la persona que había al otro lado de la misma.

—Hola, Claudia —dijo en un tono de voz que denotaba cierto grado de decepción.

—Hola, Briana…—saludó la joven con timidez—. Veo que no me esperabas a mí precisamente, ¿verdad?

—No te preocupes… Pensé que serías otra persona. Adelante, pasa. Hace frío ahí fuera —dijo invitándola a entrar con un gesto de la mano.

Claudia la siguió y se dirigieron hacia el comedor en silencio. Cuando llegaron allí, los cachorros asomaron la cabeza por encima de los cartones que les hacían de barrera y Claudia corrió hacia ellos con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Son tuyos? —le preguntó mientras cogía a uno en brazos.

—Los encontré hace unos días metidos en una bolsa de basura. Aún estoy pensando en qué debería hacer… —le contó mientras los miraba con ternura—. Pero la verdad es que son tan buenos que me cuesta hacerme a la idea de tener que deshacerme de ellos.

—¿Les has puesto nombre ya? —quiso saber dejándolo de nuevo en su sitio y acariciando ahora al otro.

—Se llaman *Arco* y *Freud*.

—Curiosos nombres…—añadió sonriente.

—Sí, supongo que lo son. Dime, ¿qué te trae por aquí? —añadió cambiando así de tema.

—Pues verás… Quizá no venga al caso el hecho de que me presente aquí para contarte esto a ti… pero intuyo que tienes algo que ver en ello, aunque no sepa aún en qué medida —dijo enrollando la bufanda nerviosa entre sus manos—. La cuestión es que el otro día Víctor me llamó.

Briana, que esperaba precisamente aquella afirmación —pues no tenía sentido que hubiera ido hasta allí para contarle otra cosa distinta—, puso cara de sorpresa, como si aquello no tuviera nada que ver con ella.

—Ah, ¿sí?

Claudia dejó caer ligeramente la cabeza hacia un lado y entornó los ojos con gracia, sabiendo que Briana, a pesar de que a duras penas se conocían, estaba fingiendo no saber nada al respecto.

—Está bien —reconoció al fin cuando vio que su intento no había dado resultados—. Fui yo quien habló con él. No quise decirte nada por si no tenía nada que ver con vosotros, pero supongo que ahora que ya sé que así es, puedo contártelo sin ningún problema. Puede que incluso puedas ayudarme.

Claudia enarcó las cejas sin comprender y Briana se levantó y fue a buscar todas las cartas que había ido recibiendo durante aquellas semanas.

—Mira —dijo entregándoselas cuando estuvo de nuevo a su lado—. Alguien las ha ido dejando bajo mi puerta y no tengo ni idea de quién puede ser.

—¿Creíste que eran de Víctor? —dijo echándoles un ojo por encima y leyéndolas a gran velocidad—. Vaya, son realmente sobrecogedoras…

—Por eso mismo. En un primer momento creí que eran de mi ex… Hasta que una de ellas decía algo que nada tenía que ver con lo que yo había vivido con él —añadió señalando a los folios distraídamente—. Ese recuerdo no pertenecía a Pablo, lo que me llevó a pensar que tal vez estuvieran destinadas a ti. Fue en ese momento cuando intenté localizar a Víctor para preguntárselo, pues no quería que lo pasaras aún peor si te las dejaba leer y creías que eran suyas…

—Briana… Hubiera reconocido su letra sin ningún problema, ¿no crees? —dijo tratando de no ofenderla con aquella obviedad.

—Ahora que lo dices… —añadió sonrojada—. Supongo que me estaban abrumando más de la cuenta. Pero no te preocupes, he llegado a la conclusión de que se están equivocando de vecina… Así que, tan solo esperaré a que sea quien sea, en algún momento se canse de escribirme —añadió ahora con una sonrisa.

—Me sabe mal, pero no sé de quién puede tratarse. No recuerdo ninguna historia de amor platónico en el edificio cuando yo vivía en él.

Briana hizo un gesto de comprensión y trató de restarle importancia con un gesto de la mano.

—¿Y bien? ¿Cómo fue volver a hablar con Víctor? —preguntó como si entre ellas hubieran alcanzado ya un cierto grado de confianza que les permitiera hablar con tranquilidad de esos temas.

Claudia levantó la cabeza y la miró durante unos instantes antes de atreverse a contestar.

—Fue… extraño, supongo. Cuando vi su número en la pantalla de mi teléfono me quedé aturdida al instante, pues para nada esperaba que pudiera tratarse verdaderamente de él… Pero así fue.

—¿Te sentiste mal por cogerle el teléfono?

—No... Mal no. Pero creo que me asusté… Sentí miedo de que me llamara para recriminarme lo que hice.

—Pero ha pasado ya mucho tiempo de aquello…

—Ya, pero no he sabido nada de él desde entonces.

Briana se levantó un momento y fue a por algunas patatas fritas que picotear. Cuando las dejó frente a ellas, Claudia cogió un par encantada y a continuación, continuó explicándole lo sucedido.

—Víctor quería saber cómo me encontraba y qué había sido de mí… ¿No te parece un poco extraño?

—La verdad es que no… Creo que él también lo necesitaba —añadió en actitud comprensiva—. Debes de tener en cuenta que para él, también fue difícil superar todo lo vuestro.

—Ya… Lo sé. ¿Crees que si le digo de vernos, accederá?

—¿Es que acaso no te lo propuso él mismo? —preguntó extrañada.

—No… No sé si fue porque no se atrevió o porque no quiso hacerlo… Pero la verdad es que me gustaría mucho poder hablar con él con tranquilidad —dijo con cierta nostalgia en la voz.

—Yo lo intentaría —afirmó con solemnidad, sabiendo que Víctor acabaría aceptando—. En definitiva, él ya ha dado el primer paso.

—Sí, supongo…

Se hizo un incómodo silencio mientras y ambas se quedaron mirando a los cachorros, que ahora jugueteaban a sus pies divertidos.

—Bueno, Briana. Siento haberte molestado por esta tontería. Necesitaba comentarlo con alguien y me encuentro atada de pies y manos en este sentido… Gracias de nuevo por abrirme las puertas de tu casa y recibirme así.

—No te preocupes —comentó la otra acompañándola educadamente hasta la puerta—, no es ninguna molestia. Intenta contactar con él, de verdad, seguro que los dos os lleváis una grata sorpresa.

—Por cierto, sé que no era a mí a quien esperabas… Pero si ves que él no da el paso… Sal tú a buscarle. No hagas lo mismo que yo.

Permanecieron unos instantes en la puerta, sosteniéndose las miradas y entendiéndose la una a la otra, sabiendo que a ambas les tocaba dar el paso en aquella que, seguramente, sería una de las decisiones más importantes de sus vidas.

Se despidieron al fin como si fueran algo más que simples conocidas y Briana cerró la puerta de su casa sintiéndose indecisa, pensando en las últimas palabras de

aquella joven que, sin pretenderlo, le había inspirado valor para salir a la calle en busca de Étienne.

32

Ni el sábado ni el domingo tuvo suerte en su búsqueda. El músico no apareció por ninguna parte y ella cada vez estaba más convencida de que le vio huir la noche del veinticuatro y por ello había decidido alejarse.

Era lunes y aquella era la noche de Reyes. Había quedado con Emma en que hasta el día ocho —día en el que tanto ella como Paula empezaban con sus respectivas obligaciones—, no se verían en la cafetería.

Sin embargo, aquel día Briana había terminado pronto su jornada y no serían más de las tres de la tarde cuando salió de la estación de Paseo de Gracia. Al llegar a su calle, estuvo tentada de dirigirse al local en cuestión. Tantas eran sus ganas que llegó a detenerse incluso durante algunos instantes en aquel cruce. Sin embargo, pensó que no le encontraría allí dentro, puesto que ya pasaban demasiados días de ausencia, y por ese motivo decidió girar en el último momento hacia la izquierda, en dirección a su casa.

Cuando llegó a su portal se sentía triste y enfadada, pues no lograba hacer desaparecer el sentimiento de culpa que se había instalado en su interior. Sin embargo, al abrir la puerta principal su corazón se disparó y empezó a latir a marchas forzadas, provocando que casi cayera de bruces contra el suelo a causa de la impresión.

—¡Étienne! —exclamó lanzándose directamente a sus brazos, sin apenas darle tiempo para levantarse de las escaleras donde la había estado esperando sentado.

—¡Eh! ¡Cualquiera diría que llevas esperándome toda la vida! —le soltó él abrazándola con cariño y levantándola del suelo entre sus brazos.

Briana se dejó hacer y sintió que el rubor la invadía de nuevo. No quería separarse de él. Sentía el calor de su cuerpo pegado al suyo, la calidez de sus manos en su espalda y el aroma de chocolate que desprendía su aliento rozándole el cuello con suavidad, pidiéndole a gritos que le besara como si no hubiera nada más en el mundo de lo que preocuparse. Cuando por fin se soltaron, Étienne le dedicó su eterna y perfecta sonrisa, haciendo que Briana sintiera que su cuerpo se desvanecía por momentos.

—¿Quieres subir? —le preguntó con amabilidad.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —respondió descolocándola por completo.

Briana entornó los ojos mientras le sostenía la mirada, queriendo descifrar lo que escondía aquella pregunta que tan extraña se le había antojado. Étienne no dijo nada, tan solo continuó mirándola mientras esperaba su respuesta. Dudó durante unos segundos más, pensando en lo que había sucedido en Nochebuena y en si aquella pregunta se referiría a ese suceso pero al fin, afirmó con un gesto de la cabeza y sonrió, tratando de poner fin a aquel momento de tensión que se había creado.

—Vamos, te prepararé algo caliente… —añadió con amabilidad.

Étienne cogió la funda del violín y se lo colgó a la espalda, así como también hizo lo mismo con su mochila bandolera. Subieron al ascensor y como el espacio era reducido y el joven iba cargado, se encontraron con que sin poder evitarlo, sus cuerpos habían quedado pegados el uno al otro. Étienne bajó la cabeza con cuidado sin dejar de sonreír y la miró fijamente, desviando su vista de los ojos a los labios de forma intermitente. Briana sintió el temblor en sus manos, esperando el momento en que él la besara con la misma ternura que lo había hecho días atrás. Sin embargo, eso no sucedió y su sentimiento de decepción no hizo más que incrementarse.

Llegaron por fin al ático y salieron del reducido espacio en el que se encontraban. Briana abrió la puerta y el aullido de los perros llegó al momento hasta ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó extrañado.

—Son *Arco* y… *Freud* —dijo con timidez, consciente de que él sabría de dónde había sacado ese nombre.

—¿*Freud*? —exclamó sonriente ante la ocurrencia.

Dejaron las cosas sobre la mesa del salón y Briana le enseñó los dos cachorros, que se movían inquietos en aquel pequeño espacio. Los dejó salir y les besó la cabeza con ternura, pues cada día que pasaba los quería más aún.

—Son preciosos…—comentó cogiéndole uno de las manos y colmándolo de mismos—. ¿Te los trajo Papá Noel?

—Podría decirse que sí…—añadió recordando con pesar la manera en que los había encontrado días atrás—. Algún malnacido los había tirado a la basura dentro de una bolsa… Por suerte los oí lloriquear y me los llevé a casa sin dudarlo ni un segundo. Llevan algunos días aquí y la verdad es que me hacen reír mucho. Son muy cariñosos…

Étienne observó a Briana juguetear con ellos y supo que aquellos dos bichejos no volverían a pasar hambre jamás.

—Te los vas a quedar, ¿verdad? —añadió más como afirmación que como pregunta.

—Creo que sí… No me siento capaz de separarme de ellos.

Étienne se dirigió al sofá y se sentó detrás de ella, que se encontraba en posición de indio en el suelo. La espalda de la joven quedó entre sus piernas y sintió de repente el contacto de sus cálidas manos sobre sus hombros. Étienne empezó a darle un suave masaje por encima del jersey, mientras ella sostenía a ambos cachorros entre sus brazos. Le apartó el pelo con dulzura y deslizó sus finos dedos por su nuca, provocando que ella se estremeciera por completo. Pudo ver su piel erizándose por momentos y entonces, se agachó sobre ella y la besó en el cuello con suavidad y pasión. Briana tragó con dificultad y sintió sus labios como un arma de destrucción que amenazaba con acabar con todos sus sentidos, nublándole la vista, enmudeciéndola por completo, haciendo que solo deseara que sus manos continuaran acariciando su piel.

—¿Estás bien? —le preguntó separando tan solo unos milímetros sus labios del cuello de la joven.

Briana volvió a tragar con dificultad, sin saber muy bien a qué se refería la pregunta. Un miedo atroz a estropearlo todo la invadió y prefirió no mencionar nada de lo sucedido en Nochebuena, por si acaso aquella pregunta no tenía nada que ver con ello.

—Sí… —dijo apenas en un hilo de voz—. ¿Y tú?

Étienne dibujó un camino de besos por su cuello y fue subiendo con mucha tranquilidad hacia su mandíbula, besándola del mismo modo y acercándose con peligro hasta sus labios, carnosos y sensuales, donde finalmente se perdió en un beso que no entendía de finales.

—No imaginaba que en pocos días pudiera haberte echado tanto de menos…

Briana sintió un nudo en el estómago y la imagen de Nochebuena seguía colándose en su mente de forma aún más perversa y amenazante. Se sintió mucho más culpable aún por lo sucedido y no pudo evitar que una lágrima resbalara por su rostro. Aprovechó el momento para abrazarse a él con fuerza, tratando por todos los medios de que el músico no se diera cuenta de lo que estaba pasando por su mente. Sin embargo, la emoción pudo con ella y sus sentimientos, que estaban a flor de piel, le jugaron una mala pasada y lo que en un primer momento había parecido una simple lágrima de alegría, se convirtió en un torrente de emociones que pugnaban por salir y alejarse de su cuerpo.

Étienne la abrazó y la dejó llorar, sin pedir explicaciones, sin preguntar nada al respecto. Tan solo continuó acariciándole el pelo, sedoso como ninguno otro que hubiera tenido entre sus dedos jamás. Metió su mano izquierda con delicadeza por debajo de la camisa que vestía la joven y sintió el calor de su piel cuando empezó a acariciarla con suma exquisitez. Briana sintió aquel contacto como una descarga eléctrica que hubieran conectado directamente a esa parte de su cuerpo y continuó

abrazada a él sin separarse ni un solo centímetro.

Ahora era ella la que tenía la cabeza hundida en su cuello y por primera vez, sintió con fuerza el aroma que desprendía el joven, que seguía siendo dulce, embriagador, casi hipnótico. Tal era la adicción que provocó aquel perfume, que Briana no fue consciente de que ahora era ella la que estaba recorriendo su piel con los labios, besándolo con anhelo, con una pasión y un deseo que necesitaban ser satisfechos. Con cuidado, metió las manos bajo el jersey del joven y sintió sus abdominales marcados bajo la ropa. Los recorrió uno a uno hasta llegar a su pecho, duro y definido como el resto de su cuerpo, salpicado por una fina capa de vello. Con su ayuda, le sacó el jersey con lentitud y lo dejó vestido tan solo con los pantalones y sus habituales botas. Enredó la mano entre su media coleta y sintió la suavidad de su pelo entre los dedos. Étienne, con ambas manos en la espalda de la joven, se dejó hacer por ella sin evitar en ningún momento el contacto y sin forzar nada más que no fuera lo que ella deseara. Briana se sentó sobre él a horcajadas, sintiéndose ahora mucho más cerca su cuerpo. El músico puso las manos sobre sus muslos y los acarició con extrema finura y delicadeza, sin sobrepasarse. Sin embargo, Briana sintió aquel contacto como un estallido de emociones que terminó de hechizarla y excitarla.

Sus besos se tornaron ahora mucho más intensos, cargados de intenciones que sobrepasaban el cariño inicial con el que habían empezado. Ahora fue él quien sintió el calor de la joven recorriendo cada parte de su piel centrándose en un punto en concreto, que evidenció su estado de embriaguez bajo el cuerpo de la joven. Briana, al sentirlo tan palpable entre sus piernas, notó que su respiración se agitaba contestando a aquellos estímulos de forma mucho más urgente y continuó besándole seductora, haciendo muestra de una seguridad que hasta ahora no había manifestado con él. Étienne continuó manteniendo el tipo, sin excederse en ningún momento, pero sus fuerzas flaquearon cuando Briana se desabrochó la camisa de seda y la dejó caer tentadora al suelo. El joven tembló en su totalidad, deleitándose ante aquella femenina y sensual perfección que tenía delante. Dejó caer la cabeza hacia atrás con cuidado, recostándola sobre el sofá, mientras se dejaba seducir por el contacto de la piel de la joven directamente sobre la suya, sin barreras. Sintió que todo él se erizaba y que tenía la respiración totalmente descontrolada. Briana continuó besándole el cuello, bajando con mucha parsimonia hacia su pecho, sin separar los labios de su cuerpo ni un solo instante.

—Briana, necesito que te detengas… —dijo en apenas un susurro, sintiendo que su cuerpo empezaba a no reaccionar ante su voluntad, respondiendo tan solo a los estímulos de la joven.

—¿Estás seguro? —dijo mientras deslizaba su mano despacio hacia abajo, dejando atrás el camino de vello que nacía en su ombligo y se dirigía hacia sus pantalones.

El joven músico afirmó con un gesto de cabeza —casi imperceptible— y se pasó una mano por el pelo mientras con una absoluta delicadeza, cogía el brazo de la chica para sacarlo de aquella zona de peligro a la que se estaba dirigiendo.

—No quiero que continuemos con esto hasta que estés realmente segura de que así lo quieres. No soy esa clase de hombre, Briana —dijo con una voz ronca, rompedora y muy sensual—. Eso no va conmigo.

Briana sintió aquella negativa como si la hubieran golpeado con dureza en el centro de su ser. Lo miró con los ojos entornados, incapaz de descifrar la expresión de su rostro, pensando a una velocidad de escándalo sobre aquello a lo que podía estar refiriéndose el joven.

—¿Acaso no te gusto lo suficiente? —preguntó de forma casi inaudible, esperando que la respuesta no terminara de destrozar la poca esperanza que quedaba en ella.

—Claro que me gustas… Sabes perfectamente que estoy loco por ti —dijo él mirándola a los ojos para asegurarse de que creía todas y cada una de sus palabras—. Pero quiero que estés segura de que yo también significo lo mismo para ti y que no dudes en ningún momento sobre lo que sientes.

Briana sintió aquellas últimas palabras como si el filo de un cuchillo se clavara con destreza en su pecho. De nuevo, la imagen de Nochebuena apareció sin permiso en su mente y se sintió abrumada por todo lo que estaba sintiendo.

Se levantó de golpe y caminó a paso ligero hasta el baño, donde se encerró durante algunos minutos. Se lavó la cara con agua fría y dejó que su respiración volviera a acompasarse, sintiendo el temblor de sus manos como una fuerte amenaza para su sistema nervioso. A continuación, salió del baño y anduvo hasta su habitación, donde buscó entre su armario alguna prenda más cómoda que ponerse. Ni siquiera se dio cuenta de que Étienne se encontraba ahora apoyado en la puerta, observándola con aquella mirada tan suya y que tan bien lograba entenderla. Se acercó a la joven con sigilo y la abrazó por detrás cuando aún seguía en ropa interior, sintiendo así de nuevo el tacto de su piel contra la suya y haciendo que sus emociones fueran aún más intensas y transparentes.

—Étienne… Quiero estar contigo —dijo ella girándose hacia él y mirándole directamente a los ojos, haciendo acopio de todas sus fuerzas y valentía—. No sé de qué manera aún, pero quiero conocerte y pasar más tiempo a tu lado. Quiero saber quién eres y enseñarte quién soy yo. Quiero seguir riéndome en medio de la calle como si nadie más estuviera a nuestro lado y eso solo lo he conseguido contigo. Quiero conocerte, saber qué es lo que te gusta hacer, con qué disfrutas y poder hacer

contigo todas esas cosas que mi cuerpo me pide y que solo quiero disfrutar a tu lado.

Étienne la miró fijamente, sin pronunciar palabra alguna, perdido en la inmensa profundidad de sus palabras y embriagado por la calidez que continuaba desprendiendo su piel.

—Por favor… Déjame saber quién eres —añadió casi en una súplica.

Étienne respiró profundo ante aquellas palabras y tuvo que aguardar unos instantes antes de poder contestar nada al respecto.

—Mañana vuelo a Francia y estaré allí durante un par de días. Ven conmigo —dijo de pronto, cogiéndola totalmente por sorpresa ya que esa era precisamente la respuesta que menos esperaba.

—¿Cómo dices? —se extrañó separándose ligeramente de él aunque sin desviar la vista de sus ojos.

—Unos amigos míos tocan en un concierto muy importante y voy a ir a verles. Acompáñame. Podemos pasar el día juntos y conocernos más, será una buena ocasión para hacerlo.

Briana se sintió mareada al recibir aquella petición. Hacía tan solo un momento estaba pidiendo explicaciones a Étienne por su vida y de golpe, sin venir a cuento, este le había pedido que le acompañara en un viaje. Nada de aquello tenía sentido.

—Étienne, me estás pidiendo que te acompañe a otro país. Ni siquiera sé tu teléfono móvil… ¿y me pides que te acompañe?

El joven, sacó de su bolsillo un *Smartphone* de última generación y buscó en la pantalla hasta dar con un teclado numérico.

—Dime tu número —dijo él entones, sorprendiéndola más aún.

Briana, tras dudarlo unos instantes más, le dijo su teléfono y observó como él lo apuntaba con diligencia. A continuación, el joven llamó a ese número y desde el comedor se escuchó el sonido de su teléfono indicándole la entrada de una nueva llamada. Étienne colgó deslizando la pantalla sobre la crucecita roja y volvió a guardarlo en el bolsillo de su pantalón.

—Ahora ya lo tienes. Acompáñame, por favor. Pediré habitaciones separadas y todo lo que creas que es necesario.

—¿Por qué no podemos vernos cuando vuelvas en un par de días? —preguntó ella con la duda instalada en su voz.

Étienne dio un par de pasos a cada lado mientras se pasaba una mano por el pelo y a continuación, volvió a quedarse frente a ella.

—Me has dicho que quieres conocerme, saber lo que me gusta, saber quién soy… Pues bien, soy músico y la música es mi vida. Este concierto es muy importante para mí y quiero enseñarte realmente quién soy, que me conozcas y que puedas saber si te gustaría seguir pasando tiempo a mi lado. No puedo separarme de la música y necesito enseñarte el valor que tiene para mí. Por favor, acepta mi invitación y acompáñame… Te prometo que te explicaré todo lo que quieras saber sobre mí.

Briana, que empezaba a sentir frío, se giró dándole la espalda un momento y se puso por encima una sudadera color beige con el logotipo de una universidad americana que tenía perfectamente doblada en el armario. Volvió a girarse, quedando de nuevo frente a él y permaneció inmóvil y pensativa durante algunos instantes, justo antes de volver a decir nada más.

—Mañana es el día de Reyes y debería pasarlo con mi familia… —añadió dando un nuevo paso hacia él para colocarle uno de sus rubios mechones tras la oreja.

Étienne cogió su mano con dulzura y le dio un casto beso cuando aquella llegó a la altura de sus labios.

—Piénsatelo... Por favor. Tienes tiempo de avisarme hasta las seis de la mañana. A esa hora cogeré el coche en dirección a Toulouse.

Briana hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sintió de nuevo el calor de los labios del joven sobre su frente. El beso se prolongó unos segundos más de lo esperado y Briana cerró los ojos, dejándose envolver por el suave aroma que emanaba de su cuello.

—Tengo que marcharme a casa… Debo arreglar unos asuntos antes de partir.

Briana le sonrió por última vez, sintiendo que algo moría en su interior cuando lo único que deseaba era gritarle que por favor no se marchara y volviera a dejarla sola. Le acompañó hasta la puerta y cuando estaban ya a punto de despedirse, los cachorros llamaron su atención desde la distancia, generando un gran estruendo cuando provocaron que el bolso de Briana cayera al suelo al haber tirado del asa del mismo mientras jugaban con las cintas de cuero que colgaban.

—¡*Arco!* —gritó desde la puerta, aunque fue incapaz de aguantar la sonrisa al ver al cachorro cabizbajo.

Se despidió de Étienne con un suave y muy corto beso y cerró la puerta a sus espaldas. Se dirigió como una autómata hasta el salón de nuevo y se sentó en el sofá. Sin saber muy bien qué pretendía con ello, cogió su *tablet*, abrió la aplicación de correo electrónico y tecleó rápidamente un mensaje a su amigo, el único que sabría ayudarla con todo lo que en ese momento estaba pasando por su mente.

Para: henrybrooks@gmail.com

De: brianaleal@gmail.com

Asunto: Necesito tu ayuda... ¡ya!

Hola castaña frita,

¿Cómo va por London? ¿Has sido lo suficientemente bueno como para que los Reyes te traigan algo? Como sé cuál va a ser tu respuesta, no hace falta que te preocupes, yo sí que he comprado algo para ti.

¿Sabes? Me he dado cuenta de que en poco tiempo te has convertido en mi pequeño Pepito Grillo… Ya no sé dar un paso al frente sin tu ayuda… (¡¡Ya te vale!!). No, en serio, gracias por estar siempre ahí.

Al lío… Hoy te escribo porque no hace ni cinco minutos que el mejor hombre que se ha cruzado en mi vida (sí, a excepción de ti, que ya sé que ahora mismo estás poniendo caras de troll en celo…jajaja) se ha ido de mi casa después de proponerme que me vaya con él dos días a Francia para ver un concierto de unos amigos suyos.

La verdad es que por una parte me encantaría hacerlo… Es dulce y encantador y en ningún momento se ha propasado conmigo (y oportunidades ha tenido, que te lo digo yo). Pero me asusta no saber nada más de él… ¿Qué debo hacer? Me da miedo hablarlo con Emma y que me haga más preguntas de la cuenta… preguntas para las cuales aún no tengo respuesta.

Desde que Pablo me plantó no he vuelto a estar con un hombre y Étienne consigue despertar todas las emociones y partes de mi cuerpo. Me paso el día pensando en él, en las ganas que tengo de verle y en lo tremendamente bueno que llega a estar (lo siento, si creías que eras el hombre más guapo del mundo, te ha

salido un enorme rival… Pero no te preocupes, siempre habrá un lugar para ti en mi corazón). De verdad, necesito que me ayudes a afrontar todo esto que estoy sintiendo, pues creo que mis emociones están empezando a perder el control.

Espero que te estés portando bien y no estés acosando a ninguna de tus modelos de calendario… Recuerda que sus vestidos no los diseñan ellas, no seas muy duro con eso, jejeje.

Un beso enorme de Barbie pensativa.

Te echo mucho de menos,

Briana.

Le dio a enviar y se levantó de allí, pues le resultaba imposible el permanecer quieta ni un segundo más. Caminó hasta la cocina y se preparó una taza de té negro humeante antes de regresar hacia el comedor, justo a tiempo para escuchar el sonido que su *tablet* emitía al recibir la notificación de un nuevo mensaje.

Para: brianaleal@gmail.com

De: henrybrooks@gmail.com

Asunto: RE: Necesito tu ayuda.. ¡ya!

Hola pistacho sin cáscara,

Menos mal que te dignas a escribirme, aunque sea para hablarme de otro hombre… ¡Ya no me quieres ni un poquito, abandonadora!

Y ahora, después de meterme contigo un poquito, vamos a hablar seriamente del tema.

No sé qué es lo que ha pasado entre ese violinista del metro y tú, y ahora mismo no es momento para que me lo expliques. Pero deja de marear la perdiz de una vez y ponte las pilas. Desde lo de Pablo, no te has vuelto a permitir disfrutar de tu feminidad, de tu esencia, ni tampoco de tu cuerpo. Ha llegado el momento de que lo hagas, de que abras tu mente y dejes que alguien entre de nuevo en tu vida.

No conozco a Étienne pero sí que pude ver en directo el efecto que causa sobre ti. Por Dios, Briana, ¡estuviste un buen rato hasta que recuperaste el habla! No sé qué tiene ese hombre pero ha conseguido hacerse un hueco en tu interior (y espero que esto solo sea en sentido figurado… ¿eh? Jejeje Bueno, no… En sentido literal también lo espero). Regálate a ti misma la oportunidad de disfrutar, créeme cuando te digo que te lo has ganado a pulso.

Por otra parte, si lo que te da miedo es el hecho de no conocerle lo suficiente como para dormir con él (aunque por lo que dices, ya habéis tenido oportunidad de intimar…) pide habitaciones separadas. De todos modos, Klaus está en la sucursal de Francia, puedes llamarle en cualquier momento si necesitas cualquier cosa. Sabes que no dudará en echarte una mano.

Confía por una vez en tu instinto y sigue tu corazón. Esta vez no voy a decirte lo que debes hacer… Sé que sabrás tomar la decisión más adecuada por ti

misma.

Espero un nuevo mensaje en un par de días. Más te vale que sea bueno.

Sabes que siempre serás mi patata frita favorita,

Un beso relleno de queso (Emmental, por supuesto),

Henry.

Briana sonrió ante las últimas palabras de su amigo. No sabía en qué momento habían empezado a decirse semejantes tonterías, pero no recordaba la vida sin ellas. Aquellas inspiraciones repentinas les habían sacado siempre una sonrisa, incluso en los momentos más duros, y se negaba a dejar de usarlas y cambiarlas por simples formalismos.

Dejó el dispositivo encima de la mesilla y dirigió la vista hacia los perros. No los encontró a la primera y al oír el repentino silencio que mantenía la estancia, le dio por mirar detrás del sofá a ver si andaban por allí. Los encontró durmiendo a los pies del árbol de navidad, al abrigo de los regalos que allí tenía preparados y bajo las centelleantes luces de colores que iban cambiando de intensidad de forma intermitente. Y entonces vio el paquete, y tras pensarlo durante algunos minutos, al fin sonrió, anduvo hasta allí y lo cogió entre sus manos.

—Creo que ha llegado la hora de que te entregue a tu próximo dueño —dijo mirando el paquete como si este pudiera entenderla.

Volvió de nuevo hacia el salón y cogió su teléfono móvil, decidida a enviar dos únicos mensajes antes de ponerse manos a la obra con la maleta.

El primero fue para Étienne, con un simple:

«Si todavía quieres que te acompañe, estaré en el portal a las seis en punto. 20:01».

Se detuvo unos instantes para mirar su foto de perfil y sintió un enorme cosquilleo al verlo con su violín. Era demasiado atractivo como para ser real.

Cerró la ventana de Étienne rápidamente y del mismo modo, escribió otro mensaje para Emma, esta vez un poco más largo.

«Este año no pasaré el día de Reyes con vosotros. Te juro que tiene una explicación y te prometo que te la contaré tan pronto como regrese. Me voy dos días a Toulouse, estate atenta al móvil. Invéntate cualquier excusa para papá y mamá y cuando regrese, te seguiré la corriente. Creo que he encontrado todo lo que estaba buscando en la vida en manos de un músico, poseedor de la sonrisa más perfecta que jamás haya conocido. Deséame suerte. Te quiero, hermanita. Por cierto, necesito que pases por mi casa durante los dos días. Hay un par de bolas peludas que requieren de tu atención. ¡Te lo compensaré! 20:09».

34

Faltaban cinco minutos para las seis cuando bajó al portal a esperar a Étienne. Había cogido varias prendas de abrigo, pues si en Barcelona hacía frío, estaba segura de que en Toulouse haría mucho más. Llevaba un gorro de lana beige y un abrigo de tipo plumón, largo hasta las rodillas —también de color marrón— aunque un poco más oscuro. Llevaba colgado su bolso y arrastraba una pequeña maleta de ruedas con diferentes prendas de vestir, ya que no sabía muy bien el tipo de ropa que necesitaría. Finalmente, entre sus manos sostenía el regalo de Étienne, pues aquello era lo primero que quería entregarle nada más verle.

De pronto, vio un gran todoterreno negro —nada menos que un Audi Q5, tal y como pudo distinguir más adelante—, acercándose hacia ella hasta detenerse justo a su lado. Era un coche lujoso y discreto, pero muy elegante. Sin embargo, no reconoció a su conductor hasta acercarse al vehículo.

—¿Es que te has arrepentido y ya no quieres venir conmigo? —preguntó él desde el interior después de haber bajado la ventanilla del copiloto.

Briana corrió sonriente hasta el vehículo, sintiendo a su paso un enorme cosquilleo en su interior. Dejó la maleta y el abrigo en los asientos de atrás y subió al asiento del copiloto, reparando en todo el lujo que rodeaba aquel vehículo.

—Toma, esto es para ti —dijo tendiéndole el regalo incluso antes casi de saludarle. Feliz día de Reyes… aunque fue Papá Noel quien te lo trajo.

Étienne cogió el regalo sonriente y su rostro se iluminó como el de un niño pequeño que no esperara recibir un regalo debido a su comportamiento.

—¿Por qué me has hecho un regalo? No era necesario… —dijo mientras lo abría. De pronto, su rostro se iluminó de una manera especial cuando descubrió el arco que contenía su interior. El acabado era perfecto y su brillo le confería una imagen aún más especial—. Vaya… Es realmente precioso… —comentó con la voz entrecortada—. No hacía falta que me compraras un arco tan… alucinante… Te ha debido de costar una fortuna.

—Me apetecía hacerlo —añadió como única respuesta, emocionada por haber conseguido sorprenderle de aquella manera—. Guárdalo con cariño y saca lo mejor de ti a través de él.

Étienne sonrió sin dejar de admirar su nueva adquisición. Con mucho cuidado, guardó el arco en el asiento de atrás y se acercó a ella hasta llegar a la altura de sus labios.

—Gracias, de verdad —dijo en un tono de voz ronco, suave y cargado de deseo, justo antes de besarla con dulzura.

Empezaron el viaje con cierta timidez. Los lapsos de silencio eran aún largos, hasta que poco a poco fueron encadenando una conversación tras otra y la naturalidad empezó a instalarse en el interior del espacioso vehículo, sobre el que Briana omitió comentar nada al respecto, con la intención de no sacar el tema de Nochebuena y el metro a flote.

Llegaron pasado el mediodía al centro de la ciudad de Toulouse, pues se habían ido deteniendo durante el camino a reponer fuerzas, desayunar y también para hacerse alguna que otra fotografía en algunos lugares que encontraron realmente bonitos. La plaza en la que estaba situado el Teatro del Capitolio era enorme, mucho más grande de lo que incluso se imaginaban, aunque por ahora, solo podían ver el lugar desde fuera. Era demasiado pronto y aún no había cola ni gente esperando por los alrededores.

—Permíteme un minuto, necesito hacer una llamada importante —pidió él disculpándose antes de alejarse de ella unos metros.

Briana le observó desde la distancia, admirada igual que la primera vez por lo atractivo que llegaba a resultarle el joven músico, con ese estilo tan peculiar y propio que tenía. Aún no había pasado un día en que no se hubiera recriminado a sí misma el haber huido de él de aquella forma en que lo hizo, pues ahora era incapaz de imaginarse su vida lejos de Étienne.

—Ya está —dijo al regresar junto a ella sacándola así de su ensimismamiento—. ¿Vamos a comer algo?

Briana afirmó con la cabeza y caminó a su lado en la dirección que él seguía. Sintió el vello de la nuca erizarse en el momento en que Étienne, con suma delicadeza, entrelazó sus dedos con los de ella, sintiendo el calor de sus manos como una llama de fuego que las envolvía. Briana sonrió para sus adentros y se sonrojó al verse capaz de sentir tal emoción con un gesto que siempre le había parecido tan natural y sencillo. Étienne, que la miraba de reojo con disimulo, se sintió feliz por seguir consiguiendo que ella se sintiera de aquella manera y que lo hiciera con aquella intensidad tan fuerte.

Cogieron el coche de nuevo y se dirigieron hacia otro punto de la ciudad, donde lo aparcaron y continuaron paseando a pie por allí. A Briana le encantaba todo lo que iba viendo a su paso, aunque sentía un frío extremo en cada parte de su cuerpo. Entraron al fin a un restaurante pequeño y familiar y tras pedir mesa para dos, se sentaron en el lugar que la camarera les indicó.

Briana, que no estaba acostumbrada a aquella sensación, sintió el pinchazo de los celos clavándose en su estómago cuando la joven camarera, que en ese momento estaba pidiéndoles la bebida, miró a Étienne de forma penetrante, con una sonrisa bobalicona y una expresión de lujuria instalada en su rostro.

—¿Qué te pasa? —preguntó él sin evitar reírse de ella una vez la camarera ya se había marchado, después de haber permanecido allí más tiempo del debidamente correcto.

—Nada… —comentó de pasada, queriendo disimular el repentino ataque de celos que la estaba comiendo por dentro.

Étienne no pudo evitarlo y sonrió de aquella manera tan seductora y propia de él, mostrando su perfecta y blanca dentadura haciendo que Briana se derritiera por completo allí mismo.

—Para de hacer eso —dijo señalándole con un dedo acusatorio.

—¿El qué? —contestó él juguetón, acercándose más a la mesa, apoyándose sobre sus brazos y manteniendo aquella excitante y deliciosa sonrisa aún más cerca de ella.

—Eso… —contestó Briana de nuevo, ahora con un ataque de repentina timidez y sonrojándose por completo, provocando así que él aún sonriera más.

Entonces, el joven alzó una de sus manos y empezó a deslizarla sobre la de ella, subiéndola por su antebrazo en una suave y delicada caricia, a la velocidad de una hormiga que correteara por allí libremente, provocando a su paso la más intensa de las descargas que un gesto tan simple le hubiera provocado jamás. Su garganta se secó casi al instante, pudiendo notar el escozor de los nervios subiendo desde lo más profundo de su ser. Su corazón incrementó el ritmo de sus latidos, como si de una danza equilibrada entre cuerpo y alma se tratara. Su respiración, que empezaba a agitarse del mismo modo, se aceleró acompasándose al latido de su corazón, provocando en ella un éxtasis de sensaciones que hasta ese día, había creído imposible llegar a sentir.

Su mirada, eclipsada por la fuerza de sus sentidos y emitiendo un brillo especial y único, se cruzó con la de Étienne, que la observaba absolutamente cegado por la pureza y transparencia de sus sentimientos.

Fue en ese momento cuando los dos se dieron cuenta de que lo suyo era mucho más que algo físico, sensual y carnal. En ese instante, en esa única milésima de segundo, sus corazones latieron al unísono, deteniéndose por un lapso de tiempo mayor al habitual, jurándose amor eterno sin que sus labios sintieran la necesidad de despegarse para pronunciar palabra alguna.

No hizo falta que Étienne se lo preguntara para saber que ella estaba pensando en lo mismo. Se levantó de la mesa de forma precipitada y se dirigió hacia la barra, donde pagó a la camarera —que continuaba mirándole embelesada— el importe de las dos botellas de agua que no habían llegado a probar y regresó de nuevo a la mesa. Briana había terminado de ponerse el abrigo de nuevo en ese momento y Étienne la cogió de la mano, ahora con una fuerza diferente, un calor aún más intenso y

con una promesa de amor explícita que selló con ese único y sutil gesto.

Llegaron al hotel y Briana se sorprendió del lujo que este desprendía. Rápidamente, un aparcacoches vino a su encuentro y Étienne le tendió las llaves de su Audi negro.

—Lleven el equipaje a la doscientos tres, por favor —le dijo mientras le entregaba las llaves y un generoso billete como propina.

Briana, que seguía sin entender cómo el joven podía permitirse todo aquello, continuó caminando cogida de su mano, siguiendo sus pasos firmemente y observando todos y cada uno de los detalles que podía encontrar a su alrededor. El hotel era increíblemente bonito y se respiraba calma por cada uno de sus rincones.

—Buenas tardes, señor Leroux —le dijo el joven que había en la recepción, debidamente uniformado y acicalado y con un perfecto acento francés.

—Buenas tardes —contestó él con educación en el mismo idioma.

—Aquí tiene la llave de su habitación. Espero que disfruten de su estancia.

—Gracias.

Briana, sorprendida por el dominio de Étienne de aquella otra lengua, continuaba caminando a su lado, dejándose llevar por él y sintiendo una extraña sensación de nervios en lo más profundo de su ser.

Llegaron a la segunda planta a gran velocidad. El pasillo estaba tranquilo y no había nadie más que ellos merodeando por allí. Étienne abrió la puerta y entraron los dos en una lujosa estancia.

La habitación estaba dividida en dos partes. A un lado estaba la cama, envuelta en un halo de seda y calidez. Al otro, había un salón con un par de sillones, un televisor y una barra de bar en un lateral. El baño quedaba entre ambos espacios, sirviendo a la vez como elemento separador.

—Vaya, esto es realmente increíble… —dijo Briana aún asombrada por lo que veían sus ojos.

Étienne, que ahora se había sacado la gabardina, la bufanda y su habitual gorro y lo había dejado todo sobre el sillón, se acercó a ella por la espalda y la abrazó con una ternura que consiguió desmontarla en cuestión de segundos.

—Feliz día de Reyes para ti también… Este es tu regalo —añadió el joven sonriente sin dejar de mirarla y disfrutar con su gesto de sorpresa y asombro.

Briana giró lentamente sobre ella misma, mientras sentía el reguero de besos que Étienne iba dibujando desde su nuca hasta su clavícula. Con suavidad, levantó el jersey que ella llevaba puesto y Briana se dejó hacer, facilitándole la faena. Cuando se lo quitó, se encontraban ambos ya de cara y sus labios se unieron como dos imanes atraídos por una fuerza superior a ellos.

Sus besos se tornaron sensuales y aventureros y querían experimentar rincones y sensaciones distintas a las que hasta ahora habían probado.

Briana puso sus manos sobre el pecho del joven, musculoso y definido incluso a través de la gruesa sudadera que llevaba puesta. La desabrochó lentamente, con mucha sensualidad, provocando que ahora fuera él quien se estremeciera por completo.

—¿Estás segura de continuar por ese camino? —dijo él con aquella voz rota mucho más profunda aún y haciéndole pensar en lo sucedido la tarde anterior. A continuación, acercó sus labios a su oído y continuó hablándole en un suave y rasgado susurro—. Pude parar una vez… incluso llegué a hacerlo en una segunda ocasión. Pero no podría volver a conseguirlo. Lo que siento ahora mismo me arde por dentro como una llama que necesita ser apagada… De lo contrario, creo que terminaré ahogándome por el deseo que albergo por ti desde hace tiempo.

Briana sintió aquellas palabras como un elixir de vida que la inundaba y la cegaba por completo. Volvió a besarle de nuevo, ahora con unas intenciones mucho más claras, diciéndole de aquella manera, sin necesidad de hablar con él, todo lo que le estaba haciendo sentir en aquel preciso instante.

Étienne pasó la mano por la delicada nuca de la joven y la besó con fuerza, con brío, con pasión. Le recorrió un intenso escalofrío al sentir su lengua jugueteando con la de ella. Briana, con un movimiento de ambas manos, le sacó la camiseta al músico, la dejó caer al suelo y se maravilló con aquel torso desnudo, definido y sudoroso que pedía a gritos el calor de sus manos. Étienne, que ya no podía soportarlo más, sin apartar la mano de su nuca, pasó la otra por la parte más baja de la espalda y con fuerza, levantó a Briana del suelo, haciendo así muestra de una fuerza que consiguió excitarla aún más, si es que eso era posible.

Con cuidado, la dejó caer de espaldas sobre la cama, mientras él se iba reclinando también sobre ella, lentamente, provocando así que su ritmo cardíaco trabajara a marchas forzadas. Con suma delicadeza, Étienne empezó a desnudarla, sin dejar de mirarla a los ojos ni un solo instante. Briana le observaba con cierta timidez mientras él se acababa de sacar los pantalones, y sintió que algo en su interior se moría al verlo vestido únicamente con aquellos bóxers de color negro que rezumaban sensualidad por todos lados. El joven se soltó un momento el pelo, dejando al vuelo una lisa y perfectamente cuidada melena rubia, que volvió a recoger rápidamente en su típica coleta a medio girar para que el pelo no le molestara a la cara. Allí mismo, Briana pensó que seguramente estaba soñando, pues creía imposible tener delante de sus ojos a aquel hombre que era pura atracción y lujuria para cualquier chica que lo viera. Sus abdominales definidos y ahora sudorosos, aquella espalda ancha y recia, y su altura, hacían de aquel cuerpo estilizado una delicia para cualquier mujer, y Briana era la única que estaba en poder de disfrutarlo.

El músico se agachó y fue directo hacia la cadera de la joven, justo hacia aquel punto en que sus muslos se unían con la parte más baja de su vientre. Briana creyó estar a las puertas del cielo cuando, de pasada, sintió el aliento de Étienne en aquella parte tan íntima y delicada de su cuerpo. Sin embargo, el joven no se detuvo allí y pasó de largo hasta encontrarse con su ombligo. En ese punto, empezó a dibujar sobre su cuerpo un reguero de besos que ascendían lentamente, con una parsimonia que le erizaba la piel segundo a segundo y la inundaba de un placer hasta ahora desconocido, y que deseaba que no terminara nunca.

Llegó a la altura de sus pechos y en un movimiento que a ella le sorprendió por lo casi imperceptible que llegó a resultarle, desabrochó el sujetador liberándolos de aquella presión y deleitándose por aquella imagen de una forma casi celestial. Jugueteó con ellos con una delicadeza y una ternura extremas que provocó miles de descargas por todo su cuerpo, haciéndola vibrar descontroladamente con cada uno de sus besos y caricias.

—¿Quién eres en realidad, Étienne? —dijo Briana en un susurro mientras enredaba sus dedos en la melena del joven, ahora casi revuelta por completo.

—¿Qué quieres decir con eso? —contestó él dirigiéndose directamente a sus labios y besándolos con una pasión capaz de dejar sin aliento hasta al más frío de los seres habitantes de la tierra.

—¿Cómo un músico de la calle puede pagar todo esto? —dijo separando sus labios solo lo estrictamente necesario para poder realizar aquella pregunta.

Étienne, con asombrosa elegancia, mordió el labio inferior de Briana y jugueteó con él con la misma pasión que había mostrado en cada parte de su cuerpo.

—Olvídate por un momento de quiénes somos, Briana. Deja de pensar en lo que te rodea —dijo mientras ahora le besaba con dulzura el lóbulo de la oreja y conseguía excitarla con su voz ronca de placer— y disfruta de lo que tu cuerpo te está pidiendo a gritos. Escucha el interior de tu corazón y dime qué es lo que realmente te dice…

Briana tragó con dificultad y se estremeció entera al sentir las manos del músico sobre sus muslos, liberándola de la última prenda de ropa que llevaba puesta.

—Quiero saber quién eres, Étienne… —continuó con un hilo de voz apenas audible por el joven mientras sentía sus manos deslizándose por encima del centro de su esencia y feminidad—. Porque eres lo mejor que me ha pasado nunca y ya no puedo imaginarme la vida sin ti.

Étienne, asombrado por la declaración de la chica, sintió una fuerte sacudida en su interior que se derramó y se esparció por el interior de sus venas, haciendo que la felicidad que sentía en aquel momento inundara la totalidad de tu cuerpo.

—Disfruta del momento, Briana… —añadió mirándola a los ojos con un brillo especial y que hasta ese instante aún no había mostrado—. ¿Confías en mí?

Briana asintió con la cabeza y observó cómo Étienne se acercaba de nuevo hasta su rostro, sin perder sus labios de vista, y susurraba algo junto a ellos antes de besarla de nuevo.

—Te prometo que esta noche responderé a todas las preguntas que quieras hacerme —añadió mientras se introducía dentro de ella con todo el amor que su corazón podía desprender, provocando que Briana se estremeciera entera en un estallido de sensaciones y deseara que ese momento nunca llegara a su fin.

Llegaron al teatro con una radiante sonrisa en sus rostros. Sus ojos brillaban con cada una de sus miradas y Briana tenía la mano apoyada sobre el muslo del músico, como si aquel contacto fuera necesario para continuar respirando.

El aparcamiento estaba lleno de vehículos y de gente que asistía a aquel peculiar concierto que Briana no terminaba de imaginar. La gente que esperaba para entrar vestía de forma muy elegante y aquello la sorprendió mucho puesto que, a pesar de que ella también lucía un bonito vestido de noche, Étienne no le había comentado nada al respecto.

—¿Sabes qué? —comentó el joven sin perder el volante y el asfalto de vista—. A pesar de que no me guste hacerlo, hoy entraremos por la parte trasera del teatro.

—¿Por donde los artistas? —comentó ella sorprendida por tal hecho.

—Sí. Suelo acompañarles a muchas funciones, así que no habrá problemas para entrar.

Briana se mostró entusiasmada con la idea y se dejó llevar. Se extrañó de la media de edad de los asistentes que por ahí caminaban, pues estaba acostumbrada a que lo predominante en los conciertos fueran jóvenes de veinticinco para abajo.

Llegaron a la parte de atrás y se encontraron con un par de fuertes y robustos vigilantes que custodiaban la entrada que permitía el acceso a aquella parte del establecimiento. Al verles a través del cristal, Étienne les saludó con la mano y los vigilantes abrieron la puerta con una sonrisa, saludándole a su paso.

Briana miraba sorprendida todo lo que el músico iba consiguiendo, como si aquella fuera su rutina habitual. Saludó a un par más de jóvenes del equipo técnico cuando se cruzaron con ellos y después de hablar con los mismos unos breves instantes, Étienne volvió hasta ella y la besó de nuevo con ternura.

—No podré enseñarte los camerinos y el *backstage*, pero he conseguido un par de asientos en primera fila con los que estoy seguro de que disfrutarás como nunca —dijo mostrándole un par de entradas de color rojo.

Briana se sentía igual de feliz que cuando era niña y estrenaba vestido nuevo, solo que ahora era de noche y tenía cerca de treinta años. Seguramente, el factor sorpresa que había creado Étienne estaba influyendo mucho en que eso fuera así, pues continuaba sin saber qué podía encontrarse al entrar allí dentro. Étienne volvió a ponerse el gorro y se enrolló de nuevo la bufanda de forma elegante pero informal, dándole ese toque rebelde que tan bien le sentaba.

Entraron por la parte trasera del teatro y ante ellos se abrió la inmensidad de aquel sitio. Llegaron hasta la parte del escenario y Briana alucinó como nunca por lo que estaban viendo sus ojos. El escenario era grande y estaba lleno de butacas situadas ordenadamente en forma de medio círculo. Frente a ella, había un pequeño podio elevado donde seguramente se colocaría el director de la orquestra.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él mientras la observaba sonriente por el brillo que desprendían sus ojos.

—Me encanta… ¡Es increíble! —exclamó juntando las manos en una expresión divertida.

—Vamos, te enseñaré nuestros sitios… ¡Seremos los primeros en sentarnos!

Ambos parecían realmente emocionados por todo lo que estaban viviendo ese día y por la intensidad con la que lo estaban haciendo. Se sentaron en los asientos que Étienne indicó y esperaron a que el tiempo pasara haciéndose todo tipo de mimos y carantoñas, como si la adolescencia hubiera vuelto a poseerles sin pedir permiso. Llevarían allí casi una hora cuando vieron acercarse hacia ellos a uno de los técnicos del concierto a toda prisa.

—Étienne… Tenemos un problema.

El músico lo miró con una expresión extraña y levantó una ceja alarmado.

—¿Qué sucede? —quiso saber él.

—Verás… Nos falta uno de los instrumentos de cuerda y después de estudiarlo hemos visto que podemos suplir su ausencia con un violín más… ¿Nos echarías un cable? —preguntó con una inocencia que conmovió a Briana—. Sé que no es el mejor día para pedírtelo… —dijo señalando y sonriendo discretamente a la joven antes de continuar—, pero te necesitamos.

Étienne afirmó con la cabeza y miró a Briana, que le observaba enternecida.

—No me importa en absoluto que vayas… Disfrutaré mucho más aún del concierto si te veo allí arriba. Parece una buena oportunidad para ti —comentó ella mientras recogía uno de sus despeinados mechones y lo echaba hacia atrás.

—Me llevo tu arco, así una parte de ti estará conmigo todo el rato.

Briana sonrió y Étienne la besó con dulzura, un beso que se prolongó durante algunos segundos, los necesarios para compensar el vacío que provocaba su ausencia a aquellos dos corazones enamorados, y que les supo como el mejor de los antídotos existentes. A continuación, Étienne se levantó y caminó veloz hacia el técnico que le esperaba con prudencia unos metros más allá, con la intención de proporcionarles aquellos instantes de intimidad.

Briana se sintió sola de repente y como no sabía si al salir del teatro podría volver a entrar sin Étienne, permaneció en su asiento, distraída con su teléfono móvil y cotilleando diferentes páginas y redes sociales.

De repente, supo que habían abierto el acceso al público ya que empezaron a entrar cientos de personas que se fueron colocando de forma ordenada en sus asientos. Las primeras filas eran todo de asientos reservados, por lo que dedujo que aquella zona era únicamente un acceso restringido a personas consideradas vips por algún motivo en concreto.

Miró su reloj y de repente se sintió nerviosa. Faltaban únicamente cinco minutos para que el concierto empezara y ella no hacía más que pensar en Étienne, en si él también estaría nervioso o en el hecho de que aquella situación pudiera, o no, venirle grande.

De pronto, las luces se apagaron y el silencio se apoderó del teatro. Jamás había visto nada igual, aunque tampoco había estado en ningún concierto en el que una orquestra sinfónica fuera el motor principal. Estaba acostumbrada a los conciertos de pop rock del momento, en el que si no salías afónico, era señal de que no habías disfrutado.

Nadie de los allí presentes abría la boca para nada. Los focos alumbraron hacia el centro del escenario donde ahora ya estaban todos los componentes de la orquestra colocados en sus sitios. Saludaron primero con una leve inclinación y a continuación, tomaron asiento. Iban todos vestidos de gala, hecho que impresionó en partea Briana, que veía aquello como demasiado lujoso y fuera de su alcance. Trató de encontrar a Étienne con la mirada pero no lo logró, a pesar de haber mirado uno por uno a todos los músicos allí presentes. Apareció el director de la orquestra, también vestido de gala, y se colocó en su sitio, frente a su orquestra y dando la espalda al público. Nadie habló por ningún micrófono, ni dieron indicaciones de ningún tipo. Fue el director quien dio en ese preciso instante las indicaciones pertinentes y la orquesta empezó a tocar una pieza. Briana la reconoció como una de las obras más conocidas de Johann Sebastian Bach y se deleitó con el sonido de aquella melodía que tan bien sonaba en manos de aquellos artistas. Miró en varios momentos hacia sus alrededores en busca de Étienne, pues supuso que si al final no precisaban de su ayuda, este acabaría regresando a su lado. Pero no fue así. El joven no apareció y la pieza llegó a su fin. Los músicos aprovecharon para hacer el cambio de partituras y tomar aliento durante unos breves instantes. De pronto, la iluminación cambió de repente y la dejaron con un solo foco de luz muy tenue. Entonces, aparecieron en el escenario un par de guitarras eléctricas y una batería, así como también algunos bajistas. Sintió que el público se removía nervioso en sus asientos, como si supieran de

qué iba aquello, aunque era evidente que, seguramente, ella era la única que no lo sabía.

Se hizo entonces la oscuridad y empezaron a sonar las notas de una sinfonía que le encantaba. La orquesta, ahora de nuevo iluminada aunque de forma mucho más débil, tocaba perfectamente acompasada con las guitarras y la batería en una versión actualizada de la quinta sinfonía de Ludwig Van Beethoven. De repente, la melodía de un solo violinista se elevó por encima de todas las demás restantes. El público enloqueció y empezó a aplaudir sin control. Briana sintió en ese momento que su corazón latía a un ritmo desorbitado. Su garganta se secó y su respiración perdió el control. No sabía de dónde provenía aquella embriagadora melodía, aquella dulzura y aquella forma de tocar, pero supo a ciencia cierta de quién se trataba. Entonces, una pantalla enorme se iluminó por encima de la orquesta y su rostro apareció en ella. Su sonrisa era indescriptible, sus ojos brillaban del mismo modo que cuando se besaron por primera vez bajo la nieve. Briana se llevó las manos al rostro, realmente sorprendida por el descubrimiento. Étienne se veía espectacular en aquella pantalla y Briana no pudo evitar que un par de lágrimas resbalaran por sus mejillas a causa del impacto y la emoción que sentía en aquel momento. Ni siquiera se dio cuenta de que se había puesto en pie y de que era la única que se encontraba en aquella posición, pues descubrir que el joven era el artista principal del concierto había superado con creces todas sus expectativas en cuanto a lo que a él se refería.

Entonces, los focos se desviaron hacia uno de los laterales del teatro y entre los pasillos que había dispuestos entre los asientos del público apareció por fin. Desde la distancia vio la inmensa cantidad de flashes que impactaban contra el joven músico y que le fotografiaban sin cesar, a pesar de que estuviera prohibido en el interior del teatro. Cientos de fotos en décimas de segundo y él seguía sin dejar de sonreír en ningún momento. Briana iba observando alternativamente la pantalla, donde le veía la cara y su enorme sonrisa, con las butacas de platea donde desde la distancia podía ver a Étienne bajando lentamente por las escaleras que había entre ellas, sin dejar de tocar el violín en ningún momento.

Había llegado hasta abajo y caminaba ahora por el pasillo central hacia la zona de los asientos reservados donde ella se encontraba, y lo había hecho en el momento de máximo apogeo de la sinfonía. Briana creyó en ese mismo instante que se iba a desmayar de la emoción. Étienne la miraba desde la distancia y la observaba sin apartar la vista ni un segundo de ella, estudiando todas y cada una de sus reacciones y movimientos. La joven seguía allí en pie, con las manos tapando su boca, que aún no había podido cerrar a causa de la sorpresa, y sus ojos inundados en lágrimas, mientras sentía que su corazón latía en una especie de frenesí inigualable. Entonces vio que Étienne se encontraba a únicamente un par de pasos de ella y que se había quedado quieto tocando sin parar, emocionando a los miles de seguidores que se encontraban aquella noche en el teatro, esperando ansiosos para disfrutar de las melodías que creaban sus prodigiosos dedos. Ni siquiera se dio cuenta de que ahora ya estaban únicamente a un solo paso de distancia y que sus rostros abarcaban la inmensidad de la pantalla y de que miles de personas se encontraban expectantes a ellos. Sus ojos brillaban de una forma única y desconocida, especial e inalcanzable para cualquier persona que desconociera el significado del amor verdadero. Entonces, las guitarras, la batería y la orquesta tomaron el relevo principal y Étienne dejó de tocar durante unos instantes, en los que él debía aprovechar para subir al escenario y colocarse junto a sus compañeros. Sin embargo, en esa ocasión fue diferente. Étienne aprovechó esos breves segundos para bajar el violín y se acercó rápidamente a Briana, sin darle siquiera tiempo a reaccionar. Puso su mano sobre su nuca y la besó de una forma en que jamás lo había hecho, con un ímpetu y una fuerza asombrosos y con un desgarrador *"Te quiero"* que solo ella pudo escuchar. El público estalló en un sobrecogedor y ensordecedor aplauso que hizo que ambos vivieran una sensación indescriptible de nervios y felicidad, como si aquello hubiera supuesto la confirmación de que entre ellos daba comienzo algo más.

Étienne le guiñó un ojo con la más juguetona de sus sonrisas —lo que arrancó más de un "*Oooooh"* del público— y desapareció por las escaleras en dirección al escenario.

El resto del concierto fue alucinante. Briana se dio cuenta de que Étienne Leroux era un músico excepcional, de los que hoy en día era difícil encontrar. Con su violín y la orquesta que le acompañaba, se dedicaba a crear versiones actualizadas de un montón de canciones conocidas, tanto clásicas como actuales, confiriéndoles un toque diferente e innovador. Llegó a tocar incluso alguna que otra conocida banda sonora, con la que hizo vibrar al público y consiguió emocionar a todos los presentes.

Tras dos horas de maravilloso concierto, este llegó a su fin y los aplausos parecieron prolongarse durante unos interminables minutos. Los músicos sonreían sin parar y mostraban una felicidad en sus rostros que era digna de enmarcar. Étienne, junto a ellos, parecía el más feliz de todos. Sus ojos continuaban brillando de aquella manera tan especial y no paraba de dirigir la vista hacia todos los rincones de aquel teatro que, seguramente, tan grande le habría hecho sentirse.

36

Había pasado un buen rato desde que el concierto había terminado y Briana esperó paciente en su sitio, pues no sabía hacia dónde debía dirigirse para que él la encontrara. Supuso que Étienne estaría atendiendo a sus obligaciones como músico reconocido y que por ello, tardaba en llegar más de lo debido.

El teatro ya se había vaciado del todo cuando él llegó a su encuentro. Se sentía nervioso a la espera de su reacción, pues no sabía cómo le habría sentado conocer su vida real de aquella manera. Sin embargo, en cuanto le vio, Briana salió corriendo hacia él y se lanzó directa a su cuello, fundiéndose los dos en un abrazo reparador y reconfortante.

—Étienne, ¡eres un músico increíble! —exclamó colmándolo de besos y sin parar de abrazarle— ¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Te ha gustado de verdad? —respondió él, alegre por su reacción.

—¡Claro que sí! ¡Ha sido alucinante! No entiendo por qué no querías contarme nada…

—A veces, a uno le gusta poder pasar un poco desapercibido… —contestó con cierta timidez mientras se recogía de nuevo la coleta—. Vayamos al hotel, aquí empieza a hacer frío.

Briana asintió con la cabeza y se marcharon de allí juntos, cogidos de la mano, mientras se despedían de todos los compañeros de Étienne que se iban cruzando a su paso.

Circularon con el vehículo por toda la ciudad hasta que llegaron de nuevo al hotel, donde el aparcacoches les recibió dispuesto a llevarse su vehículo mientras ellos entraban en el lujoso edificio.

En ese momento, Briana puso más atención en el trato de los trabajadores del hotel y entendió la educación y respeto, así como todas las atenciones que mostraban hacia Étienne en todo momento.

Llegaron a su habitación con las respiraciones agitadas y no pudieron resistirlo más. Allí mismo, Étienne empezó a desnudarla ávidamente, sin tanto detenimiento, como si necesitara unirse a ella para poder salvar su propia vida. Briana hizo lo mismo, dejando a su paso un rastro de ropa en el suelo compuesto por todas las prendas que se iban quitando el uno al otro.

Étienne la tumbó sobre el sofá, deslizando su cuerpo sobre el suyo mientras la poseía con una mezcla de dulzura y lujuria, haciendo de cada acometida una nueva y más intensa espiral de placer. Finalmente, Briana se arqueó de una forma sensual que provocó que él también se liberara por fin, permitiendo que ambos llegaran al clímax a la vez, sintiéndose así más unidos que nunca. En ese momento, Étienne se dejó caer con finura sobre ella, aguantando parte de su peso con sus fuertes y fibrosos brazos, sintiendo el latido de su corazón a través de su pecho, ahora sudoroso y alterado. Se miraron con aquella mirada que tan suya les parecía y él la obsequió de nuevo con la mejor de sus sonrisas, justo antes de darle un breve y muy casto beso en los labios.

—Tienes libertad para preguntarme lo que quieras… —le dijo mientras se colocaba ahora a su lado y acariciaba el contorno de su pecho con sus finos dedos—. Te he prometido que contestaría a todas tus preguntas y creo que te debo una explicación.

—Me parece que sí… Pero no tienes por qué hacerlo… Entiendo tu postura en gran parte.

—¿Ah, sí? —preguntó él sorprendido.

—Sí… No creo que deba resultarte fácil lidiar cada día con tu fama, tus horarios, tus obligaciones y tu vida personal…

Étienne enarcó las cejas admirado y volvió a dibujar la sonrisa en su rostro, ahora más profunda incluso que antes.

—Por estas cosas son por las que estoy enamorado de ti…

—Étienne… Yo… Esto… —empezó a decir sintiéndose un poco abrumada por la declaración que acababa de hacerle el músico.

—Briana, no es necesario que contestes nada al respecto. Somos personas adultas, no un par de adolescentes en pleno cambio hormonal.

Briana sonrió aún nerviosa, incapaz de decir nada al respecto, dejando que fuera él quien continuara hablando y confesando sus sentimientos.

—Desde el primer instante en que te conocí, supe que eras distinta. Quizá fuera porque mantuve oculta mi verdadera identidad, pero eso hizo posible que tú y yo nos conociéramos de verdad, sin trabas, sin condiciones… Contigo he podido ser yo mismo y desde el primer momento solo he querido hacerte feliz —continuó diciendo mientras deslizaba ahora su mano hacia la parte más baja de su vientre, provocándole así una nueva descarga eléctrica que la hizo suspirar—. En todo momento sentía la necesidad de hacerte sonreír, me levantaba pensando en cómo podría conseguirlo aquella tarde. Durante las primeras semanas en las que no nos conocíamos, intenté llamar tu atención de alguna manera en la cafetería, pero cuando llegaba la hora de la verdad, me acobardaba y me conformaba con escuchar las historietas que le contabas a Emma, con oír tus alocadas ideas y con sentir tan cerca el aroma de tu perfume…

—*Pure Poison*... de Dior —afirmó ella jugueteando con el poco vello de su musculoso pecho.

—¿Cómo dices? —preguntó sin entender aquella salida.

—Mi perfume. Llevas tiempo queriendo saber cuál es… *Pure Poison.*

Étienne sonrió abiertamente ante el descubrimiento y se acercó a ella para besarla de nuevo y perderse en la suavidad de su piel.

Permanecían los dos tumbados de lado, el uno frente al otro, con sus manos recorriendo sus respectivos cuerpos, descubriendo nuevas sensaciones y experimentando otras ya vividas y que les hacían temblar cada vez que se acercaban a zonas más íntimas, que únicamente pedían más y más.

—¿Eres de Barcelona? —preguntó ella dando inicio así a su turno de preguntas.

—No. Soy Francés. Mis padres se mudaron allí cuando yo era apenas un niño y me gusta vivir en la ciudad siempre que puedo.

—¿Eres conocido aquí?

—Bueno, eso es algo relativo. Podría serlo, o no, según lo que quieras entender por conocido —añadió con su típico tono burlón—. Si me comparas con *Alejandro Sanz*, es evidente que no soy ese tipo de famoso. Como mínimo, no tengo esa clase de fans que me esperan en el aeropuerto con pancartas y que no me dejan salir tranquilo a la calle.

Briana sonrió ante la comparación y se sintió aliviada al pensar que podría pasar desapercibida a su lado.

—Pero en otra clase de ambientes sí que soy alguien reconocido. Sin embargo, me gusta esa clase de discreción. Tengo amigos y compañeros en distintas orquestas repartidas por el mundo, la mayoría de ellas de gran prestigio y reconocimiento. En algunas ocasiones incluso, he podido hacer colaboraciones con ellos, lo que me ha hecho gratamente feliz.

—Entonces, debo entender que estás bastante forrado, ¿no? —preguntó con una sonrisa maliciosamente juguetona que provocó que el músico soltara una sonora carcajada.

—Dejémoslo en que no puedo quejarme… —añadió tratando a toda costa de evitar entrar en ese tema que tan poco le gustaba.

—Entonces… —continuó ella ahora poniéndose algo más seria y sintiendo un nudo en su interior—. ¿Por qué estabas tocando en el metro el día de Nochebuena?

Étienne la miró a los ojos y le sostuvo la mirada durante algunos interminables segundos, escudriñándola e intentando hacerse una idea de lo que ella pensaba del tema.

—¿Por qué desapareciste corriendo cuando me descubriste? —dijo él como respuesta, sorprendiéndola totalmente y provocando que se quedara prácticamente congelada.

—Creo… —dijo intentando no parecer estúpida—. Creo que me asusté.

—¿Te asustaste? —preguntó extrañado por aquella respuesta.

—Sí… —trató de no ahondar en el tema pero al final creyó que lo más correcto era decirle la verdad, teniendo en cuenta que él estaba haciendo lo mismo con ella—. Cuando te vi allí solo, mi corazón empezó a latir de forma descontrolada. Me di cuenta de que sentía algo mucho más especial por ti de lo que a primera vista había imaginado, y entonces caí en la cuenta de que no tenía ni idea de quién eras. A mi lado te presentabas como una persona maravillosa y luego te descubrí tocando en la calle… Reconozco que fui muy egoísta y me dejé llevar por una sensación pueril e inadecuada, pero me arrepentí nada más llegar a casa, pues lo único que me pedía el cuerpo era volver hacia atrás para volver a sentir todas las mariposas que tu sonrisa despertaba en mi interior…

Étienne se removió algo incómodo, seguramente debido a la profundidad de aquella afirmación y lo que esta le hizo sentir. Sin embargo, recobró la compostura e hizo ver que no le afligía el saber que ella había intentado marcharse de su lado de aquella manera.

—Cada año, por Navidad o por Nochebuena, intento hacer alguna acción como esta —dijo ahora respondiendo a la pregunta que le había lanzado ella momentos antes—. Las personas, a pesar de que en estas fechas quieran parecer felices, en muchas ocasiones sienten un enorme vacío en su interior. La música suele ser un elemento conductor de las emociones, nos induce a pensar y reflexionar, a dejarnos llevar y a permitir que afloren nuestros deseos o sentimientos más escondidos o reprimidos. Si con mi música puedo contribuir a que una sola de esas personas sienta cierto alivio, aunque sea momentáneo, en el centro de su alma, yo sabré que he cumplido con parte de mi labor en Navidad. Te lo dije una vez: soy músico porque vivo por, y para la música.

Briana, que ahora le escuchaba absorta a causa de la profundidad de aquellas palabras, se dio cuenta de que sentía el temblor de su labio inferior. El corazón de Étienne no entendía de límites y eso la hizo sentirse pequeña a su lado. Se había compadecido miles de veces por su propia desdicha con lo que Pablo le había hecho, pero jamás había pensado en que realmente, hay miles de personas que a diario, viven situaciones mucho peores que la suya. El músico se dio cuenta de lo que ella estaba pensando y le pasó una mano por el pelo en un gesto tranquilizador y cariñoso.

—Eres demasiado bueno para ser real… ¿Lo sabías? —le dijo besándole con dulzura.

Étienne recibió sus labios sonriente y respondió con la misma suavidad a sus caricias.

—No lo creas… Todos tenemos una parte de nuestro ser mejor que otra. A veces, solo hace falta descubrir cuál es la buena y dejarla salir.

—Si me viste desaparecer aquel día… —continuó preguntando de nuevo— ¿Por qué no quisiste hablar del tema conmigo ayer?

—Porque, a pesar de que me dolió verte huir de mí sin ninguna otra explicación más que el hecho de que creyeras que era un músico callejero —dijo antes de hacer una breve pausa para observar la reacción de ella, que se removió incómoda por la afirmación en cuestión—, pensé que eras tú la que debía dar el paso e iniciar esta conversación. Sin embargo, preferiste no hacerlo y yo, simplemente respeté tu decisión. He pensado durante muchos días en preguntarte sobre el tema… Pero el miedo a que desaparecieras de mi lado era superior a mi curiosidad.

—Entonces, ¿te marchaste todos esos días por esto? —quiso saber ella, temerosa de la posible respuesta que podía recibir.

—No… Tuve un par de conciertos en Alemania y en Londres.

—¿Por qué no me dijiste nada? Llevo muchos días pensando en que habías desaparecido por mi culpa… —añadió con cierto pesar en la voz.

—Porque quería que te dieras cuenta de si me querías en tu vida, o no. Si te lo hubiera puesto fácil, no hubieras pasado tantas horas pensando en el motivo por el cual huiste corriendo, ni si eso era realmente lo que querías hacer.

—Siento mucho haber reaccionado de aquel modo… —dijo entonces, sin poder siquiera mirarle a los ojos.

—No te preocupes. Está totalmente olvidado.

Étienne se tumbó de nuevo sobre ella y volvió a besarla, ahora con mayor ímpetu, dejando claro que todo aquello formaba parte del pasado y que no tenían por qué darle más importancia.

—¿Tienes alguna pregunta más antes de que me meta en la ducha? —dijo él sin dejar de rozar sus labios con los de ella.

Briana negó con la cabeza sin dejar de sonreír y observó con detenimiento el torso de Étienne mientras este se levantaba, deleitándose con la silueta del joven y la visión de su espalda, musculosa y perfilada, mientras caminaba con lentitud hacia el baño, con su melena revuelta y sus habituales mechones caídos, haciendo de esa perspectiva una de las mejores imágenes que hubiera visto en mucho tiempo. Sintió aquel típico cosquilleo en su interior que acostumbraba a sentir siempre que estaba él cerca y, después de sonreír tontamente para ella misma, se levantó y se puso por encima la camiseta que Étienne había llevado en el concierto la noche anterior.

Dio un par de vueltas alrededor de la habitación, deleitándose de nuevo con todo el lujo que esta poseía y que, a pesar de no ser recargado y ostentoso, era digno de admirar. Se detuvo ante el gran ventanal algunos minutos mientras se empapaba de aquellas vistas de la ciudad tan maravillosas y que tanto le habían gustado. A continuación, dio algunos pasos en dirección a la zona donde se encontraba la sala y encontró en uno de los laterales la maleta de Étienne abierta, un montón de partituras esparcidas sobre la mesa y algunos folios y libretas con anotaciones. Pasó su mano por encima mientras seguía asombrándose de la maravillosa capacidad del joven y su habilidad con la música, recriminándose lo egoísta que había podido llegar a ser aquella noche en que le vio en el metro.

De repente, sus dedos dieron con algo que le llamó la atención y sintió que todo su cuerpo se tensaba de una forma casi desconocida, su respiración se agitaba y su sangre bombeaba a gran velocidad. Tragó con dificultad y extrajo aquellos papeles lentamente, leyéndolos uno a uno y sintiendo que algo en su interior se desvanecía en aquel instante, siendo incapaz de encontrar un motivo que pudiera justificar lo que pudiera ser que estuviera sucediendo allí mismo.

La casualidad hizo que Étienne saliera en ese momento del baño, envuelto de cintura para abajo en una toalla blanca con el nombre del hotel bordado en una esquina. Aún tenía el pecho cubierto de gotas de agua y su pelo, despeinado y revuelto seguramente al secarlo con alguna otra toalla, le confería un look mucho más atractivo aún. Sin embargo, cuando Briana levantó la mirada hacia él y se encontró de lleno con la suya, sus ojos no mostraban precisamente deseo, sino todo lo contrario. Aquellos ojos pedían explicaciones, respuestas a un torrente de preguntas que ni siquiera podía formular. Entonces, Étienne dirigió su mirada hacia las manos de la joven y lo que ellas sostenían y entendió aquella extraña expresión que permanecía inmóvil en su rostro.

—Puedo explicártelo… —dijo de pronto él tratando de apaciguar la ira que parecía estar invadiendo el pequeño cuerpo de Briana.

—¿Qué significa todo esto, Étienne? —le espetó, observando una a una las cartas que tenía entre sus manos, sintiendo que su corazón latía sin intenciones de detenerse.

Étienne la miró fijamente, sumido en un silencio que ella no lograba interpretar.

—¿Por qué tienes tú estas cartas? —le recriminó de nuevo— ¡Responde!

—Briana, escúchame, por favor. Te prometo que tiene una explicación —empezó a decir con el rostro desencajado por el miedo que empezaba a instalarse en todos los poros de su piel.

—¿Una explicación? ¿Es que acaso has estado registrando mis cosas? —exclamó levantando un poco más el tono y sin saber por qué se estaba enfadando tanto.

—¡No! —dijo él levantando también la voz— ¡Jamás haría eso!

—¡¿Entonces?! —gritó de nuevo desafiándole con la mirada.

Briana se quedó en silencio, observándolo y sin perder detalle alguno de sus gestos y con las cartas aún en sus manos. Étienne apretó los labios mientras se pasaba una mano por el pelo, sin lograr empezar una explicación que no pusiera en jaque su situación.

De repente, Briana entendió que existía otra posibilidad, una en la que ni siquiera había caído y que ahora se mostraba como una evidencia atronadora frente a ella.

—¿Eras tú? —preguntó sin poder entender el motivo por el que eso pudiera ser verdad.

Étienne tragó con dificultad y bajó la mirada al suelo, lo que terminó por confirmar así todos sus temores.

—¡¿Tú me enviabas estas cartas?! —exclamó casi en un grito— ¡Me mentiste!

—¡Yo no te mentí! —le espetó de repente él, también en un tono más elevado y cogiéndola por sorpresa—. Es cierto que jamás dije que fuera yo… Pero tú tampoco me lo preguntaste, ¡ni siquiera me hablaste del tema! Así que en ningún momento te he mentido.

Briana, que no podía creer lo que acababa de descubrir, empezó a dar vueltas por la habitación mientras se pasaba las manos de forma nerviosa por su espesa melena e intentaba dar sentido alguno a todo aquello.

—Me puedes explicar entonces, ¿qué pretendías con estas cartas? ¡Ni siquiera nos conocíamos, por el amor de Dios! —exclamó de nuevo, encontrándose de frente con la dolorosa expresión del joven.

—No sé cómo puedo explicártelo para que lo entiendas, Briana… Dame un momento para que pueda poner un poco de orden a todo esto y prometo contártelo todo —comentó él recogiéndose la melena como siempre hacía.

—¿Estabas… acosándome? ¿Cómo supiste que iba a mudarme allí? ¡Me mandaste una carta el mismo día en que me instalé! ¿Qué es lo que quieres de mí, Étienne?

—Briana, por favor… ¡Jamás he querido hacerte daño! —volvió a exclamar el joven empezando a alterarse por el jaleo que se había montado y que sentía que empezaba a escapársele de las manos—. ¿Cómo puedes pensar que soy un acosador, eh? —estalló con una expresión de dolor en el rostro que ella no había visto jamás en los ojos de un hombre—. ¿Cómo puedes siquiera pensar que en algún momento he querido hacerte daño? Por Dios, Briana, ¡me has tenido a tus pies como un loco! He intentado cuidarte de la mejor manera que he sabido y he tratado de darte lo mejor de mí… Si quisiera haberte hecho daño, no te habría enviado cartas, ¿no crees?

—Entonces, ¿por qué narices lo hiciste? Me veías cada maldita tarde en la cafetería, ¿por qué jugaste conmigo de aquella manera? —preguntó en un tono aún elevado.

—¡Porque no sabes lo frustrante que es que siempre te miren por lo que creen que eres! —le soltó él ahora en un tono mucho más fuerte del que había usado hasta el momento—. No tienes ni idea de lo que es no poder conocer a una chica porque eres famoso o rico. No sabes lo que duele enamorarte de alguien que solo te quiere por tu dinero… ¡Jamás podrías llegar a imaginar de qué clase de dolor te estoy hablando!

Briana fue a decir algo cuando vio que a Étienne le resbalaban un par de lágrimas por las mejillas. En ese momento se sintió cruel y quiso intentar apaciguarle, pero él le hizo un gesto con la mano pidiéndole silencio, pues necesitaba sacar toda la verdad que había en su interior.

—Briana, me enamoré de ti en el mismo instante que cruzaste por primera vez la puerta de aquella cafetería. Te vi sentarte al lado de Emma y sonreírle de aquella forma tan especial y sincera. Necesitaba que me dedicaras esa sonrisa a mí… Necesitaba que alguien me hiciera sentir así de especial por primera vez en mi vida —continuó diciendo mientras se secaba otra lágrima y daba un par de pasos a un lado y a otro. Su cuerpo ya estaba seco y la toalla se mantenía igual de firme que cuando había salido del baño—. Os escuché hablar durante muchísimas tardes. Desprendías una armonía y una magia que deseaba poder vivir yo también. Te envié la primera carta intentando que jamás pudieras pensar que era mía, solo por ver tu reacción allí. Y la verdad es que me sorprendió la manera en que lo llevaste. Después de eso, sentí un miedo terrorífico la primera vez en que tropezaste conmigo. A pesar de que Emma se había fijado en mí otras veces, tú no habías reparado en mi presencia jamás y tuve miedo de que en ese instante me reconocieras. Pero no lo hiciste, y por primera vez me sentí el hombre más afortunado del mundo.

»Tenía la oportunidad de empezar de cero con alguien, sin que mi fama se interpusiera entre nosotros. Así pues, seguí conquistándote día a día, ofreciéndote todo lo que soy —añadió agachándose frente a ella. Briana permanecía ahora sentada en la cama, donde había ido momentos antes, y le miraba fijamente, tratando de aguantar las ganas de llorar que la inundaban. Étienne cogió sus manos y las besó con delicadeza, con la misma ternura que había mostrado con ella desde el primer día en que se conocieron—. Briana, eres la primera y la única mujer que me ha conocido tal y como soy, sin mentiras, sin telones por delante, sin nada con lo que esconderme. Te he abierto mi corazón día a día y te has apropiado de él como una fuerza que arrasa con todo a su paso. Por favor, perdóname si en algún momento lo he hecho mal, pero no me apartes de tu vida. Te necesito conmigo para ser quien soy.

Briana tragó con dificultad y ya no pudo evitar que un par de lágrimas resbalaran también por sus mejillas. Étienne las secó con cuidado con su dedo pulgar y continuó mirándola con aquel gesto tan suyo, con esa expresión que irradiaba amor y por la que tantas veces había suspirado en las últimas semanas.

—Necesito un poco de tiempo para asimilar todo esto y necesito que me cuentes toda la verdad. Ahora sin tapujos —añadió finalmente en un hilo de voz.

—Pregúntame lo que quieras. Esta tarde te he dicho que respondería a todas tus preguntas y lo haré sin duda alguna.

Se sostuvieron la mirada durante unos interminables segundos hasta que finalmente Briana, formuló una primera pregunta.

—¿Cómo supiste que me mudaba allí?

—La primera carta no era mía… —dijo él bajando la vista hacia el suelo.

Esa afirmación le resultó mucho más dolorosa aún, pues de no haber sido él, solo había una persona en el mundo que hubiera podido escribirla y no estaba dispuesta a querer volver a verle nunca más.

—¿Entonces…? —preguntó de nuevo extrañada, intentando borrar la imagen de Pablo de su mente.

—Aún no te conocía personalmente cuando inicié todo esto… —Étienne se levantó de nuevo y se rascó la nuca mientras estructuraba la respuesta en su cabeza—. Te escribí la primera carta como una especie de juego. Escuché lo de la otra carta en una de vuestras conversaciones y decidí llevar a cabo aquella pequeña travesura, que en mi mente tuvo un punto de gracia. De antemano, quiero pedirte perdón si en algún momento te hice daño con ello, pero te juro que jamás fue esa mi intención —tomó aire de nuevo y continuó con su historia—. Para que creyeras que era de la misma persona, escribí un texto en pasado para que en ningún momento pensaras que era de un nuevo admirador, pero con la intención de que despertara en ti ciertos sentimientos hacia la persona que escribía aquellas palabras. Recuerda que yo no sabía nada de tu pasado ni de lo que habías podido vivir con el supuesto remitente que imaginabas que era.

—¿Cómo supiste mi dirección? —preguntó de golpe, casi cortando la explicación del joven.

—Te seguí sin que te dieras cuenta una tarde que saliste de la cafetería… Y me arrepiento de haberlo hecho así, pero si eso me ha permitido conocerte —dijo cortando cualquier cosa que ella iba a decirle cuando hizo el intento de despegar sus labios—, para mí ha tenido todo el sentido del mundo… Aunque me vaya directo de cabeza al infierno.

Briana respiró profundo eclipsada por sus palabras y decidió no saltarle al cuello después de aquella revelación.

—¿Me has espiado alguna vez más? —dijo con un poco más de dureza esta vez.

—No… Jamás —añadió con rotundidad—. Te seguí una única vez para saber dónde vivías, pero nunca más he intentado volver a seguir tus pasos.

—¿Son estas las originales que me mandabas? ¿Las cogiste de mi maletín? —quiso saber ella aún alterada.

—No. De todas ellas escribí dos ejemplares, uno para cada uno.

—¿Por qué continuaste con el juego de las cartas una vez ya nos conocíamos? —preguntó entonces de nuevo.

—Porque me di cuenta de que te importaban cuando dejaste de comentarlas con tu hermana. En ese momento descubrí que una parte de ti deseaba recibir esos mensajes y anhelaba con todas sus fuerzas que fueran dirigidos a ti.

—¿Cómo puedes saber tanto de las personas? —preguntó asombrada por la revelación del joven.

Étienne se quedó pensativo y se dirigió al sillón que había cerca de la cama en la que ella estaba sentada. Dejó caer la cabeza entre sus manos y a los pocos segundos volvió a levantarla para mirarla fijamente con aquellos ojos que tanto le gustaban.

—Desde el primer día te dije que eras transparente… Estoy seguro de que has vivido algo muy importante en tu vida que te ha hecho cambiar tu forma de ver las cosas. Sin embargo, con Emma no tienes esa coraza que tú misma te has autoimpuesto. Con ella eres tal y como eres, sin mentiras ni tapujos. Esa sinceridad me conquistó, pues desde hace muchos años estoy rodeado de personas que dicen desear mi felicidad cuando lo único que quieren es la suya. He permitido a muy pocas chicas entrar en mi vida de una forma especial. Pero ninguna de ellas ha sido sincera conmigo. Amaban mi fama y mi forma de vida, pero no a mí. En cambio tú, eras diferente. Eras sincera y te reías sin preocupaciones. Solo hay que observar más allá de lo que nos hacen ver para saber cómo es una persona en realidad.

—Entonces, ¿por qué me enviabas aquellos mensajes tan profundos? —dijo de nuevo, mirándole con cierta tristeza en los ojos—. Me estaba volviendo loca con todos ellos…

Étienne se levantó en ese momento y se acercó a ella sigilosamente, volviendo a adoptar la misma postura que había tenido un rato antes. Se agachó poniéndose de cuclillas frente a Briana y volvió a entrelazar sus manos con las suyas.

—Cada uno de esos mensajes escritos en forma de recuerdo, no son más que mis propios deseos de vivir junto a ti todas y cada una de las cosas que puse en esas cartas y que espero, algún día pasen a ser un recuerdo de verdad. Fíjate… —dijo extrayendo de entre sus manos la carta que se refería a las Navidades—, este ya lo hemos cumplido en parte… Ahora solo falta el resto.

Briana sintió aquella declaración como las palabras más bonitas que un hombre le hubiera dedicado jamás y no pudo resistir el torrente de lágrimas que empezó a resbalar por sus mejillas de nuevo. Étienne tragó con dificultad y respiró profundo antes de volver a pronunciar palabra alguna, esperando y desando que aquella chica que tenía delante creyera en su palabra y no se apartara de su vida por culpa de su desafortunado error.

—Briana… Desde lo más profundo de mi ser, te pido disculpas por lo que hice. Perdóname si actué mal y crees que me pasé de la raya, pero créeme cuando te digo que me enamoré de ti locamente, rápido y sin control, perdiendo de vista incluso la realidad. Tú me ofrecías ese amor puro y sincero, esa magia que solo el más absoluto de los deseos puede ofrecer. Contigo todo era fácil y único, demasiado especial. Me has querido por quién soy y no por quién creías que era. Por favor, dame otra oportunidad para enmendar ese error y déjame regalarte cada uno de aquellos recuerdos que escribí para ti…

Epílogo

Barcelona, un año después.

—Mamá, por favor, no seas pesada. Estoy demasiado nerviosa.

—Ay cielo, es que tenía tantas ganas de que llegara este día... Estoy muy feliz.

Briana miró con cariño a su madre y sintió que las lágrimas amenazaban con estropearle la sesión de maquillaje de esa mañana.

Emma dejó a Enrique —que a sus escasos meses de edad iba a asistir a la boda de su tía— en el cochecito y terminó de colocar la cola del vestido a su hermana antes de cogerle ambas manos con cariño.

—Me alegro tanto de que te hayas regalado a ti misma esta segunda oportunidad... Étienne es lo mejor que podía haberte pasado y me siento muy feliz al saber que te escogió a ti.

Briana sonrió a su hermana y una sensación de felicidad la inundó por completo. Durante ese último año había vivido cosas maravillosas junto a él, siendo la más especial la que estaba creciendo en su interior desde hacía unas semanas y sobre la que aún no habían querido dar noticia alguna.

Étienne se había instalado con ella en su apartamento un tiempo después de regresar de aquel viaje en el que ella descubrió su verdadera identidad. A pesar de su condición de músico reconocido y prestigioso, Étienne llevaba junto a ella una vida normal y sencilla, donde los dos eran el centro de atención del otro. Briana se había tenido que acostumbrar al ritmo constante de sus viajes y conciertos y, en ocasiones, aprovechaba los mismos para pasar por Londres y visitar a Henry, a quien hacía honor el nombre de su sobrino.

A pesar de que había quedado todo arreglado entre ellos, Étienne le había continuado mandando cartas como las que había escrito para ella al principio, incluso cuando ya vivían en el mismo apartamento. En todas ellas le escribía un nuevo recuerdo que no existía para ellos, con la intención de ponerle una imagen y una fecha real. Aquel fue su particular juego y Étienne no dejó de sorprenderla jamás, ni un solo día.

—Cariño —dijo su padre acercándose a ella con una sonrisa radiante y emotiva—, ha llegado el momento... Nos esperan en la iglesia.

Briana afirmó con la cabeza y observó cómo los demás desaparecían de allí, dejándolos solos en aquella estancia a la espera de poder entrar a la iglesia.

Cuando al fin les dieron el aviso de que ya podían entrar, Paula sonrió con gran felicidad a su tía y empezó a caminar en dirección al céntrico pasillo de la iglesia iniciando así aquel particular desfile. La música, que provenía de una orquesta situada en uno de los laterales, sonaba con una magia única que hizo que todos los asistentes se estremecieran, permaneciendo en un silencio sepulcral. Con Étienne como violinista principal, el cúmulo de sensaciones que Briana tuvo en ese instante fue indescriptible. A pesar de que tenía la iglesia llena de personas que la miraban a ella, Briana no podía dejar de observarle a él. Por casi primera vez en su vida, vestía un elegante traje y no su habitual y típico atuendo que lucía del mismo modo en todos sus conciertos. Aquella visión fue absolutamente embriagadora para ella, puesto que jamás lo había visto tan radiante. Su melena, como siempre recogida en una coleta a medio girar, dejaba suelto algún que otro mechón, que se movía junto a él al son de la música. Cuando le vio abrir los ojos y fijar su vista en ella, fue sin duda el momento más increíble de su vida. Por primera vez, y teniendo en cuenta que en un año le había visto tocar en muchísimos conciertos, Étienne dejó una canción a medias. Sus manos se detuvieron sin remedio, dejando sola a la orquesta, que continuó tocando salvando aquel percance. Sus ojos no daban crédito a lo que veían. Se iluminaron como si de un ángel se tratara, emitiendo un brillo especial que jamás podría llegar a olvidar.

Llegó junto a su padre a la misma altura que él, y observó paciente cómo su suegro besaba con dulzura la mejilla de su hija y le miraba por última vez, entregándole con una sonrisa la mano de su pequeña.

En ese instante, Étienne cogió la mano de Briana, la apretó con una fuerza especial y se colocaron juntos en los asientos que tenían preparados.

—¿Estás segura? —dijo en un susurro, mostrando su perfecta sonrisa y haciéndole recordar la primera vez que en se lo preguntó.

—Más de lo que lo he estado en toda mi vida.

Fin.

Agradecimientos

Como siempre, ha llegado el turno a la que creo, sin duda, que es la parte más difícil para cualquier escritor. Agradecer personalmente a todas las personas a las que me gustaría es prácticamente imposible, pero quiero que sepáis que todos los que ahora estáis leyendo estas palabras, sin excepción, tenéis una parte de mí en vuestras manos.

Creé esta novela en muy poco tiempo y he soñado con su historia en incontables ocasiones. Muchos sois los que estáis detrás de ella, y por ello creo que lo más justo es deciros cuánto llego a admiraros y agradeceros vuestra paciencia.

En primer lugar a mi prometido, por ayudarme a darle vida a Étienne y a Briana, por contagiarme su locura y deleitarme con su sonrisa, la misma que me saca cada vez que me recuerda que aún tiene guardado el vestido de novia que encontramos en el armario de nuestro piso cuando lo alquilamos. ¿Curioso? Je, je.

Del mismo modo, quiero agradecer el apoyo incondicional de mis padres. Por preguntarme día a día cómo iba la historia, por promocionarme por donde van, por soñar despiertos conmigo y por apoyar todos y cada uno de mis pasos. En especial, quiero agradecer a mi madre el enorme esfuerzo que ha depositado en esta novela, leyéndola una y otra vez para buscar cualquier detalle que pudiera haber pasado desapercibido y darle así la importancia que requería.

Asimismo, dedico todas y cada una de estas palabras a Sheila, por mantenerse cada uno de sus días ahí, por responder a mis mensajes y contagiarse de mi locura y sobre todo, por sucumbir a los encantos de Étienne. (¡Avisada estabas!)

No quiero olvidarme tampoco de Jordi y Ana. A ella agradecerle su apoyo y paciencia, por destacar y fijarse en todos los detalles y por desearme suerte en el camino. Y a él, por su persistencia en ayudarme, por convertirse en mi primer lector de pruebas masculino y porque simplemente, se lo merece.

A Ana Medina y Marta, por formar parte también de esta historia, leerla desde el principio y vivirla con ilusión.

Asimismo, quiero agradecer a todos los lectores que ahora estáis leyendo estas páginas. A todos aquellos que me habéis animado desde el primer día, a todos los que creísteis en mí desde el primer momento en que os hablé de mi pasión. A todos mis clientes que comparten su desayuno conmigo por las mañanas, a todos mis compañeros que viven mi sueño día a día.

En especial, debo mencionar por último a todos mis seguidores, a todos los que me apoyáis en cada uno de mis movimientos, que me mandáis mensajes privados de cariño y apoyo y que me alegráis el alma con cada uno de vuestros comentarios.

Finalmente, cómo no, a todas mis compañeras de la Colección LCDE, en especial a D.W Nichols y Helen C.Rogue, por contar conmigo y dejarme ser parte de su proyecto, sin olvidar a ninguna de mis chicas: Melanie Alexander, Rosana Ample, Laura Nuño, Pepa Fraile, Feli Ramos, Alexis J.Regnat, Elisabeth Da Silva, Lucinda Gray, Dama Beltrán y Francis Molehorn.

Vuestras opiniones son muy importantes para mí.

Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon, para que otros lectores puedan conocer qué os ha parecido la historia de Elsa.

Del mismo modo podréis encontrarme en distintas redes sociales, así como también podéis seguir mi actividad literaria a través del Blog de reseñas que administro.

facebook.com/estefaniayepesescritora

Twitter: @nia_yepes

Blogger: placeofdreams12.blogspot.com.es

Instagram: yestef